

CIENCIA FICCION

SEGUNDA SELECCION



ePUB

Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.



AA. VV.

Ciencia ficción. Selección 2

ePub r1.4
Titivillus 18.03.17

Título original: *Ciencia ficción. Selección 2*

AA. VV., 1971

Traducción: F. Corripio & J. Piñeiro & C. Gaudes

Cubierta: Ángel Badía

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Presentación: *¿Evasión o distanciamiento?* Carlo Frabetti.

El cebo (Bait) Bob Leman, 1966.

La parra (The Vine) Kit Reed, 1967.

La chica de O'Grady (O'Grady's Girl) Leo P. Kelley, 1965.

La Mansión de las Rosas (The Manor of Roses) Thomas Burnett Swann, 1966.

El primer postulado (The First Postulate) Gerald Jonas, 1967.

Luana (Luana) Gilbert Thomas, 1966.

Planeta "casi" habitable (Near Thing) Robin Scott, 1966.

PRESENTACIÓN

¿Evasión o distanciamiento?

Uno de los argumentos favoritos de los detractores de la SF, consiste en afirmar que se trata de un simple género «de evasión», de un conjunto de «cuentos de hadas» tecnológicos, en los que los duendes, magos y dragones han sido substituidos por robots, mutantes y monstruos extraterrestres...

La SF nos aleja de la realidad cotidiana, qué duda cabe. Pero alejarse no es necesariamente evadirse. El pintor se aleja del cuadro para lograr una visión de conjunto que la excesiva proximidad no permite.

Al igual que la parábola, la alegoría o algunas manifestaciones del teatro del absurdo, los relatos de SF pueden transponer situaciones actuales a un plano fantástico, con el fin de lograr cierto tipo de distanciamiento —en el sentido brechtiano— que, al disminuir los efectos anestésicos de la rutina, permita un análisis más lúcido y objetivo de la realidad.

Otras veces la SF recurre a la caricatura, y para poner de relieve las taras y contradicciones de nuestro mundo, las lleva hasta sus últimas consecuencias, proyectándolas en el futuro y mostrándonos las grotescas situaciones a las que podemos llegar si persistimos en determinados errores. Del mismo modo que algunos teoremas se demuestran por el método de «reducción al absurdo», hay relatos de SF que revelan la inconsistencia de ciertas hipótesis que damos por válidas gratuitamente, sin más que mostrarnos sus posibles consecuencias futuras.

La SF —y ésta es su característica más específica, la que más la

diferencia de otras literaturas fantásticas— es fundamentalmente especulativa. Los relatos de SF parten de unas premisas imaginarias (obtenidas generalmente por extrapolación de determinados elementos de la realidad) y desarrollan sus consecuencias lógicas, hasta llegar a unas conclusiones más o menos explícitas.

Nada más lejos de la evasión.

La presente antología reúne un variado, aunque sucinto, muestrario de las posibilidades de la fantasía y la SF. Desde el relato muy breve hasta la novela corta, desde el Heroic Fantasy hasta la SF más especulativa, desde el humor más delicado hasta la sátira implacable, pasando por esa escalofriante alegoría kafkiana que es La parra, las más importantes técnicas y tendencias están aquí representadas.

Sean cuales fueren sus gustos literarios, estoy seguro de que, tras leer este volumen, el lector que todavía no sea un adicto al género, sentirá deseos de profundizar en la SF.

Y de otra cosa estoy seguro: el que haya emprendido la lectura de este libro con la intención de «evadirse»... no lo conseguirá.

CARLO FRABETTI

EL CEBO

Bob Leman

Los argumentos empleados por los vendedores a domicilio para convencer a sus presuntos clientes suelen ser bastante peregrinos..., pero nunca tanto como en el caso de este relato, el primero de SF escrito por su autor. Como es frecuente en los escritores que sólo esporádicamente se adentran en la SF, toca un tema ya clásico en el género; pero dándole un tratamiento muy peculiar y matizándolo con acertados toques de humor, que contribuyen a incrementar el impacto del sorprendente e ingenioso desenlace.

Era la última casa al final de la calle, una hermosa mansión georgiana construida sobre un par de acres de césped perfectamente cuidado.

Incluso bajo el azote del duro mes de febrero, la lluvia parecía prestarle cierto aire de comodidad y abrigo. La luz de sus ventanas caía suavemente sobre mí a través del crepúsculo de plomo cuando me acerqué a la calzada de coches del edificio.

El agua sonaba en el interior de mis zapatos.

El picaporte estaba formado por una gran águila de metal que sostenía una bola en el pico. Llamé suavemente. Tuve que cobrar ánimos para hacer aquella última llamada. Tenía las ropas totalmente empapadas y mis pies estaban tan fatigados como mojados. Por otra parte tenía frío. Pero también tenía un plan que llevar a cabo y no habría nada que pudiese desviarme del camino emprendido. Calle por calle, casa por casa, estaba «peinando» la ciudad. Si me atrasaba en tal programa una sola vez, lo único que lograría sería quedarme más y más atrás. Gracias a Dios aquella era la última visita del día.

Oí cómo giraba la manilla de la puerta y fijé en mi rostro la estereotipada sonrisa del vendedor. Se abrió la puerta unas ocho pulgadas. La voz de una mujer preguntó:

—¿Sí...?

—Buenas tardes —dije—. Me gustaría charlar con usted durante unos minutos sobre la duración de su vida.

La puerta se abrió un poco más.

—¿Qué es lo que vende, joven?

—Una vida larga, señora —respondí—. Una vida muy larga.

En aquel momento veía bien a la mujer. Era una señora de aspecto muy

distinguido, una anciana aristócrata, una verdadera *grande dame*. Sus blancos cabellos estaban meticulosamente peinados con estilo ya pasado de moda, y en su garganta brillaba un enorme diamante pendiente de una cadena de oro. Su rostro estaba surcado por muchas arrugas y exteriorizaba cierta dureza. Su voz y modales evidenciaban educación. Me sentí entonces mucho más consciente de mis ropas empapadas y de la expresión que sin duda aparecería en mi rostro.

La mujer me miró fijamente.

—¿Una larga vida? —interrogó—. ¿Qué es lo que usted vende?

Una ráfaga de viento lanzó sobre mi espalda la helada lluvia, que también penetró por la puerta entreabierta. La mujer añadió:

—Bien, será mejor que pase antes de que los dos nos quedemos congelados.

Penetré en el vestíbulo y la mujer cerró la puerta.

Me miró entonces abiertamente mientras de mis ropas goteaba el agua sobre la gruesa alfombra. Había visto, por supuesto, mi maletín y entonces volvió a mirarlo para preguntar a continuación:

—¿Productos alimenticios?

—No vendo cosas de comer, señora... señora...

—Moswell —dijo la anciana.

—No vendo productos alimenticios, señora Moswell, pero lo que tengo que decir se relaciona con la comida. Si me concede unos minutos de su tiempo le enseñaré algo que puede cambiar toda su vida.

—Entonces serán libros.

La mujer estaba arruinando mi discurso. Yo «vendía» libros, por supuesto, pero era demasiado pronto para mencionar tal extremo. Siempre es mucho mejor mantener el interés de la entrevista hasta llegar a mostrar el libro. Hay muchas más personas de las que se cree que escapan al ver un libro.

—Señora Moswell —dije—, lo que voy a decirle puede parecer increíble en un principio, pero espero que me escuche hasta el final. Hablo en serio cuando digo que éste puede ser el día más importante de su vida.

La dama sonrió ligeramente.

—Sin duda... sin duda —murmuró con tono de condescendencia.

Consultó su reloj y añadió:

—¿Puedo preguntarle cuál es su nombre, joven?

—Smeed, señora Moswell. Ripley Smeed.

—Señor Smeed, si cuelga usted ahí su abrigo, me encantará escuchar por qué este día será tan importante.

La seguí hasta el *living-room*. Me sentía allí tan desplazado como un caballo en una biblioteca. Era una estancia larga, ricamente alfombrada, y en las paredes había cuadros al óleo en los que aparecían caballeros victorianos muy barbudos. En el extremo opuesto de la estancia ardían grandes leños en la chimenea de mármol. Las lámparas arrojaban una suave luz sobre el esplendente mobiliario. Era una hermosa estancia, algo más que rica y algo más que cómoda en comparación con la desolada tarde del exterior.

La dama me hizo ocupar un asiento cerca del fuego. El calor pareció abrazarme en el acto, desde el momento en que me hundí en el formidable sillón. Había una bandeja de té sobre una pequeña mesa. La señora Moswell dijo:

—¿Quiere usted tomar una taza de té? En este momento estaba a punto de tomar el mío.

—Gracias —respondí—. Lo acepto encantado.

Esperaba que mis palabras no sonasen a excesiva sorpresa. Recibir una oferta de té servido en taza de porcelana con pesado servicio de plata no es experiencia común en los vendedores de libros.

—¿Leche o limón? —preguntó la mujer.

—Leche, por favor —respondí.

Mis dientes chocaban intermitentemente a la vez que el calor del fuego comenzaba a extraer el frío de mis huesos. La mujer me miró nuevamente y dijo:

—¡Oh, no! Está usted congelado. Será mejor que tome algo de esto en su té.

Tomó de un pequeño armario una jarra de cristal exquisitamente tallado y vertió un poco de licor en mi té. Era un ron oscuro, y tan suave como el agua de lluvia, pero que al mezclarse con el té caliente pareció lanzar explosiones de súbito calor hasta las yemas de mis dedos.

La dama tomó asiento con majestuosidad patricia, firmemente erguida, y

sosteniendo delicadamente en una mano la taza de té. Luego dijo:

—Bien, señor Smeed... dígame lo que tiene que vender.

—Señora Moswell —contesté ansiosamente inclinándome hacia delante—. La gente no tiene por qué envejecer. No hay ninguna razón, en absoluto, que abone el hecho de que alguien tenga que padecer las incapacidades y molestias de la edad avanzada. No tienen por qué existir el endurecimiento de las arterias, el riñón débil, o el corazón fatigado. La artritis alcanza a los huesos, la dispepsia al estómago, y hay padecimientos del hígado... todo ello sin ninguna razón de ser. Los jóvenes tienen el cabello brillante, los ojos claros, y la piel fresca, mientras que los viejos aparecen grises, reumáticos y arrugados. Esto no tiene por qué ser así. ¡La edad avanzada ha sido conquistada!

La mujer me dirigió una mirada irónica y dijo:

—Me temo, señor Smeed, que ha venido usted a mí un poco tarde. Yo ya padezco la mayor parte de esos achaques.

—¡Ah!, pero con este método podrán desaparecer por completo.

—Señor Smeed, eso me suena a ridículo.

—No señora, nada de eso. El envejecimiento, sabe usted, se da en las células individuales del cuerpo, pero no en el organismo como conjunto. Cuando las células envejecen... y cuando en su reproducción por escisión el par de células resultante es menos viable que la célula original... entonces es cuando tiene lugar el deterioro de las partes y órganos del cuerpo. Llamamos a esto envejecer.

»Ahora bien, se ha descubierto un método para refrescar y rejuvenecer las células del cuerpo. Es un método conveniente y enormemente sencillo que puede seguir cualquiera. Cuando las células individuales permanecen vigorosas, entonces no puede tener lugar el envejecimiento. Y yo estoy aquí hoy, señora Moswell, para que usted pueda usar este método.

En aquellos instantes me hallaba en mi ambiente, lanzándome hacia delante a toda velocidad, proporcionando realismo a la inventada charla sobre las ventas. El ron había engrasado muy satisfactoriamente mi lengua. La taza de té estaba ya vacía y, sin preguntarme si deseaba más, la señora Moswell me sirvió más té y más ron. Luego dijo:

—¿Y cuál es su método, señor Smeed?

—Dieta, señora Moswell —respondí majestuosamente—. O más bien, cierta adición a la dieta...

Me detuve y bebí un sorbo de té para añadir a continuación:

—Se ha sabido que, ciertas sustancias comunes, tomadas como suplemento en la dieta ordinaria de uno, detendrán el fenómeno conocido bajo el nombre de envejecimiento. Entenderá usted que no estoy hablando de los llamados «productos alimenticios para la salud...»: hígado desecado, médula ósea y cosas por el estilo, sino de verdaderas sustancias que se encuentran en cada hogar. Estas sustancias, tomadas en cantidades adecuadas, combinadas con las moléculas proteínicas de la comida corriente, forman algo que se llama «provín». El provín rejuvenece las células del cuerpo. En efecto, la convierte a usted en joven nuevamente.

»Ahora bien, señora Moswell, este libro es en realidad un libro de cocina, un libro de recetas...

Y al pronunciar estas últimas palabras se lo entregué, añadiendo:

—Permítame mostrarle lo sencillo que es todo esto. En la página veintidós hay una receta de una tortilla. ¿Quiere usted leerla, por favor? Como verá usted, el libro en su presentación no es gran cosa. La encuadernación es más bien modesta, y el papel es de tercera clase, así como la impresión es evidentemente barata. Pero aun así, me costó todo mi dinero lograr imprimir y encuadernar tres mil ejemplares.

La señora Moswell alzó los ojos del libro. A continuación alzó también ambas cejas.

—¿Yodo? ¿Cremor tártaro...? ¿En una tortilla?

Bebí otro sorbo de té y dije:

—Notará usted, señora Moswell, que las cantidades empleadas son muy pequeñas, evidentemente. Las recetas exigen que las adiciones sean dosis solamente homeopáticas. Hallará usted, por ejemplo, que en esta receta de una tortilla se añadirá suficiente yodo si se ha empleado sal como aderezo. Sin embargo, estas pequeñas cantidades de yodo y cremor tártaro producirán, en la mezcla del huevo y bajo la temperatura necesaria para hacer una tortilla, una pequeña cantidad de provín. Será una cantidad suficiente para activar las células del cuerpo durante un mes. Si cada mes usted come un plato preparado con una de estas recetas, la juventud permanente será suya.

—Bien, señor Smeed, no creo que hable usted en serio.

—Señora Moswell, por favor, ¿quiere usted mirar esto?

Le entregué el certificado de nacimiento. Estaba arrugado y hasta sucio de tanto manejarlo, pero se leía perfectamente que Ripley Smeed había nacido en Bagby County, Nebraska, el día 14 de agosto de 1898. Luego dije:

—Es mi certificado de nacimiento, señora Moswell.

—Pero esto..., bien... esto le haría a usted tener ahora mismo sesenta y ocho años de edad.

—Así es.

La mujer se echó a reír, auténticamente divertida, y a mí, sin saber por qué, me agradó su postura. La señora Moswell dijo luego:

—Veintiocho años tiene que ser, y sin duda es su verdadera edad, digo yo.

Era una mujer aguda. Lo que decía era cierto. Tendría que obrar con ella con más cuidado.

Dije apresuradamente:

—Señora Moswell, por favor, créame. Lo que le estoy diciendo es absolutamente cierto. Tengo sesenta y ocho años de edad. El provín me ha convertido en una persona joven. ¡Y a usted también la puede convertir en una muchacha hermosa!

Yo esperaba no excederme mucho en mi emoción. Me daba cuenta de que estaba un poco bebido.

—Hace cuatro años, señora Moswell —añadí—, no hubiese usted dudado de mi edad. Tenía sesenta y cuatro y, efectivamente, era tan viejo como parecía. Tenía las arterias endurecidas y mi corazón se parecía mucho a una cafetera vieja. Me quedaban solamente seis dientes y no había nada más que pellejo en mi cráneo... y todo esto hace solamente cuatro años.

»Entonces fue cuando comencé a añadir cierta cantidad de cremor tártaro y un poco de yodo a mis tortillas, unas gotas de jugo de soja y también cierta cantidad de un tónico capilar en mi ración de carne. Y durante cada año que seguí la dieta, mi edad comenzó a decrecer en diez años. Tengo el aspecto y me siento fuerte como un hombre de treinta años. Y cualquiera puede hacer lo mismo. “Usted” también podrá hacer lo mismo que yo, señora Moswell.

Entonces la señora Moswell no rió.

—¿Y cómo descubrió usted esta substancia milagrosa, señor Smeed?

—Bien, verá usted, conocíamos ya la existencia del provín, y trabajamos mediante pruebas y equivocaciones... trabajamos así durante largo tiempo... para ver si podíamos «fabricarlo» nosotros mismos.

La mujer volvió a llenar mi taza de té antes de hablar nuevamente. Me recordaba a la señorita Beiderbeck, mi profesora de noveno grado de inglés. Luego dije:

—Dice usted «nosotros», señor Smeed, ¿acaso cuenta con socios?

Me dije a mí mismo: «Ahora tómallo con más calma. Pisa con cuidado a partir de ahora. Esto tiene que hacerse perfectamente bien». Luego dije en voz alta:

—Solamente mi esposa. En realidad es ella quien hace las pruebas, y la que aprendió a mezclar el provín en nuestra comida. Mi única contribución ha sido extender la noticia en la medida en que he podido y puedo hacerlo... y la verdad es que no he logrado gran cosa. La publicidad es cara. Lo que estoy esperando es demostrar la verdad de este descubrimiento a alguien que cuente con el dinero suficiente para financiar un programa que proclame en el mundo entero todo esto, señora Moswell.

—De acuerdo. Pero, ¿cómo llegó su esposa a conocer que existía esta substancia llamada provín, señor Smeed, y luego decidirse a hacer las pruebas?

Respiré hondo antes de contestar. Nos hallábamos en el punto donde ella podía decidir que yo era un peligroso lunático. Dije:

—Ella se ha mantenido toda su vida sólo con comida con contenido de provín. Luego, súbitamente, se encontró sin él. Sabía que comenzaría a envejecer a menos que lograra hallar el medio de obtenerlo, y así comenzó a realizar experimentos. Tardó años en conseguirlo. Cuando lo descubrió ya estábamos casados y pude beneficiarme porque comí lo que ella comía. Ya ve usted los resultados.

La expresión de la señora Moswell era difícil de adivinar.

—Dice usted que vivió toda su vida con comida que contenía provín. Entonces, ¿he de creer que ha vivido una vida muy larga?

—Exactamente.

—¿Qué edad tiene ella, señor Smeed?

Había llegado el momento. Allí podría desequilibrarse la balanza.

Respondí:

—Cuatrocientos dieciocho años, señora Moswell.

La mujer bebió té y me miró pensativamente. Yo me sentía razonablemente seguro de haberla manejado en la debida forma, que se vería obligada a hacerme más preguntas, pero aún era posible que la mujer se echara a reír y me expulsara de su casa. Luego habló y sentí que me inundaba una ola de alivio. Preguntó:

—Pero si su esposa se crió con esta substancia mágica es casi seguro que se la hubiesen administrado sus padres, y eso podría significar que aún viven y que incluso sean mucho más viejos que ella, ¿no?

—Es muy probable.

—Entonces, ¿dónde están? ¿Por qué nadie ha oído hablar nunca de esta familia que ha vivido tantos años?

—Señora Moswell —dije con firmeza—. Yo vendo este libro por dos dólares. Comprando un ejemplar podrá usted aprobar o desaprobarme lo que estoy diciendo. ¿Por qué no adquirir un ejemplar? Entonces no la entretendré más.

—¡Oh, no, señor Smeed! —respondió la mujer con igual firmeza—. Estoy muy interesada en escuchar todo esto. Y ahora dígame: ¿dónde viven sus padres? ¿En algún lugar misterioso e inaccesible? ¿En el Tibet o en la Antártida?

La mujer estaba colocando un cebo, al igual que podría hacerlo con un nieto que evidenciase un afecto irracional hacia los Beatles. Yo respondí tan seriamente como pude:

—Señora Moswell, si tiene usted tiempo para escuchar, me alegrará contarle lo que sé acerca de eso. Y si es difícil de creer, procure tener en cuenta lo poco que sabemos sobre nuestro Universo. Recuerde cuántos importantes aumentos en el conocimiento humano casi se perdieron porque hubo hombres e instituciones que se perdieron para siempre porque no se quiso escuchar al descubridor. Supongamos que no hubiera existido un Galileo para demostrar la teoría de Copérnico o que Copérnico no hubiese dejado constancia escrita de su idea. Bien, usted me preguntó por los orígenes de mi esposa. Por favor, escúcheme:

»Deseo que vea usted al mundo como podría haber sido si el provín hubiera formado parte de la existencia del hombre desde sus comienzos. Quiero que acepte usted la idea de que en algún tiempo remoto el provín fue parte del mundo. Pudo haber caído sobre la Tierra en un meteorito o ser lanzado hacia la atmósfera por la cola de un cometa, o simplemente haber sido una parte de la creación. Sin embargo, llegó, el provín está ahí. Está en toda cosa verde que crece, en los herbívoros que comen verde y en los comedores de carne que devoran a estos últimos. El pescado, las aves, los insectos, los microbios..., todos tienen sus cantidades de provín.

»Donde existe el provín, la vida es larga. Cada criatura se ha desarrollado a través de los años en tal forma que no necesita producir tantos jóvenes como para desnitrir peligrosamente otra forma de vida. Hallará usted cucarachas realizando excavaciones en los basureros, pero no invaden al mundo con cucarachas; las acederas crecen bajo las hileras del trigo y absorben su alimento del suelo, pero no hay tantas acederas que lleguen a dejar morir de hambre al trigo. La comadreja mata al conejo y succiona el huevo, pero no hay muchas comadrejas. La naturaleza siempre se equilibra.

»Ahora bien, en ese mundo de desparramada población se desarrolló, como usted puede imaginar, una sociedad que es totalmente rígida y estratificada, parecida a la sociedad del Egipto de hace cinco mil años, si Egipto hubiera disfrutado de lo que nosotros llamamos “progreso”. Desde luego, en el mundo del provín comenzó hace mucho más de cinco mil años, y no tuvieron nuestros problemas de alimentación y desarrollo.

»La sociedad en el mundo del provín está científicamente avanzada y totalmente controlada. Es como una sola familia, la mayor parte de cuyos miembros son listos y tienen gran inventiva, pero donde todos ellos están totalmente sujetos a los principios del padre, que son tan viejos y tan fijos que han llegado a ser condiciones de vida sencillas y necesarias. La desviación de los principios familiares es una auténtica locura y por supuesto ciertamente criminal.

»Imaginemos que tal criminal existe en el mundo del provín. Y supongamos que todos los conocimientos acumulados en diez siglos de la vida de un formidable matemático se emplean para crear una puerta a un mundo paralelo, pero a un mundo paralelo sin provín. Supongamos aún más.

Que un explorador es enviado al mundo paralelo y que este explorador es la oveja negra, el individualista, y que el mundo paralelo es nuestra Tierra.

»¿Lo ve usted, señora Moswell? Este explorador de un mundo que está total y rígidamente controlado viene a nuestra Tierra y se enamora de nuestras fáciles maneras, de nuestro abundante populacho, y de nuestras costumbres contumaces y opuestas. En la mente de este explorador despiertan las ideas de libertad e individualismo, conceptos que no tienen nombre en el mundo del provín. Y le agrada tanto que decide quedarse aquí.

»Es ahora, pensando en el mundo del provín, un loco criminal. Debe regresar allá y curar su aberración. Se envían cazadores y el explorador se convierte en una presa. Se oculta a los cazadores y se siente terriblemente atemorizado, siempre consciente de que le persiguen. Les evita durante muchos años, pero se encuentra en un mundo sin provín, y sin provín debe envejecer y morir. Comienza sus experimentos. Éstos, eventualmente, tienen éxito, y obtiene su provín. Finalmente puede establecerse para gozar de una vida larga y feliz... Este “explorador” rebelde y fugitivo, señora Moswell, es mi esposa.

»Pero, quizá desgraciadamente, se ha casado con un hombre idealista, poco práctico, convencido de que su deber está en dar provín al mundo. Y trabaja para extender la palabra, en lugar de limitarse a vivir un número ilimitado de años sumido en una existencia confortable. El pobre loco no ha logrado demasiado éxito, pero sí está realizando un honrado esfuerzo para proporcionar a la humanidad algo bueno que jamás ha tenido antes.

La última oración surgió de mis labios con tono más fuerte y pareció estallar en cien ecos diferentes entre los ancestrales retratos. La señora Moswell se había hundido más en su sillón como si estuviese atemorizada por mi violencia, sin apartar sus ojos de mí ni un solo instante. Era ya hora de abandonar el tema. Acto seguido cogí el libro de encima de la mesa.

La mujer dijo débilmente:

—Señor Smeed, le compraré uno de sus libros. ¿Dijo usted que valía dos dólares?

¡Por Dios que ya había caído! A continuación tenía que venir el resto. Aclaré la garganta y dije:

—Señora Moswell, el libro es una falsedad. Le he estado mintiendo. No

hay manera de adquirir provín aquí. Tiene que venir de aquel otro mundo. El libro es una especie de juego de confianza...

Aquellas eran las últimas palabras que remataban la acción. Me puse en pie y me volví hacia la puerta para realizar una salida majestuosa. Lo estropeé al tropezar. Generalmente no bebo mucho.

—No se vaya, Ripley —dijo la mujer—. Hay algo más que quiero preguntarle. ¿Se quedaría unos minutos más conmigo?

—Desde luego, señora Moswell.

—Ripley, usted me desorienta. ¿Cree usted en su provín o no? Hace un momento sus palabras parecían sinceras.

—¡Oh, creo en él! En realidad sé que existe. Lo sé porque antes era viejo y ahora soy joven. Pero no la engañaré vendiéndole el libro. El provín no se puede hacer aquí. La única manera de conseguirlo es comiendo alimentos del mundo provín. En tal comida se concentra el provín. Especialmente en la carne. Una pequeña tajada de carne de uno de sus animales vale por décadas de vida.

»Pero el libro es simplemente un conjunto de tonterías. Esas extrañas adiciones a su dieta nunca incrementarán la duración de su vida. Soñé con el libro después de que Mirva, mi esposa, comenzó a alimentarse con cosas del mundo provín. Siempre he logrado vivir de pequeños engaños. Durante treinta años vendí libros de astrología, libros sobre productos alimenticios y medicinas patentadas, y cuando me encontré con un verdadero milagro basé en él un pequeño juego de confianza o de confianzas esperando hacer dinero. Ha sido un fracaso total. Pero el provín existe. Nadie lo sabe mejor que Mirva y yo. Si regresáramos al carnaval y dispusiera de una tribuna, la enseñaría a usted una auténtica anciana de cuatrocientos años de edad. Pero se necesita verdadero provín para obtener una.

Una vez más, me dirigí, un tanto vacilante, hacia la puerta.

Una voz extraña exclamó detrás de mí:

—¡Deténgase, señor Smeed!

Di la vuelta rápidamente.

La señora Moswell apuntaba un revólver hacia mi estómago. La mujer había cambiado totalmente. Todavía vestía el mismo traje y lucía su peinado, pero la mujer era diferente. Aquella no era una anciana, sino una mujer fuerte

y joven. Habían desaparecido las arrugas de su rostro y los torpes movimientos de la edad avanzada se habían remplazado por una enorme flexibilidad. Una soberbia actriz revelaba su estado natural. Su actitud no dejaba lugar a dudas de que usaría el revólver si lo necesitaba. Traté de decir algo, pero solamente salió de mis labios un sonido extraño.

—Smeed —dijo ella con su voz nueva y fría—, ¿realmente creía Mirva que no la cogerían y la devolverían a casa? Por supuesto, jamás tuvo una oportunidad. Estuve dándole caza durante largo tiempo y de todas maneras la hubiese encontrado, pero es típico de ella haber seleccionado a un pobre ladrón para compartir su vida en este hormiguero. Tu codicia de unos cuantos dólares me ha conducido a ella más rápidamente de lo que esperaba y por accidente. Sabes que realmente está loca. Lo suficientemente loca como para adaptarse a este basurero vuestro. Debe regresar y servir de ejemplo.

Las palabras pertenecían a un mal melodrama, pero el revólver era auténtico y real. Lo inclinó un tanto, pero no lo suficiente como para fallar si tenía necesidad de usarlo. Lo hizo con el objeto de subrayar mejor sus palabras al añadir:

—Está bien, Smeed, llevaremos mi coche a dondequiera que esté esperando Mirva. Sabes conducir, ¿verdad?

Tragué saliva y dije que sabía.

—Sí. Conducirás cuidadosamente y recordarás que este revólver te está apuntando constantemente. Vamos.

Nos fuimos. La mujer tomó asiento silenciosamente detrás de mí y el coche avanzó siseando sobre las mojadas calles. Yo estaba todavía desorientado, en parte a causa del ron, pero principalmente a causa de la situación en la que me hallaba. La mujer era todopoderosa. Su fría arrogancia, su enorme seguridad en sí misma, y el terrible peso de su personalidad, parecían haberme reducido a la jerarquía de simple gusano. Conduje el coche por las desiertas calles hasta nuestro apartamento, sin intentar siquiera desviarme de la ruta o recurrir a algún otro truco. Me sentía más dócil que un cordero, conduciendo con mucho cuidado, tratando de ordenar mis pensamientos, pero sin acabar de lograrlo.

Nos detuvimos frente a la casa de apartamentos. Metódicamente paré el motor, metí el freno y quité la llave. Todo me parecía irreal, alucinante. Era

casi capaz de contemplarme a mí mismo desde el exterior.

—¿Qué apartamento? —preguntó ella.

Era la primera vez que hablaba desde que habíamos dejado la casa.

—Ocho —respondí—, segundo.

Subí las escaleras completamente aturdido, alzando y posando mis pies como si estuvieran hechos de barro. En aquel momento la mujer apuntaba con el revólver hacia mi espalda.

Cuando llegamos a la puerta del apartamento no pude llamar al timbre. Mi dedo se detuvo a unas tres pulgadas de distancia y así permaneció, inmóvil, temblando. La mujer se colocó a mi lado y pulsó el timbre. Oí cómo sonaba y luego los pasos de Mirva.

Quise hacer alguna especie de ruido. Se me hizo imposible. Y luego sonó la voz de Mirva detrás de la puerta:

—¿Quién es?

Hice un poderoso esfuerzo y respondí:

—Soy yo, querida.

Esperamos.

La llave giró en la cerradura y se abrió la puerta. La mano de la señora Moswell me apartó violentamente hacia el vestíbulo. Luego atravesó rápidamente el umbral mientras yo aún me tambaleaba tratando de recuperar el equilibrio. Justamente cuando me recuperé y me lancé hacia la puerta oí un fuerte golpe, y vi a la señora Moswell que caía al suelo con la cabeza destrozada.

Un segundo después Mirva se hallaba entre mis brazos, temblando y sollozando histéricamente. El bate de baseball todavía estaba en su mano. Aparecía enrojecido y húmedo junto a su marca de fábrica.

—Es una mujer —dijo a la vez que sollozaba—. Creí que habrían enviado a un hombre. Cuando te oí pronunciar la palabra clave, «querida», pensé que sería un hombre.

Mirva aún temblaba terriblemente.

—Tómalo con calma —dije—, tranquilízate. Ya ha terminado todo. Hemos esperado mucho tiempo, pero todo ha terminado. Ya lo tenemos. Mira. Ahí está.

La respiración de Mirva fue recuperando su ritmo normal.

—Ahí está —repitió ella.

Miramos hacia el cuerpo de la señora Moswell. Durante largo rato permanecemos inmóviles.

—Bien —dijo Mirva al cabo de un rato—, será mejor que hagamos algo, ¿no? Tenemos mucho que hacer. ¿Por qué no te desembarazas de ese coche mientras yo comienzo a trabajar aquí?

Aparté un cabello blanco de su mejilla y la besé. Dije luego alegremente:

—Regresaré dentro de veinte minutos. Siéntate y bebe algo mientras estoy fuera. Ahora no hay prisa.

Mirva sonrió.

Dejé el coche en un callejón, situado a dos manzanas de distancia, y regresé caminando a casa. Estábamos a salvo. No había olvidado traerme el maletín y el libro que había enseñado a la señora Moswell. Lo extraje del bolsillo y lo acaricié con afecto. La lluvia mojó su cubierta y la luz de un farol iluminó durante un momento su título impreso en letras doradas: *Coma a gusto para una vida más larga*.

LA PARRA

Kit Reed

La total entrega exigida a sus cuidadores por la inmensa vida, la fatal sumisión de sus siervos, y los intereses creados a su alrededor constituyen una escalofriante alegoría de la servidumbre del hombre contemporáneo, esclavo de sus necesidades artificiales, y prisionero de ciegas y devoradoras estructuras. He aquí un alucinante relato del que todos somos, en mayor o menor grado, protagonistas.

Día tras día, verano tras verano, venciendo obstáculo tras obstáculo, contumazmente, a través de los siglos, la familia Baskin había cuidado aquella parra.

Nadie sabía con exactitud los años que tenía, quién la había plantado, ni quién había sido el primer Baskin que la cuidara. Cuando los primeros colonos llegaron al valle, la parra ya estaba allí. Nadie sabía, tampoco, quién había edificado el inmenso invernadero que la albergaba o quién enviaba los camiones que llegaban cada otoño para llevarse la fruta.

Los mismos Baskin tampoco lo sabían. Aun así, continuaban cuidando la parra, arrancando las malas hierbas a su alrededor, recogiendo su fruta, regándola en épocas en las que nadie disponía de agua y abonándola cuando no había abono. La familia vivía en una casa pequeña, situada al pie de su inmenso tronco, dedicando todos sus días a la planta. Todos los miembros de la familia Baskin tenían la espalda encorvada y su piel mostraba un color pálido y blando a causa de vivir toda una vida bajo el invernadero.

Cuando morían eran enterrados en el suelo familiar, situado en el exterior del gran invernadero, sin ataúdes ni sudarios, para que pudiesen continuar alimentando a la planta. El hijo mayor era el único que se casaba. Generalmente cortejaba a su novia fuera del valle, para que la muchacha no supiese, hasta ser llevada a casa, que tenía que parir hijos e hijas que cuidasen la parra. Aunque no había prueba alguna, circulaban rumores de que existía un ritual macabro en el que los Baskin entregaban parte de su sangre, cuatro veces al año, para enriquecer la tierra en su base.

Aun cuando la fantástica parra estaba alojada entre paredes de cristal, su sombra se extendía por gran parte del valle. En el buen tiempo los granjeros podían contemplar su magnífico fruto y darse cuenta de que no había uvas

que se pudiesen comparar con las que colgaban dentro del invernadero.

Cuando llegaban las heladas tempranas o la sequía asolaba el terreno, los granjeros culpaban a la parra. Pero aun cuando la odiaban terriblemente, se sentían atraídos por ella.

Tanto en verano como en invierno había un constante desfile de gente que llegaba desde todos los rincones del valle, y con el tiempo aún de más lejos, gentes que ansiaban ver el invernadero y su contenido, y esperaban en silencio hasta que les tocaba el turno de entrar en él.

Fuera del conservatorio no crecía la hierba. En un radio de cientos de yardas a la redonda la tierra aparecía desnuda, como si fuese terreno de erosión. Los visitantes se aproximaban al invernadero mediante un pasaje elevado, conscientes de la poderosa red de ramas, hojas y raíces que se extendía a sus pies. Más adelante, el invernadero estaba casi oscurecido por la enorme abundancia de hojas y de fruta que colgaba de sus ramas.

En la pequeña puerta de este elevado pasaje, los visitantes entregaban una moneda a la hija más joven de los Baskin y atravesaban el torniquete, para atisbar desde la barandilla el enorme y sinuoso tronco de la parra. Sus ojos lo seguían hasta la base y hasta la tierra cuidadosamente trabajada que lo sostenía, y la mayor parte de aquellas personas no acertaban a comprender por qué aquel tronco medía veinte pies de diámetro.

La tierra se hallaba dividida por una serie de pasos pavimentados en madera a lo largo de los cuales los Baskin caminaban con sus tijeras de podar, azadas, y picos, dispuestos a ablandar un terrón, o atar alguna parte de la planta que hubiera podido liberarse del enorme árbol y comenzara a inclinarse peligrosamente.

En la parte alta se extendía la parra enlazándose en mil formas diferentes y casi oscureciendo el techo. Todo el invernadero estaba lleno de ramas y fruta de esta sola planta, de manera que el visitante podía permanecer en la barandilla del pasaje exterior, a la izquierda de la casa de los Baskin, y contemplar yardas y más yardas de espacio libre cruzado por caminos de madera y cubierto por ramaje verde.

De este tejado de verdor colgaban enormes racimos de impecables uvas, fruta opulenta de la parra. Forzando un poco la vista, todos los visitantes podían también distinguir a los Baskin yendo de acá para allá a lo largo de los

senderos de madera, con sus rostros pálidos y ataviados con sus camisas de algodón gris.

Había algunas personas que aseguraban que la parra succionaba la vida de los Baskin y había otras que decían que, por el contrario, eran los Baskin quienes adquirían vida a causa de su parra.

Fuera cual fuese la verdad, el visitante percibía en sus movimientos cierta prisa, una urgencia extraña, y al cabo de un momento quizá se veía obligado a llevarse una mano a la garganta como si la parra también le amenazase, aspirando el aire que respiraba, y así el visitante se volvía apresuradamente y huía de allí sin apenas darse cuenta de la presencia de los demás que se apretujaban sobre la barandilla para poder ocupar un mejor lugar de observación.

Aun atemorizado en tal manera, el visitante regresaba siempre. En su lejano hogar, y en otra estación del año, cerraría sus ojos y vería una vez más aquella gigantesca estructura viviente. Algo le impulsaría a volver y así lo haría, quizá con una esposa reciente o con un hijo recién nacido, diciendo: «Intenté decírtelo. No hay palabras para describir la parra».

Y así, las multitudes que llegaban al valle se hacían más y más grandes, y con el tiempo se construyeron nuevas carreteras y lugares donde poder comer, y como algunas personas llegaban desde muy lejos y precisaban de un lugar de descanso, la gente del valle construyó paradores.

Uno por uno, los granjeros disminuyeron su propia producción, abandonando viñedos para invertir su dinero en moteles y restaurantes. Las casas cinematográficas hicieron acto de presencia, y alguien construyó una terraza, que estaba orientada hacia el invernadero, dotándola con parasoles multicolores y con piscinas.

También hubo quien construyó pequeños puestos de venta donde se expendían uvas y botellas de vino que, según se aseguraba, procedían de la famosa parra.

La gente del valle prosperó rápidamente, y aun cuando todavía vivían a la sombra de la parra, ya no la maldecían. En lugar de mirarla con odio alzaban sus ojos al cielo y murmuraban: «Espero que llueva, la parra necesita agua.» O: «Si hay helada espero que no se quiebren los cristales del invernadero y se dañe la parra.»

Con el tiempo abandonaron definitivamente el cultivo de la tierra y desde entonces sus vidas dependieron del constante fluir de visitantes que llegaban a ver la parra.

Y así ocurrió que Charles Baskin nació en época de prosperidad, cuando la gente del valle ya no evitaba a la familia. En su lugar decían: «¿Está muy atareada tu familia?»; o golpeando afectuosamente sobre la espalda de Charles le preguntaban: «¿Cómo va la parra, Charles?»

«Maravillosamente bien», respondía él, un tanto distraídamente, porque ya estaba cerca de los veinte años, era el primogénito y debía buscar esposa.

En otros tiempos la cosa hubiera sido más difícil... Un Baskin que entonces quisiera hacer la corte a una muchacha tenía que tomar un carro o un carromato y atravesar las montañas, viajando sin descanso hasta llegar a una ciudad donde nunca hubiesen oído hablar de la parra.

La propia madre de Charles había llegado al valle procedente de una de tales ciudades. Había llegado allí con sus ojos nublados por el amor y los oídos cuajados de las mentiras de su padre, mentiras y promesas; y no entendió las cosas tal y como eran hasta que entró en el invernadero. Se dio cuenta entonces de que se pasaría el resto de su vida cuidando la parra.

Charles la había visto languidecer durante toda su infancia, llorando sentada sobre una de las enormes raíces de la planta, y había escuchado de sus labios, noche tras noche, historias y anécdotas de lo que ocurría fuera del valle.

Sin embargo, durante aquellos veinte años transcurridos, las cosas habían cambiado mucho allí. Los padres de su madre habían llegado de visita y en lugar de protestar se sintieron encantados. Les llevó hasta el lugar el alcalde, reventando de orgullo, y los dos abuelos admiraron el invernadero, y alabaron la casa, e incluso llegaron hasta el extremo de acariciar el tronco de la parra.

La madre aún estaba protestando y tratando de explicar cosas, cuando los dos viejos la interrumpieron para decirle totalmente convencidos:

—Querida, debes ser muy feliz aquí.

Y a continuación partieron.

Charles, presenciando la escena, había pensado: «¿Y por qué no lo iba a ser?» La parra en aquellos días exudaba prosperidad y aun cuando aquellos que llegaban a verla se sentían asombrados, también deseaban mostrarse

solícitos y casi siempre aconsejaban: «Más alimento.» O: «No podemos permitir que le suceda nada a esta parra.»

Y así, cuando Charles llegó a su mayoría de edad, cualquier muchacha del valle se hubiese sentido orgullosa de entrar a formar parte de la familia que cuidaba la parra. Varias de las chicas que por allí vivían trataron de llamar su atención, pero él siempre había amado a Maida Freemont, cuyo padre dirigía un lugar de recreo en la colina.

Cierto día, bajo una maravillosa puesta de sol, los dos contemplaron las últimas luces que se reflejaban sobre el techado del invernadero, situado más abajo que ellos. Charles dijo entonces:

—Baja al valle y vive conmigo.

—No sé... —replicó Maida mirando por encima del hombro de Charles hacia el techado del invernadero—. Ese lugar me pone muy nerviosa.

—Tonterías —dijo su padre, que acababa de escuchar las últimas palabras de su hija—. Alguien tendrá que cuidar de la parra con el tiempo.

—Sí —respondió Charles, a la vez que sentía un estremecimiento de premonición—. Yo te quiero Maida, cuidaré de ti.

Y acto seguido la abrazó estrechamente, pensando que si se casaba con ella todo marcharía bien.

—Maida...

—Dime...

La llevó en viaje de bodas a través del océano. Unos cuantos días de libertad antes de que se metiera a vivir en el invernadero. Regresaron del viaje tostados y con aspecto saludable, y Charles la condujo a través de los pasadizos que se extendían por las paredes de cristal, esperando ver la parra.

Charles cogió a su esposa en brazos y atravesó el portillo.

—Y bien —dijo al mismo tiempo que la depositaba en el balcón interior—, ya estamos aquí...

La muchacha ocultó el rostro en el hombro de su esposo y murmuró:

—Sí..., ya estamos aquí.

Cuando nuevamente se abrazaron, Charles se sintió muy incómodo. Notó que se producía un sutil cambio en el color de la luz del invernadero y cierta

extraña diferencia en el aire que les rodeaba. El aire en aquellos momentos era más pesado, como si acabara de recibir una pincelada de fermento. Molesto, tomó a Maida por una mano y se apresuró a penetrar en la casa.

El resto de la familia se hallaba sentada en la sala de estar: el padre, la madre, Sally y Sue. Se habían cambiado sus ropas de trabajo. La madre y las muchachas se habían puesto vestidos de color de alhucema, y el padre lucía su camisa de color vino. Rodearon inmediatamente a los nuevos esposos y pasó un minuto antes de que Charles se diera cuenta de que allí faltaba alguien.

—¿Dónde está el abuelo?

Su madre respondió evasivamente:

—Se fue...

—¿Adónde?

El padre movió la cabeza y respondió:

—Algo... le sucedió y murió.

Sue dijo calmosamente:

—Ya era hora.

Intervino la madre para hacer las cosas más fáciles:

—Convertí su cuarto en una magnífica sala para vosotros y así tendréis un verdadero apartamento.

En el exterior hubo un ruido extraño, como si toda la parra se estremeciese. Maida se apretó contra Charles, y éste respondió:

—Está bien, madre. Eso es estupendo.

Maida murmuró:

—¡Oh, Charlie, Charlie, sácame de aquí!

Él vaciló.

La familia les contemplaba con ojos violeta. Estaban esperando.

Asintiendo con un movimiento de cabeza, Charles abrazó más estrechamente a Maida y dijo:

—Vamos, querida.

Y en el rellano de la escalera añadió:

—Confía en mí. Confía en la parra.

Subieron los dos juntos. En el exterior se oyó otro extraño ruido, muy parecido a un gigantesco suspiro.

Charles se levantó temprano, pero la familia ya estaba trabajando. Sally se hallaba en el torniquete de entrada al pasadizo recogiendo dinero de los visitantes. Sue estaba agachada en uno de los pasillos de madera arrancando distraídamente una mala hierba. Su madre estaba subida en una escalera situada en el extremo más alejado del invernadero, atando una fina rama de la parra.

Charles se aproximó a ella.

—Madre, aquí hay algo diferente —dijo.

Pero la madre solamente frunció el ceño, atando un nudo, y no dijo nada.

Cuando a mediodía regresaron a la casa, Maida parecía haberse recuperado y animado mucho. Estaba en la cocina. Llevaba los cabellos recogidos y sujetos en la nuca y silbaba alegremente. Dijo:

—Hice un pastel.

Terminaron la comida felizmente. Sally habló mucho sobre un muchacho que había visto. Había atravesado el torniquete de entrada al pasadizo dos veces sin haberse acercado a la barandilla para contemplar la parra. Sólo le interesaba charlar con ella. La madre sonreía al mismo tiempo que daba a Maida algunas instrucciones sobre el gobierno de la casa. El padre estaba un poco pálido y como abstraído.

—El pastel —dijo Maida, cortándolo.

Todos abrieron la boca asombrados.

—¡Uvas!

Una vez que terminaron de hablar con ella, Charles la condujo hasta su habitación, tratando de tranquilizarla.

—Por favor, querida, no llores más. Lo que ocurrió es que no has comprendido...

—Todo lo que yo quería era...

—Lo sé, pero perjudicaste a la parra. Ninguno de nosotros jamás hace daño a la parra.

Baskin, aquella tarde, permaneció una hora más en el invernadero, quizá pensando cómo arreglar el estropicio que había realizado su mujer en la parra. Fue de un lado a otro por los pasadizos de madera, arrancando malas hierbas y podando, hasta que poco antes de la puesta de sol tropezó con su padre.

Se hallaba en tierra, cerca del muro exterior, terriblemente pegado al terreno, como si estuviese comulgando con él. Cuando Charles le llamó, el viejo no respondió, ni se movió.

Inclinándose y alzándole un poco, Charles logró sentarle contra el muro de cristal.

—Padre, ¿no crees que no es normal estar tirado ahí en la suciedad, de esa manera?

El viejo le miró y musitó:

—Tenía que hacerlo...

—¿Por qué, padre? ¿Por qué?

—No lo comprenderías.

—Padre, ¿te encuentras bien?

El viejo le apartó calmosamente y replicó:

—Vamos..., es la hora de regar la parra.

Los últimos visitantes se habían ido ya, y así abrieron las esclusas que daban paso al agua. Cenaron bajo el suave murmullo del agua que regaba la tierra. Aquella noche, Charles y Maida se abrazaron más estrechamente, como si estuviesen atemorizados por la constante lluvia artificial.

El padre ya no volvió a ser el mismo de antes. Al cabo de dos meses había fallecido, languideciendo misteriosamente ante los ojos de toda la familia, hasta morir. A la vez que el viejo se iba perdiendo poco a poco, la parra prosperaba, produciendo más fruto, extendiendo más y más sus ramas hasta que llegó un momento en que Charles temió que el invernadero no fuese lo suficientemente grande para albergarla. Trabajó largas horas podando y arreglándola, intentando mantenerla dentro de ciertos límites, y cuanto más trabajaba, menos resultados parecían alcanzar sus esfuerzos.

Su madre y las muchachas también parecían afectarse mucho, haciendo inútiles esfuerzos y languideciendo más y más ante sus ojos.

Solamente Maida estaba bien, atareada en un género de vida que nada tenía que ver con la parra o con el invernadero. Estaba embarazada y en sus sueños sobre el futuro, cuando conversaban sobre el porvenir, ni Charles ni Maida mencionaban la parra para nada.

Solamente Sally parecía resentirse del inminente bebé, riñendo con Maida porque no ayudaba como lo hacían los demás, aunque la propia Sally pasaba

cada vez menos tiempo trabajando. En lugar de hacerlo se entretenía en el torniquete de entrada, charlando con el muchacho visitante.

—Mejor será que le digas que deje de venir por aquí —dijo Charles una noche.

—¿Por qué? Tengo que vivir mi propia vida, ¿no?

Charles frunció el ceño mirando a Sally y respondió:

—Tu vida es la parra.

Al día siguiente la muchacha había desaparecido. Había metido sus ropas en una maleta de cartón, para huir con el muchacho. Desde una distante ciudad enviaron una tarjeta que decía:

«Salid de ahí antes de que sea demasiado tarde.»

No había dirección del remitente.

Sue movió la cabeza con gesto de pesadumbre y comentó:

—Tendremos que trabajar más duro para compensar su marcha.

—No servirá de nada —respondió la madre, desde su rincón—. No servirá de nada.

—No digas eso —replicó Charles secamente—. Entre todos tenemos que cuidar la parra.

Muy avanzada ya en su embarazo, Maida murmuró:

—¡Maldita sea la parra!

Como Charles no pudo encontrar a su madre para que le ayudara, cuando nació el niño entre él y Sue oficiaron de comadronas. Cuando todo acabó, Charles salió hacia los pasadizos de madera y llamó a la anciana para darle la buena noticia.

Finalmente la encontró boca abajo, pegada a la tierra, como lo había estado su padre, y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para alzarla. Imaginaba que algo la había golpeado cuando la apartó de la tierra. Atemorizado la llevó hasta la casa y la acostó. Aun cuando la mujer era fuerte, Charles no le permitió dejar la casa para nada. Entre él y Sue cargaron con el trabajo porque no tenían otro remedio que hacerlo así. De todas formas la madre murió pronto. La enterraron en el solar familiar, donde podría alimentar a la parra.

En aquellos momentos quedaban en la casa solamente cuatro personas: Charles, Maida, el bebé... y Sue, quien poco a poco también iba

languideciendo y adelgazando ante sus ojos.

Charles estaba desesperado y probablemente habría huido de allí a no ser por el pequeño. El bebé era su futuro y todas sus esperanzas. Crecería fuerte y saludable, llevando en sí la tradición de los Baskin en cuanto se refería al cuidado de la parra.

—Pronto tendremos una niña —dijo sonriendo a Maida.

Al otro lado del fuego, Sue se llevó ambas manos a los labios. Sus dedos acariciaron el rostro, nerviosamente, e inmediatamente se puso en pie y echó a correr.

Cuando Charles salió al porche escuchó sus pasos, rápidos y desesperados. Pero estaba todo muy oscuro y la gran parra crujió sobre él. Con un estremecimiento, entró en la casa.

No volvieron a ver a Sue, y así Maida tuvo que cuidar al bebé en la casa y salir a ayudar a su esposo en el trabajo de la parra.

Era una muchacha ágil y capaz, y ahora que había dado a luz un hijo, parecía sentirse extrañamente reconciliada con la vida en el interior del invernadero, como uno más de los que siempre habían trabajado allí.

Ella y Charles trabajaban bien, pero Charles comenzó a observar ciertos cambios en su esposa. A menudo la hallaba en el pasadizo de madera más lejano del invernadero con una mejilla apoyada en el muro de cristal, profundamente ensimismada. Fue por esta época cuando Charles descubrió el esqueleto de Sue suspendido entre la verde espesura de la parra. Lo liberó de su encierro y lo enterró rápidamente para que Maida no lo viese. La tierra parecía vivir cuajada de fuertes raíces que en aquel momento se agitaron espasmódicamente. Charles dio un salto atrás, terriblemente alarmado.

«Nos iremos —pensó mordiéndose el labio inferior—. Me llevaré a ella y al niño muy lejos de aquí.»

Pero ya era demasiado tarde. Maida no respondió a sus angustiosos gritos, y finalmente la encontró pegada a la tierra junto a la puerta de la casa.

Cuando la alzó, la muchacha sonrió. Parecía estar ciega, pero, aun así, su aspecto era tan encantador como siempre. Allí donde había tocado la tierra, su piel estaba cruzada por diminutas venas rasgadas. La llevó en brazos, corriendo, tropezando, hasta la carretera. Cuando la policía la trasladó al hospital, Charles llamó al padre de Maida.

—Señor Freemont, Maida y yo nos iremos de aquí tan pronto se encuentre mejor para viajar.

—Y harás bien, muchacho —respondió el señor Freemont—. Yo cuidaré aquí de Maida. Tú vuelve a tu trabajo en la parra.

—Me parece que no acaba usted de entenderlo, tenemos que irnos de aquí...

El viejo le aconsejó nuevamente que regresara al invernadero y añadió:

—Pronto estará bien, hijo. Vuelve a tu trabajo.

Como no había otra cosa que hacer, así lo hizo Charles, pero tenía la mente ocupada con sus proyectos. Cuando Maida mejorase se la llevaría de allí en compañía del bebé; si era preciso robaría un coche y partirían del valle hasta que estuvieran muy lejos de aquella tierra maldita, sanos y salvos.

—Ha muerto —dijo el padre de Maida, llorando junto al torniquete de entrada a los pasadizos altos.

—La parra la mató —respondió Baskin desesperadamente.

El viejo aplicó sobre su hombro una afectuosa palmada y luego añadió:

—Bien..., bien, está llegando la hora de la recolección. Ya sabes cómo les gusta eso a los visitantes...

—Pero tengo que...

—Tienes que seguir trabajando en nombre de Maida. Por el valle. Todos dependemos de ti.

Antes de que Charles pudiese protestar, el viejo colocó un rastrillo en su mano. Al cabo de un rato un grupo de hombres comenzó a instalar un torniquete automático.

—Te diré algo —dijo el viejo—. Colocaremos un rótulo de «Prohibidas las visitas» y así dispondrás de cierto tiempo para cumplir con el luto.

—Pero no hay...

Baskin penetró en el invernadero añadiendo:

—... No hay tiempo para lutos. Solamente queda el tiempo justo para cuidar la viña.

Tal exigencia ocupó todas sus horas libres. Cuidaba también al niño, al que dejaba en el porche en un lugar donde él podía vigilarle, y si aquella

noche dejó al bebé sin atender, casi no fue culpa suya.

Oyó un fuerte chasquido y un distante lamento. Charles corrió para ver lo que había ocurrido. La parra había roto un panel de cristal del invernadero. Charles estaba a punto de volverse hacia la casa y hacia el bebé cuando una rama llena de hojas cayó alrededor de uno de sus brazos sosteniéndole como si deseara decirle: «Escucha».

Impaciente, Charles se sacudió la presa. Con creciente pánico echó a correr.

No pudo llegar a tiempo. Nadie hubiese podido hacerlo. El bebé, o bien había trepado por su cuna o le habían sacado de allí. Estaba jugando en la tierra frente a la casa. Baskin gritó, destrozándose casi la garganta, pero antes de que el bebé pudiese oír o responder, una fuerte raíz surgió del suelo, rodeó el cuello del niño y lo introdujo profundamente en la tierra.

Charles imaginó oír un eructo cósmico.

Lanzándose desesperadamente sobre la tierra la rasgó con furia, pero no encontró rastro del bebé, ni su gorra, ni siquiera un solo hueso. En su dolor e ira, Baskin cavó más profundamente con ambas manos, golpeando las raíces y maldiciendo la tierra. El suelo estaba vivo, luchaba en contra de él, y finalmente le costó gran trabajo desembarazarse de las raíces que trataban de hacer presa en su carne.

Se retiró hacia el porche jadeando penosamente. Entró en la casa, recogió papeles, astillas y trapos, y caminó sobre uno de los pasillos de madera hasta llegar al gran tronco, para formar una pira en su base. Empapó la carga con petróleo y le prendió fuego.

Así fue cómo Charles Baskin finalmente hizo la guerra a la parra.

Dando un salto hacia atrás, para evitar el calor, la maldijo mil veces, pensando que todo acabaría muy pronto, pero mientras contemplaba la quema el sistema de riego funcionó repentinamente, quizá movido por algún largo tentáculo de la parra. Cuando el humo desapareció, se dio cuenta de que la parra apenas había sufrido daño alguno con el fuego ya apagado, y estaba succionando desde su interior, de vez en cuando, bañándose el tronco con nueva savia.

Baskin, entonces lo atacó con una sierra automática, pero antes de que hubiese llegado muy lejos, la parra comenzó a dejar caer tijeretas desde todas

sus ramas y cada una de ellas comenzó a enraizar. Y todas, como por arte de magia se apoderaron de la sierra, intentando volverla hacia él. Charles se vio obligado a retroceder rápidamente hacia un lugar seguro, huyendo del invernadero, sumido en la más honda desesperación.

Pensó verter una cuba de lejía en el terreno, pero antes de que pudiese aproximarse lo suficiente, las raíces ya sobresalían de la tierra por el exterior del invernadero asiendo la cuba y tratando de alcanzar al propio Baskin.

Tenía que atacar de nuevo al tronco, pero el invernadero se había convertido en un lugar impenetrable. Aquella «cosa» se había rodeado de una espesa armadura de gruesas raíces y fibras y en ningún momento pudo Charles acercarse al tronco.

Desesperado, trazó otro plan: si no podía dañar la planta, destrozaría el invernadero, y la primera helada mataría la parra.

Solamente había roto tres paneles de cristal, cuando la encolerizada planta le aplicó unos fuertes latigazos con sus raíces a la vez que lanzaba un profundo y estremecedor bramido. Charles aún estaba luchando denodadamente cuando el primer camión apareció en el horizonte. Llegaba gente de la ciudad para investigar.

—Gracias a Dios —dijo al primer hombre que le ayudó—. Gracias a Dios que han llegado.

El hombre le miró a través del verdor y le preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—Tenemos que matarla —respondió Baskin.

Luego pensó: «Ahora verán».

Al cabo de dos segundos añadió:

—Tenemos que matarla antes de que nos mate a todos.

—Ese hombre trataba de hacerle daño a la planta —dijo alguien a su espalda—. Parece que hemos llegado a tiempo.

Baskin abrió la boca sin acabar de comprender del todo.

—Sí, justamente a tiempo —musitó.

Los hombres retrocedieron y dejaron que la parra terminara lo que estaba haciendo. Entonces echaron suertes para ver a quién le tocaba quedarse allí para cuidar la planta. El afortunado ganador envió un amigo a la ciudad para que comunicara la buena noticia a su esposa, y entonces avanzó abriendo las

dobles puertas que daban paso al invernadero. Al aproximarse, la parra retiró sus tentáculos enrollándolos calmosamente en su primitivo lugar. En voz baja, casi acariciadora, el hombre preguntó en la oscuridad:

—¿Te encuentras bien?

LA CHICA DE O'GRADY

Leo P. Kelley

Es muy frecuente, en la literatura fantástica de todos los tiempos, representar a la muerte como un personaje alegórico que viene a buscar a los humanos para acompañarlos al Más Allá. Pero el señor Muerte de Leo Kelley es una Muerte nada convencional y en absoluto escalofriante. Lo que sí es, en cierto modo, escalofriante es la hospitalidad con que lo reciben una anciana y un muchacho con los que la vida no ha sido demasiado amable, al mostrar cómo la incompreensión de la sociedad puede hacer que la muerte sea para algunos una grata visita.

Me encontraba justamente allí el día en que el señor Muerte vino a por la señorita Mattie. Yo estaba allí y le vi con toda claridad.

Era un día en que el viento bajaba formando remolinos desde los montes, en que se podía notar el olor húmedo de la lluvia próxima. Aquella mañana, yo había bajado al establo para esparcir paja en la cuadra de «Beau», nuestro caballo de labranzas, y le noté irritado, de pésimo humor, coceando sin cesar. Claro está que él no tuvo la culpa. Apenas había entrado yo en la caballeriza, cuando «Beau» retrocedió de pronto, y ¡bam!, me lanzó contra una pared y me hizo ver estrellas y fuegos artificiales de todos los colores imaginables. En medio de aquel despliegue estelar alcancé a ver un individuo que parecía un viajante, el cual hablaba con mis padres y otras gentes que en ese momento no podía reconocer. Luego las estrellas se desvanecieron y trabajosamente me levanté sobre mis piernas, todavía inseguras.

Lancé una maldición a «Beau», y éste pareció calmarse. Después recogí mi hacha del cobertizo y me dirigí, aún tambaleante, debo admitirlo, hacia la casa de la señorita Mattie, donde necesitaban que hiciera astillas de un montón de leña. Iba allí casi a diario, sobre todo desde que ella se puso tan enferma.

La mayor parte de la gente la llamaba señorita Mattie cuando estaba delante de ella, pero a su espalda todos la llamaban «la chica de O'Grady». Nuestra población está llena de personas como éstas, burlonas y murmuradoras.

Pero la señorita Mattie no era de esa clase; nunca lo había sido. Antes de que envejeciese y que tuviera que jubilarse, había sido mi maestra. Aunque decían que no sabía demasiado, lo cierto es que en todo ponía su mejor voluntad. La señorita Mattie jamás se rió de mí cuando me equivocaba en las

sumas u olvidaba en casa mi libro de lectura, y tampoco me regañaba, como mi madre, o insistía continuamente acerca de mis defectos, como hacía mi padre. Mis defectos es lo que dicen las gentes educadas, pero los demás se expresan más francamente y me llaman bobo. «Qué pena, el hijo mayor de Lacey —dicen, moviendo la cabeza—; no sabe ni cuál es su mano derecha.»

Lo cierto es que casi todos me miran con aire burlón, cuando paso, y a veces hasta me sacan la lengua.

Pero la señorita Mattie me dijo una vez: «La liebre no se hizo para correr junto al lobo, Billy Jay. Haz lo que puedas, y hazlo lo mejor que sepas, y eso ya es bastante para cualquiera, sea hombre o muchacho. Los que dicen otra cosa es que no saben distinguir entre la sal y el azafrán.»

Así era la señorita Mattie, cuando el señor Muerte vino por ella.

Pero no todo el mundo era como mi vieja maestra, ah, no, nada de eso. Veán, por ejemplo, el caso de Laura Lee. Escuchen lo que me pasó ayer, sin ir más lejos, cuando me dirigía hacia la casa de la señorita Mattie. Vi que Laura Lee venía hacia mí con el pelo lleno de cintas, y una bonita perla prendida en el vestido. Ella es, con mucho, la chica más guapa del condado; así lo dice la gente de estos alrededores.

—Hola, ¿cómo estás, Laura Lee? —le dije, quitándome respetuosamente el gorro.

Ella no pareció haberme oído, de modo que volví a hablarle, algo más alto, esta vez:

—Hermosa mañana, Laura Lee. He visto las truchas saltando allá en el lago.

Sin decir nada, ella echó a correr por donde había venido, de modo que la seguí rápidamente para ver cuál era el motivo para que corriera en esa forma. Entonces me di cuenta de que el motivo era yo.

—¡Quédate quieto! —me chilló cuando estuve a su lado—. ¡O mejor, márchate de una vez!

—Pero..., si yo, Laura Lee..., yo no...

—Lo siento mucho, pero mamá me dijo que, aunque no eres peligroso, es mejor que tenga cuidado. Y yo debo hacerle caso a mamá.

—Claro, claro que sí, Laura Lee —repuse—. Bueno, creo que tengo que marcharme.

Le dirigí una sonrisa, y actué como si nada, absolutamente nada, hubiera ocurrido. Ella se alejó por el sendero que bordea el lago, y yo volví hacia el camino que llevaba a la casa de la señorita Mattie.

Así pues, hoy me encaminaba de nuevo hacia donde vive la señorita Mattie, deseando en secreto no encontrarme con nadie, y menos aún con Laura Lee Frisby.

Cuando llegué a la casa, entré por la puerta trasera utilizando la llave que la señorita Mattie me había dejado, no sin haberme quitado antes el barro de las botas. Subí los peldaños de dos en dos y llamé suavemente a la puerta de su dormitorio con los nudillos, por si aún estaba durmiendo.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿Quién está ahí?

—Soy yo, señorita Mattie —le contesté—. Soy Billy Jay, nadie más.

—¡Ah, eres tú, muchacho! Pensaba en ti hace un minuto. Bueno, pasa, chico, y corre las cortinas para que entren los rayos del sol en la habitación.

Algunos dicen que la señorita Mattie ha perdido el juicio desde que cayó enferma, pero yo sé bien que no es así. Eso de decir «que entren los rayos del sol» es su forma corriente de expresarse. Ha leído un montón de libros y dice palabras que la mayor parte de las gentes de Elk Crossing no han oído en su vida.

—Vine a cortar un poco de leña y a sacar agua —le dije cuando hube corrido las cortinas—. He visto que los goznes de la puerta de afuera están flojos. Compré diez peniques de clavos para arreglarlos.

—Gracias, Billy Jay —me contestó con aire abstraído, como si estuviera pensando en otra cosa.

Luego la ayudé a incorporarse, le arreglé las almohadas y entonces me sonrió. Yo le devolví la sonrisa, y estuve a punto de olvidarme de Laura Lee Frisby y de su mamá.

Aún estábamos sonriendo cuando llegó el señor Muerte a la puerta de la habitación. Llevaba unas gafas que se le escurrían hasta la punta de la nariz, y él las empujaba continuamente hacia arriba. Tenía en las manos muchos papeles y una libreta de notas de tapas negras. De sus bolsillos sobresalían numerosos lapiceros de punta roma. Se veía en seguida que su traje precisaba

un buen planchado, y el nudo de su corbata estaba hecho como al descuido.

—¿Puedo entrar, señorita Mattie? Espero llegar a tiempo —dijo a la vez que sacaba un grueso reloj de oro, al que echó una ojeada; lo sacudió un par de veces y agregó—: Vaya, se ha parado otra vez; tendré que hacerlo arreglar en cuanto pueda. No es posible hacer las cosas a su debido tiempo con un reloj que funciona mal.

La señorita Mattie miró fijamente al recién llegado, pero no cambió de expresión.

—Pase y tome asiento —dijo ella al fin, como si le hubiera estado esperando en cualquier momento—. Esa silla que está ahí es la más cómoda.

El hombre se acomodó lanzando un suspiro, como si fuera a hacer una pausa y a descansar. Entonces, y como si yo me encontrara a miles de kilómetros, dijo al tiempo que me miraba:

—El muchacho parece que puede verme.

Después observó a la señorita Mattie, mientras cruzaba las manos sobre el chaleco, poniéndose más cómodo. Luego agregó:

—¿Cree que sabe quién soy?

—No, de ningún modo —contestó ella—. Tenga en cuenta que acaba de cumplir los dieciséis años. Todavía no cree en usted.

Pero en eso se equivocaba por completo la señorita Mattie, y para demostrarlo dije con mucho cuidado, como para no parecer grosero:

—Yo diría que le conozco, señor. Usted...

—No importa, Billy Jay —me interrumpió rápidamente la señorita Mattie, a pesar de que siempre es muy correcta—. Lo cierto es que te voy a echar mucho de menos, Billy Jay.

Me pareció que la lengua se me había quedado pegada al paladar. Nunca me he sentido cómodo en las tertulias. Me alcé los pantalones y me pasé la mano por el pelo, mientras los dos charlaban animadamente de esto y aquello. Yo les escuchaba y me pregunté si sería verdad que la señorita Mattie se iba a marchar con él.

De improviso, el señor Muerte dijo un poco más alto:

—O'Grady está por llegar de un momento a otro.

Creí que la señorita Mattie iba a saltar de su lecho, a pesar de su enfermedad. Después, miró unos instantes al señor Muerte y manifestó:

—No estará usted bromeando, ¿verdad? Hace tanto tiempo que le espero...

—Yo no soy un bromista, como usted sabe —repuso él—; aunque algunos me pintan mucho peor de lo que soy.

La señorita Mattie se incorporó en la cama y dio la impresión de haber rejuvenecido algunos años.

—O'Grady nunca fue una persona puntual —declaró—. Pero he llegado a cansarme, esperándole.

—Él no estaba seguro de que usted quisiera que viniese —dijo el señor Muerte suavemente, como si estuviese hablando consigo mismo.

Las manos de la señorita Mattie se agitaron sobre el edredón como los cuervos cuando un gato entra en los maizales.

—¿Que yo no quería que viniese? ¡Qué ocurrencia! O'Grady siempre estuvo lleno de fantasías e ideas peregrinas. Quizá sea una de las razones por las que le quise tanto. ¡Decir que yo no deseaba que viniera...!

Les contaré la verdad, y es que la señorita Mattie estaba roja como una amapola.

En ese preciso instante, el otro hombre apareció en el umbral y se detuvo de pronto, con la mirada fija en la señorita Mattie. Tenía patillas rojas y un bigote del mismo color. Llevaba puesto un jersey de cuello subido y un gorro de lana, inclinado sobre una de las pobladas cejas. También usaba pantalones ajustados, con un cinturón de cuero brillante. Sus ojos, de un azul claro, eran de mirar vivaz, y su piel parecía acostumbrada al sol y a los vientos.

—Martha, he vuelto al fin —susurró tras un momento de silencio.

—O'Grady —contestó ella—. El verte de nuevo, hace que dé por bien empleado todo este tiempo que llevo esperando.

Le tendió entonces los brazos, y cuando él estuvo junto a ella, le estrechó fuertemente, como si no fuera a dejarle marchar jamás.

Cuando por último le dejó libre, me pareció que los ojos de la mujer resplandecían como nunca.

—Siempre dije que eras un hombre apuesto. No has cambiado nada —añadió; y luego como si lo hubiera olvidado, dijo—: O'Grady, debería reprenderte muy seriamente, bien lo sabes.

—Siempre tuve intenciones de volver —contestó él—. Pero tenía tanto

que hacer, había tantos sitios que conocer, Martha... Además, no dejaban de llamarme. Sin embargo, sé que no es una excusa válida, lo admito.

El señor Muerte intervino entonces diciendo:

—Ha visto de este viejo mundo, casi tanto como yo mismo, señorita Mattie. Ha contemplado a las hermosas mujeres de Oriente, y sabe de sus cánticos y danzas que duran toda la noche. También ha conocido a los hombres que vagan por el mundo, aprendiendo de ellos a ganarse a las mujeres.

—¿Por qué no volviste a mí, O’Grady? —inquirió la señorita Mattie, como si no hubiera oído una sola palabra de lo que el señor Muerte había dicho.

—No podía, Martha. ¿No te das cuenta? ¿No lo comprendes?

Los dedos de ella oprimieron las manos de O’Grady, mientras movía la cabeza lentamente.

—Nuestro amigo, aquí presente —añadió el hombre, refiriéndose al señor Muerte, desde luego—, me encontró manoteando en el puente anegado de un carguero que iba con destino a Singapur. Habíamos capeado un temporal con olas de siete metros, durante horas y horas. Pero al fin, con gran dolor, tuvimos que dejar la nave. Era una altiva belleza, y murió como una reina, con el verde océano por ataúd y la espuma blanca por sudario.

—Me alegro de que hayas vuelto al fin, ahora que has podido —dijo la señorita Mattie—. Estaba dispuesta para marcharme, pero no me seducía la idea de hacerlo con un extraño.

—Tate, tate... —intervino el señor Muerte, moviendo admonitoriamente el índice hacia la mujer—. La conozco desde que usted era un comino, cuando a su hermana Bella le dio el cólico. Y también estaba, lo recuerdo bien, cuando se fue su abuelo Carruthers... ¡Ah, gran hombre aquél! ¿Y dice que soy un desconocido?

La señorita Mattie se unió a él en sus risas.

—Pero no tema, señorita Mattie, que no va a viajar sola, ni mucho menos. Son muchos los que van a acompañarnos.

O’Grady extendió sus largos brazos y dijo con aire animado:

—Martha, viene con nosotros un antiguo compañero de navegación que ha estado deseando conocerte durante todos estos años. Se llama Fresno. Y

también está Cissie; ¿la recuerdas de la ciudad? Espera, espera y verás.

Y entonces, ¡cielos, qué conmoción! La señorita Mattie dio un rápido beso a O'Grady en la mejilla, y echó a un lado las ropas de la cama. Nunca la vi moverse tan ágilmente, ni siquiera cuando perseguía a los pilluelos que la molestaban en la escuela, durante las clases. Pidió a O'Grady que diera cuerda al gramófono, rogó al señor Muerte que llenase la tetera y la pusiera al fuego, y a mí me dijo que cortase leña y encendiera el hogar, en la sala de abajo. Se había levantado de la cama y daba la impresión de que perdía años, con cada paso que daba, como si fueran cuentecillas que no le hacían falta.

Antes ya de que hubiéramos alcanzado el pie de la escalera, comenzaron a llegar. La casa se llenó con el rumor de sedas y el golpear de los bastones con puño de oro, mientras desde una a otra habitación se llamaban y todo eran risas.

O'Grady daba golpecitos en la espalda a los hombres, y una vez que hubieron presentado sus respetos al señor Muerte, cada uno se dedicó a sus asuntos. Las damas se dispersaron como gacelas por toda la casa, gritando:

—¡Mattie, aquí nos tienes! ¡Vamos, Martha, baja a reunirse con nosotras!

El señor Muerte encontró la tetera en la alacena y se dirigió a la bomba, para llenarla de agua.

—¿Y este chico? —dijo O'Grady, refiriéndose a mí.

—Soy Bill Jay. Mi nombre es Bill Jay Lacey —dije quitándome el gorro y metiéndolo apresuradamente en un bolsillo, sin dejar de mirar a la señorita que estaba junto a O'Grady, y que parecía salida de un cuadro.

—Es un amigo de Martha —declaró O'Grady a la joven.

—Encantada de conocerle, señor Lacey —respondió aquella hermosa criatura—. Me llamo Cissie, y conozco a Martha desde hace muchos años. ¿Le gusta bailar? Porque, como verá, va a haber baile.

Era cierto; ya O'Grady estaba dándole cuerda al gramófono.

—También yo estoy encantado de conocerla, señora —murmuré, notando que se me subían los colores.

Se echó a reír y dijo que podía llamarla Cissie, si yo la dejaba que me llamara Billy Jay. Contesté que no me molestaba en absoluto.

—¡Eh, Fresno, hola! —gritó O'Grady a un hombre que acababa de llegar—. Le dije a Martha que venías a conocer a una dama de verdad, por variar.

Así que, viejo tunante, ¡cuidado con tus modales! Antes que nada, vamos a tomar un poco de té para entonar el cuerpo, y luego escucharemos algo de música, a fin de levantar los ánimos. Después podremos sentarnos a charlar un rato.

La sala parecía girar a mi alrededor, o quizá era mi cabeza, pero lo cierto es que sentía ganas de reír y llorar al mismo tiempo. Todos estaban muy alegres. El señor Muerte colocó la tetera al fuego y al cabo de un rato el agua comenzó a hervir. Cissie puso en la mesa un juego de té de porcelana que yo jamás había visto, y O'Grady seguía dándole cuerda al fonógrafo; la música se difundió hasta el último rincón de la casa, incluso por los sitios más recónditos. Yo estaba con la boca abierta, cuando el señor O'Grady me rodeó los hombros con su robusto brazo y, llevándome hasta la puerta de la cocina, me dijo:

—Ahí fuera hay madera que cortar, Billy Jay. Aunque ya ha llegado la primavera, el aire aún es fresco. ¿Lo harás?

Lo hice sin vacilar. Como si mis piernas hubieran sido hechas sólo para eso, me dirigí al exterior. Al salir, oí a Cissie que decía:

—Pero, O'Grady; es tan joven...

Y no alcancé a escuchar el resto.

Arranqué el hacha del leño donde la había dejado clavada, y comencé a cortar madera como si tuviera la fuerza de diez gatos monteses. Alcanzaba a escuchar el jolgorio que había en el interior de la casa, y deseaba terminar para volver cuanto antes. Al detenerme un momento a descansar, escuché los cuchicheos y chillidos de las ardillas. Entonces vi a Lorne y a los demás que venían por la curva del camino, gritando y arrojando piedras. Recogí la leña y me dirigí hacia la puerta en el momento en que Lorne, Carlie y Clair salían del camino y avanzaban hacia la casa. Me metí dentro cuando ellos llegaban, contento de no haber sido visto.

Los otros se quedaron fuera, mirando hacia las ventanas. Lorne mordisqueaba una ramita, y la savia verde le humedecía la barbilla.

—¿Estás ahí, Billy Jay? —voceó Lorne.

No contesté, figurándome que se marcharían si me quedaba quieto.

—Claro que está ahí dentro —relinchó Carlie—. Él y la chica de O'Grady

—¡Parece que ha conseguido una muchacha buena y honrada! —terció Clair, mucho más alto de lo que necesitaba para que le oyesen Lorne y Carlie—. ¡Es un novio perseverante!

—¡No; un tipo robusto, como Billy Jay, está perdiendo el tiempo al cortejar a la chica de O’Grady! —vociferó Carlie—. Ella hace tiempo que no está para eso, ya me comprenden, ¿verdad?

Y así diciendo, dio un codazo a Lorne en las costillas quien chilló a su vez:

—¡El bueno de Billy me dijo una vez que se conseguiría una muchacha en cuanto estuviera preparado!

—¡Entonces, ahora es el momento! —terció Clair—. ¡Mira, Carlie, te apuesto a que el bueno de Billy Jay puede conseguirse cualquier chica del condado, sólo con que se lo proponga!

Carlie lanzó un fuerte silbido, y Clair, con los ojos en blanco y contoneándose como si fuera Laura Lee Frisby, avanzó unos pasos y añadió:

—¡Hasta podría ganarse a Laura Lee Frisby, si quisiera!

Yo sabía lo que iba a suceder a continuación, y sólo deseaba que se marcharan para poder volver a la sala, desde donde llegaban risas y música. Pude haber salido para darles una tunda. Ya lo había hecho una vez; pero, ¿qué iba a adelantar con eso?

Lorne empezó, y Carlie y Clair le hicieron coro, tal y como yo había imaginado. Apenas podían cantar, a causa de la risa que les daba.

*El bueno de Billy puede ir a la ciudad
Y buscarse una chica guapa de verdad.
El bueno de Billy sería un galán,
¡Sólo con que fuera adonde ellas están!*

Por fin se encaminaron hacia la carretera, mientras sus gritos y silbidos repercutían en mis oídos como el eco en un desfiladero. Me esforcé por dominar mi respiración, que me silbaba en la garganta, pugnando por salirme del pecho. Noté que el sudor corría por mi espalda, y cerré los párpados con fuerza.

El señor Muerte fue quien me devolvió a la realidad. Entró en la cocina,

recogió la leña que yo llevaba en los brazos, y la arrojó en la caja que había detrás del fogón.

—Me parece que todo esto te marea un poco, ¿verdad, Billy Jay? Es que los amigos de la señorita Mattie vienen a llevársela con ellos.

—Lo comprendo muy bien —respondí, y el señor Muerte me miró directamente a los ojos, como si me estuviera viendo por primera vez.

—Ea, ven al salón —agregó con tono afectuoso—. Hay té, y también se baila.

Me acompañó hasta donde la música era más fuerte, y me hizo sentar en medio de todos aquellos elegantes señores y señoras. Eran al menos una docena, pero se movían tanto que ni siquiera podía contarlos. El té me sentó bastante bien, y al poco tiempo estaba siguiendo con el pie el ritmo de la música. La señorita Mattie era la atracción del baile, como si dijéramos. Tan pronto estaba aquí, como allí o en el otro lado. Apenas podía reconocerla. Bueno, su aspecto era el de costumbre, pero no se trataba de eso. Quizá era su alegría, y también su aire de orgullo, cuando se tomaba del brazo de O'Grady .

Luego se puso a contar chistes, y todos se reían en el instante oportuno. En cierto momento hizo que O'Grady se sentara junto a ella, para luego llevarse un dedo a los labios, hasta que todo el mundo se hubo callado.

—Érase una vez... —comenzó diciendo, y yo me acomodé mejor en mi silla—; érase una vez una alocada muchacha que tuvo la desgracia de tropezar con un hombre veleidoso, de ojos azules y vivaces, que con su charla era capaz de convertir el agua en whisky. ¡Y ocurrió que esa necia chiquilla dejó a parientes y amigos para marcharse con aquel hombre!

Me reí para mis adentros, porque lo que estaba contando la señorita Mattie era justamente su historia, tal como me la había relatado hacía tiempo.

—Pero entonces vino el desastre, queridos míos —prosiguió diciendo—. Sepan que el hombre que eligió su corazón no sólo tenía los ojos del color del cielo, sino que los había puesto en lejanos horizontes. Era un trotamundos por naturaleza, y un día marchó como la melodía que se va de la cabeza y se niega a volver. Ella le quería con toda el alma y era demasiado joven para saber la clase de hombre errabundo que le había tocado en suerte como marido. Ah, sí, porque se habían casado como Dios manda, en una iglesia con

velas y todo lo demás. Pero cuando ella regresó al lugar de donde se había marchado, comprobó que sólo la recordaban como la muchacha que se fugó con un hombre. En su desesperación había perdido los documentos de su matrimonio, y la gente comenzó a llamarle cosas.

—¿Y qué podían llamar a mi bienamada? —inquirió O’Grady, solemne como un búho.

—¡La chica de O’Grady! —dije atropelladamente, y todos se echaron a reír.

O’Grady se dirigió de nuevo adonde estaba el gramófono y le dio cuerda, tras lo cual comenzó otra vez la danza. El señor Muerte llevaba el compás, y los otros lo acompañaban tocando palmas. ¡Tenían que haber visto a la señorita Mattie y al señor O’Grady! Daban vueltas, trotaban y giraban incansables, hasta que ella apenas podía ya respirar.

Entonces Cissie me tomó de la mano y cuando me di cuenta estábamos bailando. Nunca lo había hecho antes, excepto una vez yo solo en la caballeriza, donde sólo «Beau» podía verme. Pero, puedo jurarlo, ahora no equivoqué un solo paso, y hasta rodeé con mi mano la breve cintura de Cissie.

Cuando al fin cesó la música, el señor Muerte se puso de pie, y como si aquello hubiera sido una señal, todos se pusieron a recoger las cosas. Unos lavaron la vajilla, otros cerraron el gramófono, y otros corrieron las cortinas.

La conversación se hizo menos vivaz y las sonrisas más suaves. Sentía frío, aunque las ventanas estaban cerradas, impidiendo el paso del aire helado, y el fuego aún seguía ardiendo.

Cuando la vajilla estuvo en la alacena, y las sillas colocadas en su lugar, pareció haber llegado el momento. Nadie me prestaba atención, por lo que me quedé a un lado, mirando. El señor O’Grady tomó el chal de la señorita Mattie, se lo puso sobre los hombros, y se dispusieron a marcharse. Los caballeros aguardaron a que salieran las señoras, y resguardándose los ojos con la mano, debido al intenso brillo del sol, se reunieron donde comienza el prado. Entonces llamaron en voz alta a la señorita Mattie y a O’Grady, diciendo que se dieran prisa, pues debían recorrer un largo camino.

La señorita Mattie apagó el fuego con agua, colocó un plato con leche para el gato, que estaba durmiendo en la leñera, detrás de la cocina, y salió al

porche, seguida de cerca por O'Grady. Los demás seguían llamándoles desde la pradera, y al pasar ella a mi lado me rozó con su chal. Yo agité la mano, diciéndole adiós, pero la señorita Mattie ni siquiera pareció haberme visto. El señor O'Grady, en cambio, sí me saludó. Se había detenido a cortar unas margaritas, y, volviendo la cabeza, me dirigió una amable sonrisa.

Ya todos parecían haberse desvanecido en el aire, aunque no estaban a más de doscientos metros de distancia.

Me volví, con un nudo en la garganta, dispuesto a reclinar mi cabeza contra la puerta que la señorita Mattie había cerrado detrás de ella por última vez, cuando fui a tropezar nada menos que con el señor Muerte, del que me había olvidado por completo.

—Por favor, señor —le dije mirándole a los ojos—. Yo... yo quiero irme con ustedes. Deseo acompañar a la señorita Mattie y a los demás.

El señor Muerte alzó las cejas, y sus gafas se le deslizaron hasta la punta de la nariz.

—Pero, Billy Jay... —me dijo con aire triste.

—¡Nada de Billy Jay! —contesté, más irritado que un oso pardo acorralado en un rincón—. ¡Será mejor que eche un vistazo a esa libreta negra de notas! ¡Vamos, que yo ya lo sabía, y usted ni siquiera se acordó de mí!

El señor Muerte extrajo su libreta de notas y comenzó a pasar hoja tras hoja, todas llenas de nombres, algunos de ellos extranjeros, sin duda. Deslizó su índice sobre la lista, hasta que dio con mi nombre.

—¡Billy Jay Lacey! —leyó, lleno de asombro.

—Sí, usted se hallaba en la cuadra esta mañana, cuando «Beau» me coceó —le recordé—. Cuando dejé de existir.

Con gesto pesaroso, el señor Muerte se puso a murmurar, al tiempo que meneaba la cabeza:

—Tengo tanto que recordar, muchacho... Tantos lugares, tanta gente... Justamente debo estar en la parte opuesta del mundo antes de que acabe el día, y no podré descansar un solo momento hasta que llegue el domingo. ¡Y aún entonces, veremos! Bueno, Billy Jay —agregó, ajustándose una vez más las gafas—; puesto que así están las cosas, será mejor que eches a correr. ¡Tendrás que darte prisa, si quieres alcanzar a los demás!

Le di las gracias con toda amabilidad, y en seguida corrí, corrí tanto, que mis pies no parecían tocar el suelo. Cuando les di alcance, la señorita Mattie me acogió con alegría y me pidió perdón por haberse olvidado de decirme adiós, a mí que era su mejor amigo, asegurándome que todo había sido debido a la prisa y agitación del momento.

La perdoné y luego le referí las circunstancias que me habían permitido acompañarles. Añadí entonces:

—Sé muy bien que es su chica, señor O’Grady; pero, me pregunto si no podría... mire usted... sólo hasta que lleguemos allá...

—Claro que sí, Billy Jay —me contestó el señor O’Grady—. Tú cógele la mano izquierda y yo le cogeré la derecha.

Y así nos alejamos. Cogidos de la mano.

LA MANSIÓN DE LAS ROSAS

Thomas Burnett Swann

Se ha dicho de los relatos de SF que son los sucesores de los «cuentos de hadas». Esta observación, bastante errónea en lo que se refiere a la SF propiamente dicha, es, sin embargo, válida con respecto a ciertas manifestaciones afines, como el Sword & Sorcery (literalmente: espada y brujería) o Heroic Fantasy, género que se inspira directamente en antiguas mitologías (sobre todo en las célticas), supersticiones y leyendas.

La Mansión de las Rosas es, en cierto modo, un cuento de hadas. Pero un cuento de hadas maduro, que no se limita a reproducir viejos esquemas, sino que supone un acercamiento lúcido a ciertos mitos y planteamientos que el hombre contemporáneo cree, un tanto fatuamente, haber dejado atrás. La xenofobia, el maniqueísmo, el clasismo, el machismo, el fanatismo, el puritanismo y unos cuantos «ismos» más, son denunciados, con eficaz y elegante sencillez, en este desmitificador relato lleno de ternura, poesía y fino humor.

Thomas Burnett Swann, viajero, investigador y escritor inglés, ha publicado, además de biografías y libros de poemas, varios relatos de fantasía y ciencia ficción, de los que The Manor of Roses es tal vez el más logrado.

CAPÍTULO PRIMERO

Tengo treinta y cinco años; soy, por lo tanto, una mujer madura, y a pesar de estos tiempos de calamidades y de plagas, de muertes prematuras y de fenecimiento de la belleza antes que el cuerpo muera, se dice que aún sigo siendo tan hermosa como una virgen bizantina, flotando en el cielo de un mosaico dorado y soportando las penas como una túnica de pétalos blancos. Pero las penas no sirven de túnica, sino que son como la desnudez para los ojos de los curiosos, para la lengua de las urracas maldicientes que gozan con la pesadumbre de los demás: «Siempre está muy triste... La mansión necesita un heredero... ¿Quién nos va a defender del bosque amenazador, de los ladrones y de las malignas mandrágoras?»

Once años hace, en el Año del Señor de 1202, llegó Edmundo *el Lobo*, el compañero de armas de mi esposo, y nada más desmontar del caballo me dio la noticia de que mi marido había muerto, dejándome como compensación las riquezas capturadas antes de que pereciese en la batalla. ¿Riquezas capturadas? No, un simple botín, diría yo, conseguido en el saqueo de Constantinopla. Miren, ésta es una época en que los hombres son como chiquillos provocadores y crueles, dispuestos siempre a dar muerte a un judío, a un húngaro, o a un griego, por considerarle un infiel. Se sienten felices empuñando la espada, y aseguran que con ello sirven a Dios. Son días en que los muchachos no están lo bastante crecidos para el orgullo de sus padres, ya que los únicos hombres de verdad son los cruzados.

Y sin embargo, yo amaba a mi esposo, un normando pelirrojo, alegre como los hombres del Sur, y no como la mayor parte de nuestras adustas gentes de Norte. Le amaba por su jovialidad, por su pelo de color de los ladrillos romanos, y también porque me dio un hijo.

Pero las ansias del cruzado, como el maléfico espíritu de la plaga, también se apoderan de los niños. Tan sólo el año pasado, en Francia y Alemania, Esteban proclamó su alto mensaje de Cristo, Nicolás hizo sonar su irresistible flauta, y los niños se fueron tras él como las mareas hacia la luna, y afluyeron hacia el Mediterráneo como ríos de inmaculadas vestiduras blancas.

Poco de aquella locura llegó hasta Inglaterra. Tal vez nuestros niños son poco inclinados a las visiones, quizá prefieren cazar, en vez de congregarse bajo las frías arcadas de los templos, para mantener conversaciones con Dios. Pero la demencia, que aquí no afectó a millares, fue a tocar justamente a mi hijo. Y un día se marchó hacia Londres montado en su palafrén roano, vestido con un jubón de piel de oveja teñido de amarillo, y ajustada una correa de cuero a la cintura, de la que pendía una bolsa tintineante, llena de peniques recién acuñados. ¡Iba dispuesto a tomar un barco hasta Marsella, para unirse a Esteban! Pero Esteban y la mayor parte de su cándido ejército fueron vendidos como esclavos al infiel; Nicolás murió de peste antes de alcanzar el mar, y mi hijo, que apenas tenía quince primaveras, llegó a Londres, recorrió las orillas del Támesis en busca de un navío de dos castillos que le llevara al otro lado del canal, y cayó al fin bajo el cuchillo de un bandido. El demonio, creo yo, había poseído a aquellos niños, una burla lanzada como un guantelete al rostro del Señor.

Pero Dios no es ciego, y en menos de un año, me envió a los otros chicos. Por desgracia, todos estaban contagiados de la misma locura. Ellos fueron Juan, un normando de pelo oscuro; Esteban, que aunque sajón se llamaba igual que el muchacho de Francia, y Ruth, a la que llamaban su ángel guardián, pero que nadie sabría decir si había venido del Cielo o de los Infiernos. Presentí que Dios me había convertido en instrumento suyo para protegerles de la ruina que había caído sobre mi propio hijo. ¿Acaso se equivocó Él al encomendarme una misión tan inestimable y difícil? Lo cierto es que lo intenté, Madre del Señor, ¡bien que lo intenté! Les protegí de las mandrágoras del bosque, les amé, les perjudiqué, y luego, al final... Pero ustedes mismos podrán juzgarme...

Corrió cegado por las lágrimas entre los zarzales, asustando a las aves, haciendo que remontaran el vuelo tantos faisanes y perdices como los necesarios para agasajar a un rey. Los sapos le miraron asombrados y en seguida se arrojaron a la laguna con un sordo y simultáneo chapoteo. ¿Ignoraban acaso que él, el tímido Juan, que había perdido su arco en la espesura y esparcido sus flechas durante la carrera, no era criatura de temer? Juan había vuelto de la partida de caza con su padre, el señor del castillo de Goshawk, y en compañía de los caballeros Roberto, Arturo, Eduardo y los demás. Los nombres de esos caballeros eran diferentes, pero su aspecto era casi el mismo. Tenían manos rudas, encallecidas de tanto empuñar la espada contra el infiel... y contra sus compatriotas ingleses; mejillas enrojecidas por el hidromiel, y no por el sol de nuestros cielos; cuerpos que exhalaban fuerte olor porque se cubrían con jubones forrados de pieles, que llevaban con orgullo incluso en verano, no queriendo imitar a los villanos, que en la época del calor usaban sencillas camisas y calzas sin faldellín. El pelo lacio y humedecido por el sudor, lo llevaban largo por detrás, y cortado en un cerquillo sobre la frente.

A Juan, el hijo del barón, le habían permitido disparar la primera flecha contra un ciervo al que acosaba a los sabuesos. No era buen arquero, pero el ciervo se hallaba tan cerca que sólo podía errarse el tiro si se hacía adrede. Y erró el tiro adrede. Una vez, mientras recogía castañas con su amigo Esteban, el pastor, vio Juan al mismo animal, un magnífico ejemplar de ciervo cuya cornamenta se parecía a las ramas desnudas de los árboles que azota el viento a orillas del mar del Norte.

—No nos tiene miedo —le había susurrado Esteban, en aquella ocasión.

—Ni hay motivo para que lo tenga —respondió Juan—. Jamás podríamos hacerle daño. Es demasiado hermoso.

Ahora, en el momento de la caza, el animal volvió su cabeza y les miró como si los reconociera, y tal vez con un aire de resignación. Estaba acorralado por los sabuesos contra un denso matorral de helechos.

Juan lanzó su flecha por encima de la cornamenta, instante que aprovechó el animal para escapar, atravesando los tupidos helechos como si fueran

briznas de hierbas y dejando a los perros inmovilizados por la sorpresa.

—¡Mujerzuela! —gritó su padre con voz ronca a causa de la ira que le producía el haber perdido un festín y un par de astas para adornar el frío vestíbulo del castillo—. ¡Debí entregarte una rueca, en vez de un arco!

Al terminar la partida, Juan fue castigado. Una vez que los caballeros hubieron abatido un animal más pequeño, una joven gacela, tendieron al muchacho sobre el cuerpo cálido y ensangrentado, y cada uno de ellos le pegó de plano con la espada. La mayor parte de los caballeros le golpeó con suavidad, ya que, al fin y al cabo, se trataba del hijo del señor feudal. Pero el golpe de su padre le hizo sangrar y morderse la lengua para contener un llanto vergonzoso.

Después le dejaron marchar.

—¡Vete a las perreras y dile a tu amigo Esteban que te seque las lágrimas! —le gritó aún su padre, con tono burlón.

Un coro de carcajadas subrayó la mofa. Se decía que Esteban se había acostado con todas las hijas de los villanos comprendidas entre los doce y los veinte años. Y los que no tenían hijas solían afirmar, con aire festivo: «Las muchachas lloran hasta que Esteban les seca las lágrimas».

Una vez solo en el bosque, Juan olvidó su afrenta. Estaba demasiado asustado, para acordarse. Apenas cumplidos los doce años, sabía que los bandidos sentenciados a la horca se refugiaban entre los sicómoros que recordaban a los romanos, y entre las encinas que estaban ahítas de sangre de los sacrificios druidas. En cuanto a los animales, había lobos, osos y jabalíes de largos colmillos, sin olvidar las anfisbenas, que eran serpientes de dos cabezas, ni los grifos de escamosas alas. Pero lo peor de todo eran los seres de la mandrágora, que crecían como raíces y luego saltaban de la Tierra, uniéndose a sus congéneres para practicar estos actos de antropofagia.

¿Adónde podía ir?, pensó Juan. Al castillo no, ciertamente, pues allí estarían ahora los cazadores, remojándose en grandes tinas de madera, restregándose unos a otros las espaldas, para quitarse la suciedad de varias semanas, mientras las mozas de la cocina les arrojaban encima cubos de agua y miraban furtivamente sus desnudeces.

En un tiempo el castillo había albergado a su madre. Las sombras se atenuaron con la blancura de sus vestidos, y por los salones se difundió el

aroma del clavo, de la canela y otras especias de la cocina. Los muros exteriores florecieron con las corolas del damasco, árbol cuyas semillas habían llegado de Tierra Santa. Y las delicadas ascalonias, o «cebollas de Ascalón», asomaron sus tallos verdes en torno al tronco de los árboles, como pequeños gnomos guardianes.

«Si tiene que haber frutos de guerra —había dicho ella—, debemos procurar que sean cosas vivas, y no muertas; cosas dulces, en vez de amargas; cosas suaves, y no ásperas; que aumenten el verde de la Tierra, y no el oro de los cofres.»

Seis años antes ella había muerto víctima de la peste. Ahora, cuando Juan se arrodillaba en el suelo de piedra de la capilla, rezaba al Padre, al Hijo y a la Virgen, pero la Virgen era su madre.

No, no podía regresar al castillo. Podía, pero se vería obligado a visitar la cabaña del abad y tendría que recibir otra lección sobre lógica y astrología, sobre ensayos de Lucano y Aristóteles. En realidad Juan era un buen alumno, y hasta sobresaliente; pero había momentos para estudiar, y momentos para acudir junto a Esteban. A pesar de la burla de su padre, aquél era el momento de ir a buscar a Esteban. No es que su amigo fuese delicado y femenino como una hermana; todo lo contrario, era tan mal hablado y agresivo como cualquier muchacho capaz de tumbar a una chica en el heno. Pero dominaba su rudeza ante Juan, respetaba sus conocimientos, e ignoraba sus debilidades.

Esteban era un villano sajón que tenía tres años más que Juan. Sus antepasados, como él mismo aseguraba con razón, habían sido poderosos condes. Pero los conquistadores normandos les redujeron a la condición de siervos, obligándoles a trabajar las tierras que antaño habían poseído, en los que una vez se alzó una torre de madera rodeada por una empalizada, y ahora se veía el castillo levantado por el abuelo de Juan, una fortaleza de piedra circundada por bastiones en cuya entrada se hallaba el rastrillo de hierro de una poterna, custodiada por arqueros protegidos detrás de las troneras.

Los padres de Esteban habían muerto víctimas de los seres de la mandrágora, en una de las rápidas incursiones que éstos efectuaron fuera del bosque para robar ovejas y cerdos. Un día como aquél, dos años antes, Juan y Esteban se habían hecho amigos inseparables. Juan encontró a Esteban arrodillado junto al cuerpo de su madre; no conocía entonces ni siquiera el

nombre del chico que permanecía al lado del cadáver, pero le colocó un brazo, con aire de consuelo, en torno a los hombros —gesto audaz, para alguien tan tímido— y casi esperó un áspero gruñido o incluso un golpe, como respuesta. Sin embargo, Esteban escondió su cabeza entre los brazos del hijo de su amo y se puso a sollozar convulsivamente, sin lágrimas. No pasó mucho tiempo, cuando ambos resolvieron adoptarse mutuamente como hermanos; para ello se hicieron un corte en el antebrazo, con un cuchillo de caza y mezclaron sus sangres sellando así el pacto.

A partir de entonces, Esteban había vivido en un desván situado encima de las perreras, haciendo de cuidador de sabuesos, de pastor y de granjero, mientras adquiría gran destreza en el arte de luchar con los puños y con el garrote. No sabía leer inglés, y mucho menos francés o latín, pero los lobos temían su palo y los hombres crecidos, sus puños. ¿Cómo se le hubiera podido describir adecuadamente? Era irritable, pero su enfado era motivado por las cosas, y no contra ellas; por los siervos y la miseria en que vivían; por los perros a los que obligaban a acometer temerariamente en las cacerías, y que a menudo perecían entre los colmillos de los jabalíes; por los animales que eran muertos para distracción de los amos, y no para que sirvieran de comida. Algunas veces, también se mostraba jovial: hablaba de las cosas en voz alta, con aire radiante, manejaba el arco, daba de comer a sus perros o blandía la guadaña lleno de vitalidad.

Otras veces ni estaba alegre ni enfadado, sino que parecía encontrarse más allá de ambos estados de ánimo; caía como en un raptó de ensoñación, y anhelaba encontrar un ángel, o la espada Excalibur, o, mejor aún, soñaba en comprar su libertad, para luego convertirse en un Caballero Hospitalario, ayuda de peregrinos y terror de los infieles.

—Pero tendrás que hacer un voto de castidad —le había dicho Juan, en una de esas ocasiones.

—Bueno, ya pensaré en eso cuando llegue el momento —repuso Esteban.

Por otra parte, era uno de esos seres que tan poco abundan, un soñador que pone en práctica sus sueños, y últimamente había hablado del triste sino corrido por la Cruzada de los Niños, añadiendo que ya era hora de que otros Esteban y otros Nicolás siguieran a los primeros muchachos, pero armados con espadas, en vez de símbolos, para que pudieran triunfar donde los otros

fracasaron.

Juan sentía un hondo temor de que Esteban se marchase a Jerusalén sin llevarle con él, a pesar de que no sabía si iba a tener valor suficiente para un viaje semejante, primero a través de las tinieblas del bosque hasta llegar a Londres, luego en barco hasta Marsella, más tarde a los puertos de Ultramar, de la Tierra Exterior, y por último a la tierra de los sarracenos.

Ahora Juan, empero, salió de su ensimismamiento y apresuró el paso; pero volvió a pensar en las razones que iba a esgrimir para hacer que su amigo renunciara a su propósito. Encontró entonces al viejo Eduardo segando en la Pradera Común; llevaba un taparrabo andrajoso sujeto a la cintura, y su rostro y sus hombros eran tan ásperos y oscuros como una silla de montar después de un viaje desde Londres a Edimburgo. El viejo no alzó la vista, ni perdió un solo golpe de guadaña. «¿Para qué mirar al cielo? —solía decir—. Pertenece a los ángeles, y no a los siervos.»

—¿Has visto a Esteban? —le preguntó Juan.

Zas, zas, zas, hacía la guadaña, y las hierbas se abatían como las víctimas de la peste.

—¿Has visto a Esteban? —inquirió el chico, en voz más alta.

—Bueno, que no soy sordo —gruñó el anciano—. Vuestro padre me quitó la juventud, los cerdos y el maíz, pero no las orejas. Al menos por ahora. Vuestro amigo, en cambio, perderá las suyas, si no hace su trabajo. Debería estar ya aquí, en la pradera, en estos momentos.

—Entonces, ¿dónde está? —exclamó Juan, desesperado.

—Habrá ido hacia la Cueva de los Romanos, a juzgar por la mirada que tenía. Allí va a esconderse, cuando sueña despierto. Ni siquiera me dirigió una sola palabra.

La Cueva de los Romanos eran las ruinas donde aquellos habían venerado a su dios del sol Mithra, en una bóveda subterránea. Más tarde, y como desagravio al Dios de los cristianos, los sajones alzaron una iglesia de troncos y transformaron la cueva en una cripta para enterrar a sus muertos. Durante la conquista normanda, las mujeres y los niños se ocultaron en la iglesia, y los normandos arrojaron teas encendidas al techo y quemaron el templo con sus ocupantes dentro. Los restos carbonizados y retorcidos fueron quedando ocultos por la floreciente aliaga, y los pocos maderos ennegrecidos que se

alzaban como manos implorantes entre las flores amarillas, ya no atraieron más fieles hacia los sepultados dioses.

Ningún forastero hubiera sospechado que había una cripta debajo de las matas florecientes, pero Juan apartó las ramas espinosas y se internó por una estrecha hendidura hasta alcanzar un tramo de escaleras. Aquel lugar estaba como imbuido de un espíritu sagrado; se percibía una sensación extraña, de tiempos idos, como la que se siente cuando se observa una gran piedra druida que los líquenes han erosionado y que se alza hacia las estrellas como participando de su cósmica lejanía. Allí los adoradores de Mithra se habían bañado con la sangre de los toros sacrificados, y ascendieron los siete peldaños de los iniciados para rendir homenaje al sol. Era un vergonzoso rito pagano, según había dicho el abad, y Juan le preguntó entonces la razón de que Jehová hubiera ordenado a Abraham que sacrificase a Isaac.

—Era sólo como prueba —contestó rápidamente el anciano.

—Pero, ¿y la hija de Jefté? Ella no era ninguna prueba.

El abad prefirió cambiar de tema.

Aunque sólo tenía doce años, Juan ya había empezado a hacer preguntas acerca de la Biblia, de Dios, de Cristo y del Espíritu Santo. Para Esteban, la religión era sentimiento, y no reflexión. Dios era como un patriarca de frondosa barba, y los ángeles tenían que ser tan reales como los árboles del bosque. Juan pensaba de modo diferente. Sólo la Virgen María quedaba al margen de toda duda, de toda discusión, y le parecía una hermosa mujer, sin edad precisa; envuelta en un manto de seda bordada, moraba en lo alto del cielo unas veces, y otras casi al alcance de la mano; brillando más que el sol, y, sin embargo, tan sencilla como el pan, la hierba, los pájaros y el amor de Esteban. Era invisible, pero no inalcanzable.

Al llegar al pie de las escaleras, Juan se vio ante una cueva larga y estrecha, de paredes de tierra en las que estaban inhumados los cristianos envueltos en sus sudarios, y que terminaba en una bóveda semicircular. Ahora, en aquel lugar ya no se adoraba a Mithra, ni se sacrificaban toros sagrados; tampoco se veneraba a la Virgen María, que acunaba en sus brazos al niño Cristo. Esteban se hallaba arrodillado sobre las piedras y sostenía un cirio, que iluminaba el techo cubierto de pinturas que representaban a Jesús caminando sobre las aguas, multiplicando los panes y los peces, y ordenando

a los ciegos que vieran y a los lisiados que caminasen.

—Juan —dijo Esteban—, he encontrado...

—¡Una Virgen!

Estaba tendida sobre un lecho de hierbas. Su rostro parecía una máscara de marfil, bajo la luz de la vela. Juan pensó en la imagen de una Virgen procedente del altar de alguna catedral francesa, aunque parecía animada con el inconfundible soplo de la vida. Luego, al acercarse, comprobó decepcionado que no se trataba de la Virgen, pues era excesivamente joven. Tan sólo era una muchacha.

—Es un ángel —dijo Esteban.

—Ah, un ángel —murmuró Juan, y suspiró lamentando la juventud de la aparición.

¿Para qué necesitaba él otro ángel, y femenino, por añadidura? Dios, o la Virgen María, le había enviado a Esteban, angelical aunque no femenino, y menos aún afeminado, con su revuelto cabello en lugar de una aureola, su rostro más enrojado que sonrosado una especie de arcángel Miguel o Gabriel dispuesto a hacer resonar su poderosa trompeta, en lugar de pulsar una suave lira.

El ángel se movió y abrió los ojos con un gracioso parpadeo; sin sorpresa ni temor, sino más bien, según le pareció a Juan, con meditado cálculo, como algunas de las rústicas muchachas que acudían al desván de Esteban. Sus dientes eran blancos como la tela de su túnica, que se ajustaba en el talle por medio de un cerúleo cordón de seda. Sus puntiagudas zapatillas, de piel festoneada de terciopelo, eran como las que deben usarse en las suaves praderas del cielo. Pero no tenía alas. ¿O acaso las escondía bajo su túnica? Juan se sintió tentado a hacerle alguna pregunta.

—Salúdala —murmuró Esteban—. Dale la bienvenida.

—¿Cómo debo saludarla? No conozco el lenguaje de los ángeles —respondió Juan, apesadumbrado.

—Puedes hablarle en latín, me parece. Tiene que conocerlo, con tantos sacerdotes pronunciando el benedícite en esa lengua.

Esteban tenía razón. En el rudo inglés ni había que pensar, y tampoco en el francés de los normandos, quienes, al fin y al cabo, eran descendientes de los bárbaros vikingos.

—¿*Quo vadis?* —preguntó Juan, tal vez con muy poca delicadeza.

Su sonrisa, aunque deliciosa a juicio de Juan, no sirvió para contestar a la pregunta.

—¿Qué estás haciendo aquí? —repitió el muchacho, en el francés de los normandos.

Esteban, que conocía algo de francés, le dio frenéticamente unos cuantos codazos.

—Nunca debes hacer preguntas a un ángel —susurró—. Dale la bienvenida. Ríndele homenaje. Recita algunos salmos, o cuando menos, un proverbio.

—No estamos seguros de que sea un ángel, ¿no crees? En realidad, no nos lo ha dicho.

Por fin la aparición habló.

—No sé cómo me encuentro aquí —dijo en un latín impecable, y, al notar que Esteban no la había entendido, repitió sus palabras en inglés, aunque con una grave dignidad que suavizaba la rudeza de la lengua.

En ese momento Juan observó el pequeño crucifijo que el ángel sostenía entre sus manos. Era una cruz griega de brazos iguales, labrada en oro y con gemas incrustadas, la que por sus estudios dedujo que procedía de Oriente.

—Sólo recuerdo la oscuridad que me rodeaba —siguió diciendo el ángel—, y luego, una caída, tras lo cual me encontré en medio de un gran bosque. Estuve vagando por allí hasta que encontré el pasadizo que conduce a esta cueva, y me refugié para pasar la noche. Debía de estar muy cansada, pues me parece que he dormido mucho tiempo.

Alzó el crucifijo, y, como si el leve peso fuera excesivo para sus delicadas manos, la joya se escurrió entre ellas y fue a reposar sobre su pecho.

—Es de imaginar que tendrás hambre —dijo Juan, sin gran entusiasmo.

Esteban se volvió rápidamente y de nuevo habló en voz baja:

—¡Pero si los ángeles no comen! ¿No lo entiendes, Juan? Dios nos la ha enviado como un mensaje. ¡Para que nos guíe a Tierra Santa! Esteban de Francia recibió su mensaje de Cristo, y ahora nosotros recibimos a otro ángel.

—Sí, pero recuerda lo que le ocurrió a Esteban de Francia. Le vendieron como esclavo, o se ahogó en el mar. Sólo los tiburones saben la verdad.

—No creo que haya muerto; pero si es así, sin duda estará escuchando la

voz de Satanás, y no la de Dios. Pero nosotros podemos ver a nuestro ángel.

—Del mismo modo que puedes verme a mí —respondió ella—, deberías darte cuenta de que tengo hambre. Los ángeles también comen, te lo aseguro —al menos cuando viajan— y se nutren de algo más substancioso que los néctares y el rocío. ¿Tienes un poco de venado, o de aguamiel?

—Deberías llevarla al castillo —afirmó Esteban, que se mostraba reacio a abandonar a su recién hallado ángel—. No tengo nada tan hermoso en las perreras.

—No, no pienso llevar a nadie al castillo —dijo Juan—. Y no sólo eso, sino que pienso quedarme contigo en las perreras.

—¿A causa de tu padre, tal vez?

—Sí; me azotó con la espada delante de sus hombres, y me llamó... —le fue imposible repetir el calificativo y menos ante Esteban—, me llamó patán. Y todo porque fallé el tiro frente a un ciervo; nuestro ciervo, el que una vez prometimos no herir jamás.

Esteban asintió con aire comprensivo.

—Hiciste bien al no acertarle. Dicen que es el ciervo más viejo del bosque. Aseguran... —y al llegar aquí bajó la voz— aseguran que en realidad no es un ciervo, sino Merlín, convertido en animal por Viviana. Pero dime, Juan, ¿cómo vas a poder vivir conmigo en las perreras? Sería un rudo golpe para el orgullo de tu padre. ¡El hijo de un barón compartiendo un cuchitril con el muchacho que cuida los sabuesos! ¡Te daría aún más azotes, y yo también los recibiría! Tal vez no recuerdes que le cortó las orejas a mi padre porque rompió una guadaña. Y ahora, con un ángel con nosotros, lo único que podemos hacer es...

—¿Dejar que se marche el ángel?

—No; salir cuanto antes hacia Tierra Santa. Tengo algo de comida en las perreras y una muda de ropa. Ni siquiera necesitas volver a por nada al castillo. Sólo tenemos que seguir el camino romano a través del bosque, hasta llegar a Londres, allí dirigirnos hacia Marsella, y luego continuar el viaje hasta las Tierras de Ultramar.

—Pero fue en Marsella donde el francés Esteban cayó en manos de los tratantes de esclavos.

—No importa, ahora tenemos un guía.

—¿Y si no es un ángel, en realidad?

—Al menos habremos escapado del castillo.

—Entonces, ¿crees que debemos dejar el castillo para siempre?

La perspectiva de abandonar a su padre llenaba de gozo a Juan, que se sentía como un halcón al que quitan la caperuza. Pero en el castillo estaban todos sus bienes: el compendio de sus preceptos, es decir *Los reyes de Bretaña*, escrito en el mejor pergamino y encuadernado con tapas de marfil; y también estaba otro pergamino con su poema preferido: *El búho y el ruiseñor*, que él mismo había copiado laboriosamente y con toda exactitud. Sin embargo, lo más importante de todo era que entre los muros de la fortaleza habitaba el espíritu de su madre, junto con todo lo que le recordaba a ella: las escaleras por las que ascendiera, los tapices que tejió, los ropajes que había arreglado, los ecos de la tonada que cantaba para hacer la vida más llevadera, y que hablaba de nobles guerreros y de amores inmortales:

*Oíd, el que talló esta madera
Me pide que os recuerde,
Oh, criatura llena de dones,
La promesa más antigua...*

—¿Abandonar el castillo de mi padre —repitió Juan—, para no volver jamás?

El rostro de Esteban se volvió rojo como la Oriflama, el pendón encarnado de los reyes de Francia.

—¿El castillo de tu padre? —dijo entre dientes—. ¡Estas tierras pertenecían ya a mis antepasados, cuando los tuyos no eran sino vikingos llenos de escorbuto! ¿Crees que voy a quedarme aquí para siempre como cuidador de perros, sirviendo a un hombre que apalea a su propio hijo, y al que debo entregar lo que cultivo y lo que cazo, y al que tengo que pedir permiso para tomar mujer? Créeme, Juan, ninguno de los dos tenemos que hacer nada aquí. ¡Ante nosotros está Jerusalén!

Para Esteban este nombre sonaba como una trompeta marcial; pero a Juan le recordaba el doblar a muertos de una campana.

—Recuerda que hay un gran bosque en el camino —afirmó Juan—, y

luego un canal, y más tarde un mar proceloso donde pululan los infieles. También ellos tienen barcos, ya lo sabes, y son más rápidos que los nuestros, y están armados con el Fuego Griego.

Pero Esteban le cogió por los hombros y fijó en él la mirada implacable de sus ojos azules.

—Sabes bien que no puedo abandonarte, Juan —manifestó.

—No tienes por qué hacerlo —repuso el aludido.

El ángel les interrumpió en ese momento, y parecía un poco disgustado porque en aquel cambio de alegatos y protestas, de razones y argumentos masculinos, casi hubieran olvidado el sublime plan que estaban considerando. Por consiguiente, dijo:

—En cuanto a conducirnos hasta Tierra Santa, lo cierto es que no conozco el bosque que debemos atravesar; pero aquí las tierras son húmedas, y al pasar frente al castillo su aspecto me pareció francamente desagradable; es lúgubre y sombrío, con un foso seco y una torre tenebrosa, y con estrechas ventanas sin vidrio alguno. Es una fortaleza, y no un hogar. Si en realidad soy un ángel, espero encontrar moradas más agradables aquí, en la Tierra; de lo contrario volveré rápidamente al Cielo. No obstante, partamos mientras tanto hacia Londres, y vosotros me guiaréis hasta que me halle en terreno conocido.

Llevando al ángel entre ellos, ascendieron las escaleras hasta llegar al exterior, donde lucía el sol. Dieron un corto rodeo para eludir al viejo Eduardo, que aún se ocupaba en segar la hierba en la Pradera Común, y alcanzaron por fin las perreras. Era mediodía, y el barón y sus caballeros habían permanecido en el castillo desde que regresaron de la partida de caza. Los siervos, saliendo de los campos, se habían reunido a la sombra del molino de agua, para comer su pan y su sencilla bebida. Si alguno de ellos advirtió el paso rápido y furtivo de los candidatos a cruzados, sin duda pensó que se dedicaban a juegos juveniles, o imaginó que Esteban había hallado una mozuela para compartirla con el hijo de su amo, y tal vez murmuraría: «Ya era hora».

Mientras los sabuesos de Esteban les hacían fiestas, ellos treparon hasta el desván que estaba encima de la perrera, para recoger las escasas pertenencias de aquél: dos mantos verdes con capuchas para los días de invierno, un par de

zuecos y unas largas medias azules que cubrían la pantorrilla, un zurrón de cuero lleno de pan y de tajadas de queso, una botella de cerveza y un nudoso cayado de pastor.

—Es para las lobas —dijo Esteban, alzando el garrote—. Lo he utilizado a menudo.

—Y también es para las mandrágoras —agregó Juan con malicia, esperando asustar al ángel.

—Lo que no tenemos son ropas de muchacha —manifestó Esteban.

—No te preocupes —dijo ella sonriendo, mientras bebía la cerveza de Esteban y comía de su pan y su queso con tanto apetito que daba la impresión de que iba a dejarlos sin provisiones antes de que se iniciase el viaje—. Cuando se ensucie mi túnica, la lavaré en un arroyo, y entonces —añadió con picardía— los dos podréis comprobar si soy realmente un ángel.

La observación pareció a Juan muy poco angelical, por no decir carente de delicadeza. ¡Como si fueran ellos a espiarla mientras se bañaba!

Esteban quiso tranquilizarla, y dijo:

—Jamás hemos dudado de que lo fueras. Y ahora...

Interrumpió lo que estaba diciendo para volverse y dedicarse a poner en orden el desván.

—Debemos dejarle solo con sus sabuesos —susurró Juan al ángel, al tiempo que la conducía escaleras abajo.

Poco después, Esteban con aire silencioso, se les unió en la espesura. Su jubón estaba húmedo de lenguas amigas, y lo mismo sucedía con su rostro, aunque en éste no se sabía si era a causa de las lamidas o de sus propias lágrimas.

—¿Qué te parece? —dijo Esteban—. Podíamos llevarnos a uno o dos con nosotros. El pequeño galgo rabón...

—No —le interrumpió Juan—. Mi padre se pondrá furioso cuando se dé cuenta que nos hemos marchado, pero en seguida se encogerá de hombros y dirá: «Bah, no son más que un par de muchachos que no valen para nada; ninguna pérdida representan para el castillo». Pero si nos llevamos uno solo de sus perros, mandará inmediatamente a sus caballeros tras nuestra pista.

—Ahora me doy cuenta, nuestro ángel no tiene nombre —declaró Esteban repentinamente, algo irritado, como si pensara: «Puesto que ha

venido a apartarme de mis sabuesos, al menos debiera haber traído un nombre».

—Yo tuve un nombre, estoy segura de ello, pero se me ha ido de la memoria. ¿Cómo os gustaría llamarme?

—¿Qué os parece Ruth? —manifestó Esteban—. Según la Biblia, siempre iba de viaje, guiando a sus primos y demás parientes, ¿no es eso?

—Era a su suegra —corrigió Juan, quien consideraba que, si iban a ir a las Cruzadas, convenía que Esteban se hallara al corriente de las Sagradas Escrituras.

—Guiando y dejándose guiar por dos fornidos esposos —observó a su vez el ángel, que en esos aspectos parecía estar mejor informada; y se apresuró a explicar—: Bueno, los dos fueron esposos suyos, pero sucesivamente. Sí, creo que el nombre de Ruth resulta muy adecuado.

«Es demasiado joven para ser como Ruth», pensó Juan, que le calculaba unos quince años (por más que, como ángel, podía tener quince mil). La misma edad que Esteban, en cuyos pensamientos entraban las visiones angélicas, pero cuyas necesidades del cuerpo no eran ni mucho menos celestiales. A diferencia de los Caballeros Templarios, no había hecho voto de castidad. La situación no era, pues, la más propicia para iniciar una cruzada en el nombre del Señor.

Pero una vez que se internaron en el bosque, el mayor del sur de Inglaterra, Juan comenzó a pensar en mandrágoras y grifos en vez de en Ruth. Era cierto que la vieja calzada romana cruzaba la espesura en dirección a Londres y a Chichester —dentro de una hora llegarían a la carretera—, pero aun en esa vía no se era inmune a los peligros del bosque.

CAPÍTULO II

Por consejo de Ruth, dieron un buen rodeo para no pasar por las tierras del vecino castillo, al que llamaban el Cubil del Jabalí.

—Alguien podría reconocer a Juan —dijo ella—, y avisar a su padre.

—Es cierto —admitió Juan, observando la torre normanda, una de las fortalezas de madera negra construidas por Guillermo el Conquistador para consolidar sus triunfos—. Mi padre y Felipe el Jabalí fueron amigos en tiempos pasados. Felipe solía cenar con nosotros por San Miguel y en otras fiestas, y entonces yo tocaba los timbales en su honor. Pero hace ya bastante tiempo que él y mi padre rompieron su amistad a causa de los límites de sus terrenos. Ambos reclaman cierta arboleda de encinas, cuyos frutos sirven de alimento a los cerdos. Por eso estoy seguro de que Felipe no se mostraría hospitalario.

Tras rodear bastante camino, siguiendo un plácido riachuelo en cuyo curso se veía un viejo molino cuyas piedras no convertían ya el trigo en harina, los viajeros alcanzaron la vía romana. En un tiempo orgulloso camino de legiones invencibles, por sus piedras resonaron más tarde las pisadas de sajones, vikingos y normandos, todos los cuales la usaron para el comercio y la guerra; pero, a diferencia de los concienzudos romanos, jamás repararon los destrozos causados por las ruedas y el paso del tiempo. Ahora había quedado reducida en algunos puntos a un simple camino de carretas, si bien los recios bloques fijados con hormigón, colocados por los romanos, aún permitían el paso de jinetes, caminantes y de las damas de alcurnia, que viajaban en literas de dos caballos.

—Me siento como este camino —dijo Ruth, en un suspiro—, desgastada y muy poco limpia.

Se le había desgarrado el ribete de la túnica con los espinos, y ensuciado la tela con el cieno. Había perdido el rodete que aureolaba su cabeza y el cabello de sus trenzas sedosas, dorado como la flor de la escamonea, se esparcía igual que una cascada sobre sus hombros. Juan, por su parte, iba acalorado, jadeante, empapado en sudor, y sentía deseos de hacer como los siervos y quitarse el jubón de mangas largas para quedar en camisa.

—Esteban —dijo Ruth, con aire abatido—, ahora que hemos hallado la carretera, ¿no podríamos descansar un poco?

Su habla, aunque melodiosa como siempre, se había simplificado al adoptar el sencillo inglés vulgar.

—¡Pero si acabamos de iniciar el viaje! —respondió Esteban, echándose a reír—. Londres aún está muy lejos. Es mejor que hayamos recorrido algunas leguas, antes de que llegue la noche.

—Ahora está mediada la tarde, ¿por qué no descansamos hasta que refresque un poco?

—Está bien —repuso el aludido, y le dio unas palmaditas afectuosas en señal de aquiescencia. Esteban, que no tenía facilidad para expresarse con palabras, lo hacía mejor con sus manos, que eran nido para calentar a un pájaro aterido, bálsamo para las heridas de sus perros, y muy expertas para manejar la guadaña, o el hacha y recoger ramas con que encender una hoguera. Sabía hacer ademanes, señalando o tocando con la exquisita elocuencia del sordomudo y del ciego. Cuando se le daban los buenos días, respondía con unas palmadas en la espalda. Si caminaba con alguien, le cogía por el brazo, trepando a los árboles por el placer de sentir el rudo contacto de la corteza en sus manos, y nadaba en invierno, en los helados arroyos, hasta que su cuerpo entraba en calor. Pero sólo tocaba las cosas o la gente que amaba; nunca cuando algo era feo, o se trataba de gentes desagradables.

—Descansaremos tanto tiempo como quieras —agregó.

Ruth dijo sonriendo:

—Creo que voy a tener que pedirte prestado uno de tus jubones. Ya ves cómo se arrastra mi túnica por el suelo.

Luego, en un arranque de pudor, se escondió detrás de unos helechos para cambiarse de ropa.

—Ten cuidado con los basiliscos. Ya sabes que su mordedura es fatal —

le advirtió Juan, y susurró muy bajo a Esteban—: Primero se come tu comida y luego se pone tu ropa.

—Querrás decir nuestra comida y nuestra ropa —corrigió Esteban—. Recuerda que ahora los dos somos cruzados.

Juan se calló, avergonzado. Oyó entonces cómo Ruth quebraba ramitas y sacudía las ropas como si deseara poner de manifiesto las distintas etapas de su cambio de indumentaria. Pensó en las mozas —¿diez, veinte?— que se habían desnudado para Esteban. El tema del amor sexual le azoraba. Los razonamientos aristotélicos de su mente se negaban a examinar, esclarecer y evaluar el problema. Sus pensamientos eran como molinos de viento sorprendidos en un incendio del bosque. Él había amado a su madre de un modo —¿cuál era el término adecuado?— filial; a Esteban le amaba fraternalmente. Pero en cuanto a lo otro, bueno, no había sido capaz de reconciliar el código cortesano que cantaban los juglares —rosas, galardones y juramentos de eterna fidelidad— con la recordada escena de Esteban, cuando le sorprendió el año anterior, con una fregona desnuda en su desván, y sin que pareciera turbarse lo más mínimo. Esteban se limitó a sonreír, y dijo: «Dentro de un año, o poco más, Juan, podremos ir de mozas juntos». Mientras tanto, la muchacha se reía neciamente, sin esforzarse por ocultar su desnudez, y esto le recordó a una de aquellas rameritas bíblicas a las que rapaban la cabeza o lapidaban vergonzosamente. ¿Quién podía culpar al pobre Esteban de ceder ante esos impulsos? En cuanto a él, Juan había hecho votos, como los caballeros, de pobreza, castidad y obediencia a Dios. Al principio pensó recluirse en un monasterio, pero por no separarse de Esteban, que no tenía el menor espíritu monástico, se decidió a llevar una vida de acción.

—¿Te ha comido la lengua un cuervo? —inquirió Esteban, sonriendo y mientras le rodeaba los hombros con un brazo—. Créeme que no he querido ofenderte. Oye, ¿sabes una cosa? Hueles a clavo.

Juan se puso rígido, no por el contacto, sino ante lo que parecía ser una insinuación. No había olvidado la burla de su padre: «¡Mujerzuela!» Según la costumbre eran las muchachas y las mujeres quienes guardaban sus vestidos en cofres impregnados de aroma de clavo, mientras que los hombres del castillo colgaban su atuendo en la estancia llamada guardarropa, situada cerca

de los retretes de la escalera, cuyo pozo iba a parar al foso de la fortaleza. El hedor de ese pozo protegía a las vestiduras del guardarropa contra las polillas.

—Era de mi madre —murmuró Juan—. Me refiero al cofre, donde guardo algunas cosas; aún lo utilizo.

—Mi madre, en cambio, colocaba menta florida en su cofre —dijo Esteban—. Mas yo prefiero el olor del clavo. Tal vez ahora se me pegue un poco; llevo una semana sin bañarme.

Y diciendo esto, apretó afectuosamente el hombro de Juan, y éste entonces comprendió que su masculinidad no había sufrido mancilla. Lo cierto es que Esteban nunca se burló rudamente de él en ese aspecto. Bromear, tal vez, pero sin poner jamás en tela de juicio su calidad de varón.

—No me parece un camino peligroso —siguió diciendo Esteban, que se mostraba comunicativo quizá porque Juan estaba silencioso—. Las gentes de la abadía de Chichester vigilan para limpiar la zona de bandidos. No llevan espadas, pero libre Dios al ladrón que cae bajo sus estacas.

—Sin embargo, el bosque se extiende a nuestro alrededor —dijo Juan— como orgullosa morada de los grifos de alas verdes y escamosas. Parece como si la espesura fuera a devorar el camino. Ya se ha comido los bordes de la calzada, y... —agregó bajando la voz—: ella vino del bosque, ¿no es cierto?

—¡Ella vino del cielo, tonto! —contestó Esteban, riéndose—. ¿No la has oído decir que no conoce nada del bosque?

Antes de que Juan pudiera replicar a su amigo, Ruth se presentó ante ellos, tan verde como el rocío en lo mejor de la primavera. Resplandecía aún en el rústico atuendo de Esteban, con la caperuzza echada sobre la espalda. Su cintura aparecía rodeada por el cordón dorado de su túnica, y desdeñando sus zapatillas festoneadas de terciopelo, se había puesto los zuecos del muchacho, cuya tosquedad realzaba la delicadeza de su pie desnudo. En el manto, que se había quitado, llevaba envueltas las zapatillas y el crucifijo.

—Nadie adivinaría hora que soy un ángel —manifestó sonriendo—, y ni siquiera una muchacha.

—Desde luego, no se conoce que eres un ángel, pero una muchacha sí. Deberías endurecer tus manos y ocultar tus bucles, para poder pasar por un chico.

Ella hizo ademán de querer esconder su ondulado cabello en la caperuza, pero furtivamente, algunos rizos dejó fuera... En el momento en que reanudaron el viaje, Ruth comenzó a cantar una tonada familiar de aquellos días:

*En el valle de mi inquieta fantasía
busqué el monte y el aguamiel...*

Aunque ella cantaba acerca de un hombre que buscaba a Jesucristo, las palabras fluían de sus labios tan jovialmente como si se tratara de un alegre villancico. Juan echó de menos sus timbales, y Esteban comenzó a silbar. De este modo se olvidaron de la soledad del camino, desierto a aquellas horas, y los grifos de escamosas alas les parecieron inofensivos.

De improviso, al volver un recodo de la carretera, casi tropezaron con un caballero, que llevaba una roja cruz pintada en el escudo —parecía un caballero templario—, y detrás del cual cabalgaba una dama en un robusto corcel, conducido por un criado que no alzaba la vista del suelo.

El caballero les miró con gesto de desagrado. A pesar de los votos que le exigía su orden, parecía más dedicado a la guerra que a servir a Dios. La dama, en cambio, sonrió y les preguntó hacia dónde se dirigían.

—Vivo en un castillo, más adelante —repuso Juan, prestamente, en francés normando.

A diferencia de sus amigos, iba ataviado a la moda de los jóvenes caballeros de la época, con un manto de color violado y cinturón de seda bordado en plata. Así se explicaba que fuera el portavoz del pequeño trío de jóvenes.

—He venido con mis amigos —añadió— a buscar castañas al bosque, y nos disponemos a regresar a casa.

El caballero acentuó más su ceño, hasta que su expresión resultó abiertamente hostil. Detuvo el caballo, y todo en él parecía indicar que sospechaba que Juan hubiera robado una excelente túnica a fin de hacerse pasar por el hijo de un caballero. Los jóvenes de noble cuna, aunque tuvieran doce años, no solían hacerse acompañar de villanos; menos aún les llamaban amigos suyos, y no iban a recoger castañas al bosque a semejantes horas de la

tarde.

—No hemos pasado castillo alguno en muchas leguas —gruñó al tiempo que colocaba su recia mano, surcada de gruesas venas, sobre la empuñadura de su espada.

—El de mi padre se halla alejado de la carretera, y la torre no es muy alta —aclaró Juan, sin la menor vacilación—. A decir verdad, le llaman La Tortuga, y es tan fuerte como el caparazón de ese animal. Más de un barón ha tratado de conquistarlo inútilmente.

—Procura volver al castillo lo antes posible —terció la dama con tono admonitorio—. Vosotros no tenéis caparazón, como la tortuga, y el camino es peligroso después del anochecer. Mi protector y yo nos dirigimos a la fortaleza de nuestro amigo Felipe el Jabalí. ¿Sabéis si está aún muy lejos?

—A unas dos leguas, poco más o menos —respondió Juan, y les dio detalladas explicaciones en un francés tan pulido que nadie, ni siquiera el ceñudo caballero, pudo tener la menor duda acerca de su sangre normanda y de su noble cuna. El muchacho hizo entonces una cortés reverencia, les deseó buen viaje hasta el castillo de Felipe el Jabalí, y condujo a sus amigos hacia la imaginaria fortaleza llamada La Tortuga.

—¡Qué jovencito tan guapo! —oyeron aún que decía la dama—. Y varonil, para su edad.

—De no haberme sentido tan asustado —dijo Esteban, una vez que estuvieron a prudente distancia del caballero, de la dama y del poco comunicativo servidor—, habría soltado una carcajada, cuando dijiste que tu castillo se llamaba La Tortuga. ¡Si no hay castillos por aquí en tres leguas a la redonda! Es la primera mentira que te oigo decir.

—¿También tú sentiste miedo? —preguntó Juan, asombrado ante aquella confesión.

—Desde luego que lo tuve. Esos dos eran amantes, y se dirigían a una cita en el castillo del Jabalí. Este individuo consiente tales cosas, según he oído decir. Es como si administrasen un burdel para la nobleza. La dama seguramente tiene el marido lejos de estas tierras, y el caballero templario bien pudo habernos matado, para evitar que fuéramos con cuentos a alguien.

Cuando se hizo de noche, buscaron una gran encina de ancho tronco, y entre los dos chicos ayudaron a subir a Ruth hasta las primeras ramas. Entonces se preparó ella un lecho con hojas y musgo en la cruz del árbol, y, habiéndose quitado los zuecos, se instaló allí cómodamente y con toda desenvoltura, en compañía de los dos muchachos. Parecía tener habilidad para hacer aquella clase de nido, tanto en la Tierra como encima de ella. Una vez que hubo comido algo de pan y de queso, y bebido cerveza, volvió a descender al suelo, y rechazó toda ayuda de sus acompañantes, demostrando que era muy ágil.

—¿Se habrá enfadado con nosotros? —dijo Juan.

—Se bebió toda la cerveza —declaró Esteban—, y ahora se ha marchado...

Treparon por una rama hasta donde se confundía la copa de la encina con la de otra que estaba en la vecindad, creyendo que Ruth se hallaría debajo de ese árbol.

Pero pronto advirtieron que llegaba de un olmo no lejano, y que se reunía con ellos en el improvisado refugio.

—Estaba buscando junquillos —explicó ella— para cubrirnos y no pasar frío; pero no los he encontrado, de modo que tendremos que prestarnos el calor mutuamente.

A continuación se situó en el centro del lecho de hojarasca, pensando, sin duda, que tendría a un muchacho a cada lado. Esteban se tendió a su izquierda.

Con la rapidez y agilidad de Lucifer encarnado en una serpiente, Juan se deslizó entre los dos, obligando a Ruth a correrse hacia un extremo del lecho, pero sufrió cierta decepción al ver que ella aceptaba la maniobra sin protestas. Notó entonces el suave contacto de la muchacha y su fragancia a galanga, una planta aromática, que traían de las tierras de ultramar, y que era usada como base para perfume por las damas inglesas.

—Las estrellas brillan mucho esta noche —declaró ella—. Mira, Juan, allí está Arturo, espiando a través de las hojas; y allí se ve a Sirio, la estrella del Norte, a la que los vikingos llamaban Farol del Vagabundo.

Esteban le dio un leve codazo, como diciendo: «¿Lo ves?, sólo un ángel sabe estas cosas».

—Esteban... —susurró Juan.

—Dime.

—Ya no tengo miedo. No lamento haber abandonado el castillo, ni me atemoriza estar en el bosque.

—¿Es eso cierto, Juan?

—Sí; y se debe a que no estoy solo.

—Ya te dije que estaríamos a salvo con nuestro ángel.

—No me refiero al ángel —dijo aquél, al tiempo que apoyaba su cabeza en el hombro de Esteban, con lo que el olor a perros y a heno se impuso sobre el aroma de galanga que exhalaba Ruth.

—Vamos, duérmete, hermanito, y sueña con Londres y la Tierra Santa.

Pero el miedo volvió a adueñarse de Juan antes de que pudiera soñar con algo. Alrededor de la medianoche, cuando ya había refrescado bastante y los búhos lanzaban su grito, Juan se despertó con el toque de un cuerno, y en seguida oyó un alarido como si un centenar de nutrias hubieran sido atrapadas por la rueda de un molino de agua. El chillido parecía llegar de lejos, y a pesar de todo era tan intenso que le obligó a cubrirse los oídos con las manos.

—¡Los cazadores han encontrado una mandrágora! —exclamó Esteban, incorporándose en el lecho de hojas—. Es una noche sin luna, y ya habrán dado las doce. En estas horas salen de caza; soplan el cuerno para disimular los chillidos. ¡Vamos a ver lo que han cogido!

Pero Juan no tenía muchos deseos de abandonar el árbol, y declaró:

—Si han dado muerte a una mandrágora, no querrán compartirla con nadie. Además, pueden ser unos bandidos.

Ruth también se había despertado con el ruido y los chillidos, y dijo:

—Juan tiene razón. No es agradable contemplar ese espectáculo aterrador. ¡Dar muerte a un retoño extraído de la tierra!

—Me quedaré aquí, haciendo compañía a Ruth —afirmó Juan, pero Esteban ya le arrastraba fuera del nido y le obligaba a descender por el tronco.

—¡No podemos dejar a Ruth sola! —gimió Juan, levantándose del suelo,

adonde había caído en el forzado descenso.

—Bah, los ángeles no necesitan protección, todo lo contrario —aseguró Esteban—. Vamos, date prisa o no podremos ver a los cazadores.

Encontraron a los cazadores de la mandrágora al otro lado de la carretera, muy adentro de la espesura. Se trataba de un par de rudos leñadores, padre e hijo, a juzgar por su aspecto, su complexión y el rubio cabello, color de lino, aunque el más anciano estaba corcovado y gastado como una vieja hoz, mientras que el hijo llevaba un parche sobre uno de sus ojos. Los leñadores contemplaban una mandrágora moribunda del tamaño y la forma de un niño recién nacido, exceptuando los sucios zarcillos que de ella salían, así como los enormes órganos reproductores y la verde mata de herboso cabello, que había crecido fuera de la tierra, con flores purpúreas en forma de campanilla. El martirizado cuerpo se retorció como una gallina decapitada. Ya muerto a su lado, y atado a la mandrágora por una cuerda, yacía un perro con las orejas ensangrentadas.

Como aquella noche no había luna, y las estrellas más brillantes, Arturo y Sirio, estaban veladas por la neblina del bosque, uno de los cazadores llevaba una linterna, a cuya luz Juan vio a la mandrágora, al perro y la sangre, en un espectáculo estremecedor que le hizo pensar en la caída de Lucifer a los infiernos, y preguntarse si Esteban y él no habrían caído también en el Averno.

Uno de los cazadores vio a los muchachos y les dijo, al tiempo que se quitaba de los oídos, con el meñique, unos tapones de cera que se había colocado:

—Pudisteis haber muerto reventados, como este viejo sabueso al que le estallaron los tímpanos.

Entonces extrajo un largo cuchillo de su cinturón y lo tendió a su padre, mientras agregaba:

—No, no; limpio y rápido... Córtalo, no lo destroces.

El viejo partió en rodajas el cuerpo de la mandrágora, que rezumaba savia, más que sangre, y lo envolvió en trozos de tela que colocó cuidadosamente en un zurrón de piel.

—Uno menos de esos demonios —murmuró el padre, irguiéndose de nuevo.

—Una semana más, y hubiera salido del suelo, para unirse a los suyos en sus cubiles.

—¡El rescate del rey Ricardo, en afrodi... afrodisíacos! —tartamudeó el hijo, completando la palabreja con un gesto de triunfo.

En efecto, el negocio de las raíces de la mandrágora era lucrativo e inagotable: decrépitos barones, privados ya de la potencia sexual y amantes cuya pasión no era correspondida. Desde los tiempos bíblicos de Jacob y Lía se había reconocido a la raíz un infalible poder afrodisíaco. Sí, el valor del rescate pagado por el rey Ricardo no era una exageración. Cualquier hombre pagaría con oro y plata, con tierras o ganado, por conquistar un amor reacio o resucitar su apetito carnal extinguido.

Cuando los leñadores hubieron terminado su macabra disección, el hijo sonrió a los muchachos y les ofreció un fragmento del tamaño de un guisante.

—Tomad, chicos —les dijo—. Echad esto en el plato de una moza, y se arrojará a vuestros brazos.

—Él no lo necesita —repuso Juan, rechazando el obsequio—. Las chicas ya van tras él, sin necesidad de eso, como las hormigas tras la miel.

—Pero tú, en cambio, si lo necesitarás, ¿verdad? —barbotó entre risotadas el leñador más joven, dirigiéndose a Juan, y guiñándole su único ojo.

Los siervos tuertos eran algo común en Francia e Inglaterra, por aquella época, y la mayoría de ellos habían perdido el ojo que les faltaba por culpa de sus iracundos amos, y no en peleas. Tal vez el leñador no se había dado bastante prisa en llevar la leña para la chimenea del salón de un castillo.

—Porque no me pareces muy dispuesto para esos menesteres —añadió el leñador.

—Dentro de poco lo estará —terció Esteban, al notar la confusión de Juan—. Sólo hay que darle un par de años, pues no tiene más que doce.

Luego, señalando al perro muerto, agregó:

—¿Tenían que haber usado un lebrel? ¿No podíais haberlo hecho vosotros mismos? Después de todo llevabais cera en los oídos.

—Cualquiera sabe que los perros pegan un tirón más fuerte, lo que arranca la mandrágora entera. Es como extraer un diente de cuajo, con raíz y todo. Además, ya era un perro viejo, y no le quedaban muchos años en los

huesos. Y ahora podremos comprar una jauría completa, con lo que nos paguen por la raíz.

Una vez que los leñadores se hubieron marchado, mientras hablaban animadamente acerca de la venta de su tesoro en la próxima feria y de cómo gastarían el dinero, los muchachos procedieron a enterrar el perro muerto.

—Habría sido mejor que también le hubiesen puesto cera en los oídos —comentó Esteban, con amargura.

—La cera no le hubiese servido de nada —dijo Juan—. Al menos, así lo he leído en un tratado sobre animales. Los oídos del perro son tan finos que el chillido de la mandrágora traspasa la cera y mata al animal, de todas formas.

—No es de extrañar que las mandrágoras nos den muerte y nos coman. ¡Con ese modo de arrancar sus crías de la tierra, para luego cortarlas en rodajas! De no ser porque mataron a mis padres, hasta sentiría piedad de esas criaturas. Ahora, un hatajo de viejos libidinosos correrán como monos detrás de las mozas de cocina.

—Me figuro —dijo Juan, que furtivamente había enterrado el pedacito de mandrágora junto con el can muerto— que la pregunta principal es: ¿Quiénes comenzaron primero a comerse a los otros? —luego cogió con fuerza la mano de Esteban y añadió—: Creo que voy a ponerme enfermo.

—No será nada —manifestó Esteban, mientras rodeaba con su brazo protector los hombros del amigo—. Volveremos al árbol, y se te pasará durmiendo.

Pero también Esteban temblaba; Juan notó los estremecimientos en el brazo que le rodeaba. Pensó que le habría afectado la muerte del viejo perro. «Debo sobreponerme —se dijo—, para no entristecerle más.»

Ruth les estaba aguardando con una expresión que no resultaba fácil ver, bajo la tenue luz de las estrellas.

—Sentimos haberte dejado sola tanto tiempo —dijo Esteban—, pero es que los cazadores habían dado muerte a una mandrágora y entonces...

—No quiero que me habléis siquiera de eso —contestó ella.

—Las mandrágoras no pueden trepar a los árboles, ¿verdad? —preguntó Juan—. Porque seguramente los padres de la que arrancaron estarán buscando a los culpables.

—Claro que trepan a los árboles —repuso Esteban, que conocía bastante

bien el bosque, y cuando no sabía algo lo improvisaba—. Son árboles, en cierto modo; es decir, plantas de gruesas raíces.

—¿Crees que saben que estamos aquí? Si no pueden ver, ¿no serán capaces de olfatearnos?

—Me gustaría que dejarais de hablar acerca de las mandrágoras —intervino Ruth—. Cualquiera podría pensar que nos rodean a centenares, cuando todo el mundo sabe que esos pobres seres están casi extinguidos.

—A los padres de Esteban les dieron muerte las mandrágoras —manifestó Juan, con aspereza.

Luego se sintió tentado de abofetear a la chica, que parecía tener la virtud de interrumpir con tonterías. Era apropiado y generoso el que Esteban mostrase compasión por una cría de mandrágora, pero imperdonable que aquella muchacha ignorante simpatizara con ese hatajo de criaturas asesinas. Los orígenes celestiales de Ruth cada vez le parecían menos claros.

La muchacha lanzó entonces un pequeño grito, en respuesta a las palabras de Juan.

—¡Oh, perdón, no lo sabía! —exclamó.

—No importa —repuso Esteban—. Pero al menos, los que mataron a mis padres lucharon abiertamente, y no se ampararon en la oscuridad. Las mandrágoras salieron en grupo de la espesura, antes del anochecer, agitando sus retorcidos brazos y blandiendo mazas. Nos hallábamos relativamente protegidos, con excepción de mi madre, que nos traía cerveza al campo. Estábamos en el tiempo de la siega y usamos las guadañas como armas. Sólo se llevaron a uno de los nuestros, además de a mis padres, mientras que nosotros nos apoderamos de cuatro mandrágoras. Son las hembras las más peligrosas, pues se hacen pasar por seres humanos y van a vivir a los poblados. Los machos no pueden hacerlo, pues desde pequeños tienen demasiada pelambreira, y, por otra parte... bueno, ya sabéis... poseen unos órganos demasiado desarrollados. Pero las hembras jóvenes se parecen mucho a nuestras chicas, al menos exteriormente. Por dentro es muy diferente: tienen resina, en lugar de sangre, y unos esqueletos de color castaño que..., ¿cómo podríamos llamarlos, Juan?

—Fibrosos, tal vez.

Mientras Ruth escuchaba en silencio, se había encogido como un ovillo.

«Como una araña de diadema —pensó Juan—; hasta con sus reflejos dorados.»

—Cuéntaselo, Juan —dijo Esteban, que se había quedado sin aliento después de un discurso tan prolongado, y agregó dirigiéndose a Ruth—: Sabe de todo, habla francés, inglés, latín... Conoce la historia de nuestros reyes y reinas desde Arturo hasta el malvado rey Juan. Incluso sabe la historia de esas desvergonzadas diosas paganas que iban por ahí desnudas y se casaban con sus hermanos.

Juan, visiblemente complacido, siguió contando la historia iniciada por su amigo. Le gustaba hablar para los demás, pero nunca tenía otro auditorio que Esteban.

—En los viejos tiempos, antes de las Cruzadas —comenzó diciendo Juan, que preparaba su relato como un experto narrador—, las mandrágoras sólo habitaban en los bosques y eran tan sucias y peludas que jamás se las podía confundir con un ser humano. No tenían gustos especiales, en cuanto a lo que comían. Tanto se alimentaban de animales como de hombres, y cuando atrapaban a un cazador en sus redes, lo asaban sobre carbones ardientes, y tras comérselo esparcían sus huesos por el suelo, como hacemos con los palillos de tambor para las fiestas de San Miguel.

Entonces, igual que un avezado juglar, Juan hizo una pausa y miró a Ruth para apreciar el efecto que en ella hacía su relato. La expresión de la chica pareció satisfacerle. Por otra parte, ésta se encontraba tan al borde del lecho de hojarasca, que con un poco más que se corriera caería del árbol, pensó Juan, con regocijo.

—Pero cierto día una pequeña mandrágora hembra se perdió, saliéndose del bosque, y un tosco herrero la tomó por una chiquilla extraviada, desnuda y sucia, después de haber pasado unos días en la espesura. La llevó a su casa, con su familia, y la chica engordó y se puso muy hermosa. El hombre y su mujer no disimulaban su orgullo, pero adelgazaron y todos resaltaban la generosidad del humilde herrero que daba lo mejor de su comida —en un invierno en que ésta tanto escaseaba— a aquella huérfana. Mas durante el verano siguiente la muchacha fue arrollada por una carreta cargada de heno y murió en el accidente. Las gentes de la aldea se disponían a apalearlo al carretero hasta matarlo, cuando advirtieron que la sangre de la chica, más que

de color rojo tenía el aspecto espeso y viscoso de la resina.

—¿Qué significa «viscoso»? —preguntó Esteban.

—Pegajoso, como la sustancia que rezuma la araña cuando teje su tela. Así se vino a saber que las mandrágoras eran vampiros y antropófagos a un tiempo, y que cuanto más se nutrían de seres humanos menos resinosa se volvía su sangre, hasta que aquélla quedaba completamente remplazada por otra de color rojo, como la humana, aunque sus huesos nunca tomaban color blanco. Sin embargo, debían seguir comiendo carne de hombre, o su sangre volvía a tomar aspecto resinoso.

»Pues bien, las mandrágoras se enteraron de lo ocurrido a la muchacha — seguramente por un ladrón escapado, antes de comérselo—, y cómo ésta se había hecho pasar por un ser humano. Entonces resolvieron enviar más de sus crías hembras a los poblados, donde la vida resultaba más fácil que en los bosques. Entraron por la noche en algunas casas y dejaron sus pequeñas, bien lavadas, por cierto, en lugar de las niñas humanas que se llevaron con ellos a la espesura para darles el terrible destino que cabe imaginar. Al día siguiente, los lugareños pensaron que las hadas habían realizado la substitución, y todos sabemos que el que rechaza al descendiente de un hada arrastra la mala suerte durante toda su vida. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera conocerse el designio de las mandrágoras por los alrededores del bosque. Ahora, cuando una madre encuentra un niño que no es el suyo en su cuna, o llega un chiquillo desconocido al poblado, generalmente le pinchan con una daga. Si de la herida mana resina, lo ahogan y luego lo queman. A pesar de esto, algunas mandrágoras consiguen engañar a la gente, y pasan como seres humanos.

»Debéis saber que su caso no se parecía en nada al de los cruzados del siglo pasado, que se convirtieron en vampiros cuando atravesaron el territorio de Hungría. Los naturales de esta tierra contagiaron su enfermedad, y luego los cruzados la trajeron a Inglaterra. Esos vampiros tenían que cortar la piel, para chupar la sangre de la víctima; además poseían un aspecto cadavérico, antes de nutrirse, y luego se volvían sonrosados y pletóricos. No era ningún problema reconocerlos, para luego quemarlos. Pero las chicas mandrágoras pueden sorber la sangre de una persona con sólo oprimir sus labios contra la piel, y extraen la sangre por los poros. Y lo más terrible del caso es que no

tienen el siniestro aspecto de los vampiros, por lo que a veces ni ellas mismas saben lo que son, ni que nacen de una semilla hundida en el suelo. Se alimentan como en sueños, y al llegar la mañana siguiente se han olvidado de todo.

—Eso es algo monstruoso —declaró Ruth.

—¿No te parece? —concedió Juan, contento de que su relato hubiera resultado un éxito.

—Bueno, pero también es monstruoso el pinchar a los niños con cuchillos, para ver si son mandrágoras.

—¿De qué otra forma se les puede distinguir de los seres humanos? Precisamente porque hay gentes sentimentales como tú, las mandrágoras consiguen infiltrarse entre nosotros.

—Con franqueza —replicó Ruth—, no creo que las mandrágoras suplanten a nadie. A mi entender se esconden en el bosque y se nutren de venado y de bayas, pero no de cazadores. Y ahora, será mejor que nos durmamos. Por lo que me habéis dicho, aún nos queda una larga jornada para llegar a Londres. Todos necesitamos descansar.

—Buenas noches —dijo Esteban.

—Que tengáis dulces sueños —contestó Ruth.

CAPÍTULO III

Cuando amaneció al día siguiente, el sol parecía el escudo de un sarraceno en el cielo —el escudo de Saladino como hubiera dicho un cruzado—, y el bosque resplandecía de senderos dorados por los rayos del sol, mientras que los pájaros revoloteaban en el aire o se posaban en las ramas, moviendo con gracia las vivaces colas. Ruth y Esteban, ya despiertos, sonrieron a Juan, que acababa de abrir los ojos.

—Decidimos dejarte dormir —dijo Esteban—. Gruñías como un jabalí cuando te sacudí para despertarte, de modo que nos marchamos tras un aguzanieves, en busca de desayuno.

—Y te hemos traído algunas fresas silvestres —dijo Ruth, con los labios más rojos aún a causa de los frutos que estaba comiendo y de los que entregó a Juan un cestillo rebosante, para luego añadir—: Lo tejí con junquillos.

Aunque Ruth aseguraba no conocer el bosque, era evidente que poseía notable destreza natural.

Una vez de nuevo en el suelo, terminaron su desayuno con nueces de haya, que requerían habilidad para partirlas y para extraer las semillas. Ruth cogió la botella de cerveza de Esteban y bebió un trago tan abundante que la dejó vacía.

—Es para ayudar a que baje la comida —explicó a sus dos acompañantes.

—No sé cómo les gustan tanto a los cerdos esas nueces —dijo Esteban—. Ni siquiera vale la pena partirlas.

—Bueno, los cerdos no las parten —manifestó en seguida Juan.

—Sí, claro; y por otra parte —siguió diciendo Esteban—, no hay mucho donde elegir en esta parte del bosque. Pero al menos hemos encontrado un arroyo —y recogiendo la bolsa que contenía lo que les quedaba de comida y

unas pocas prendas, añadió—: Ruth, coge tu hatillo y vámonos a nadar.

—Lo he escondido —dijo ella, con cierta brusquedad— por temor a los ladrones. Lo recogeré cuando volvamos de bañarnos.

«Bah, tanto misterio por un sencillo crucifijo y una túnica —pensó Juan—. Es como si creyese que Esteban y yo somos unos vulgares rateros. ¡Y todo eso después de haberse bebido nuestra cerveza!»

El riachuelo avanzaba perezosamente, y en las tranquilas aguas de sus márgenes crecían mastuerzos parecidos a tréboles de cuatro hojas. Esteban que solía tomar un baño al mes en una tina, junto con los demás mozos del establo, mientras que las hijas de los villanos les echaban cubos de agua por encima, se quitó el jubón con presteza. Estaba realmente orgulloso de su cuerpo, y en una ocasión dijo a Juan: «Cuanto menos ropa llevo puesta, mejor me siento. Un atuendo como el tuyo, de caballero, me sienta muy mal, pero desnudo... hasta las damiselas me han mirado a veces.»

Juan, sin embargo, estaba decidido a poner las cosas en su lugar. En presencia de Ruth no quería enseñar su cuerpo delgado, de piel blanca, ni dejaría que Esteban hiciera una exhibición.

—Puedes ir a nadar tú primero —dijo a la muchacha—. Nosotros aguardaremos en el bosque.

—No, es mejor que vayáis primero vosotros —respondió ella, riéndose—. Esteban ya sólo tiene puesto el taparrabo, y parece que se le va a caer. Pero no me alejaré demasiado.

—No pensarás espiarnos, ¿verdad? —gritó Juan a Ruth, que ya se alejaba hacia la espesura, pero ésta ni le contestó.

El agua del riachuelo estaba helada, a pesar de la fuerza con que brillaba el sol. Juan se estremeció entre los juncos, al llegarle el agua tan sólo a las pantorrillas pero quedó totalmente mojado cuando Esteban se zambulló aparatosamente a su lado. Luego chapotearon llenos de gozo entre las plantas, y con la arena del fondo se frotaron recíprocamente las espaldas. Por lo que a Juan se refería, Ruth y el viaje a Londres podían aguardar con calma.

Cuando al fin treparon a la orilla, se echaron a rodar sobre la hierba, para secarse el cuerpo. Esteban, experto luchador, sorprendió a Juan con lo que él llamaba una «llave de anfisbena». Sus brazos rodearon a su oponente como el extremo de una serpiente de dos cabezas, y terminaron por arrojarle al suelo.

—¡Eres mi prisionero hasta que me den el rescate! —exclamó arrodillándose sobre el pecho de Juan como una deidad marina navegando sobre un delfín—. ¡Exijo seis botellas de cerveza de malta!

—Lo que te voy a dar... —repuso Juan, liberándose de pronto con tal imprevista violencia que Esteban fue a caer de bruces debajo de él sobre la hierba—, ¡son seis buenos vergajazos con la vara del abad!

Esteban no se mostró disgustado, sino que gritó:

—¡Voto al arco de Robin! ¡Has aprendido todas mis artimañas!

—Será mejor que nos vayamos vistiendo —dijo Juan, al tiempo que dejaba en libertad a su amigo, antes de que éste volviera a tumbarle—. Ruth también querrá nadar, sin duda. Espero que no le haya dado por espiarnos.

Al decir esto, advirtió de soslayo unos helechos que se agitaban perceptiblemente a cierta distancia de la orilla. Con alivio comprobó que se trataba de un aguzanieves blanco, y no de la muchacha. De todas formas, algo había asustado a la avecilla.

—¿Qué crees que iba a mirar Ruth? —le preguntó Esteban, entre risas.

—A ti —contestó Juan, observando con admiración a su amigo.

Y es que Esteban era un muchacho con cuerpo de hombre «de un rosa atezado desde la coronilla hasta la punta de los pies», según decía una canción popular, y lo bastante apuesto para tentar a cualquier chica. Cuando agitó su empapada cabellera, una cascada de rebeldes bucles cayó sobre su cuello. Era una combinación de belleza y de fuerza, pensó Juan. Por centésima vez se maravilló de que aquel joven le hubiese elegido a él como hermano; es decir, hermano adoptivo, ya que en realidad no había entre ellos ningún vínculo de sangre, y ni siquiera de raza.

Juan contempló su propio cuerpo, y sintió deseos de estar vestido. En el castillo nunca se había bañado con los amigos de su padre; sólo lo hizo a veces con Esteban, no lejos del viejo molino, y también él solo, arrojándose agua con un cubo entre los helechos. Esto se debía a que ni siquiera en el castillo disponía de habitación propia, sino que estaba obligado a dormir en compañía de los antipáticos hijos de los caballeros de su padre.

Esteban comprendió los pensamientos de su amigo y dijo:

—¿Sabes, Juan?, ahora ya no estás tan flaco. Tu cuerpo empieza a llenarse. Los huesos están en su lugar, y ya tienes fuerza, como acabas de

demostrarlo. Te convertirás en un hombre antes de que puedas darte cuenta.

—¿El año que viene? —inquirió Juan, aunque tal perspectiva le parecía más lejana que el poder capturar a un fénix de ardiente plumaje—. Sin embargo, tú ya eras un hombre a los trece años.

—A los once; pero es que yo soy diferente, por ser un siervo. Nosotros crecemos más aprisa. Yo diría que a ti te faltan dos o tres años, aún. Luego podremos ir juntos a buscarnos guapas muchachas.

—¿Quién va a quererme, cuando puede tenerte a ti?

Esteban le condujo hacia la orilla del riachuelo, y señaló a las aguas, que quedaban libres entre las hierbas, donde se veían reflejados sus cuerpos, el claro y el moreno, como las dos caras de la luna.

—Mira; yo tengo músculos, pero tú tienes elegancia, y también cerebro. Eso se advierte en tu rostro.

—No me gusta mi cara. Ni siquiera pienso mirarme en esos espejos de cristal que han traído de Tierra Santa. Siempre me sobresalto cuando lo hago.

—Seguramente ya no te sucederá eso. Yo diría que desde que abandonamos el castillo he notado en ti un cambio. Ayer, sin ir más lejos, cuando te enfrentaste con el caballero templario, estuve a punto de mojarme el taparrabo. Y tú, en cambio, ni siquiera pestañeabas. Además, dabas una impresión de aplomo, de sabiduría. Algún día tendrás tanto músculo como yo, mientras que a mí siempre me será negado el poseer un cerebro como el tuyo. Ahora, vamos en busca de Ruth.

Ante la insistencia de Esteban, arrollaron sus jubones y avanzaron vestidos tan sólo con sus taparrabos, esas fajas de tela que todo hombre de la época, fuera sacerdote, caballero o villano, llevaban arrolladas a la cintura y entre las piernas. Ahora ambos parecían dos labriegos despojados de su ropaje para enfrentarse con una ruda jornada de labor, y de ese modo no suscitarían sospechas ni tentarían a los ladrones.

—Pero mira mis hombros —se quejó Juan—. Fíjate qué blancos están.

—Ya se tostarán con el sol, durante el camino hacia Londres —respondió Esteban, y, alzando la voz, gritó—: ¡Ruth, ya puedes ir a bañarte!

El joven tuvo que volver a llamarla, antes de que ella contestase con voz distante:

—¿Qué quieres, Esteban?

—¡Puedes ir a nadar, si quieres! ¡Tienes el río entero para ti sola! — exclamó Esteban, y añadió, sonriendo a Juan—: Se ha tomado demasiado en serio lo de no espiarlos; en cambio, nosotros no le prometimos nada.

—¿Serías capaz de mirar furtivamente a un ángel?

—Bah, ¿y quién se acuerda de que es un ángel? —respondió Esteban, dando a su amigo unas palmadas en la espalda—. Está bien, no la espiaré; me limitaré a pensar que podría hacerlo. Siempre me he preguntado si los ángeles estarán conformados como las muchachas. Vamos un rato a explorar los alrededores, mientras ella se baña. Sería capaz de tomarme otro buen desayuno después del ejercicio que hemos hecho. Pero es conveniente que no nos alejemos demasiado del curso del riachuelo.

Detrás de un matorral de hayas, Esteban descubrió unas matas de delgado tallo y hojas fragantes.

—Esto es hinojo —afirmó—. Excelente por si caemos con fiebre en Londres. Recogeremos algunas matas, sin olvidar tampoco las raíces.

Pero Juan, pensando en las mandrágoras, no sentía afición alguna por las raíces, y olisqueando se acercó a unas plantas de menta.

—¿Es esto lo que usaba tu madre para dar aroma agradable a sus vestidos?

—Sí, y también tiene muy buen sabor.

Se arrodillaron en el húmedo suelo, arrancaron hojas y las masticaron; los jugos dulzones y ardientes les dejaron sin aliento y con la garganta áspera, igual que si hubiesen bebido un fuerte aguardiente.

Pero, ¿dónde estaban el riachuelo, el camino y la encina donde habían dormido?

—Los árboles parecen todos iguales —declaró Esteban—. Aquella vieja haya, ¿no la hemos visto antes? Y esos matorrales pisoteados, y la tierra revuelta...

Al parecer, se hallaban ahora en el lugar donde los leñadores habían desenterrado a la mandrágora; el hoyo del suelo seguía conservando su inquietante forma humana, con prolongaciones correspondientes a los extremos de las raíces que arrancara el infortunado perro.

—Vámonos de aquí —dijo Juan, sintiendo que le daban náuseas, lo mismo que si se hallara en un hediondo guardarropas.

—¡Espera! —exclamó Juan—. Mira, hay otro agujero. Es... es donde enterramos al perro. ¡Cielo santo! —era su juramento más atrevido—, los muy canallas lo han desenterrado y...

En torno al hueco cavado en el suelo vieron numerosos huesos esparcidos... Un cráneo de animal... un fémur... un coxal...; todo ello tenía aún algunas adherencias de carne.

—Esteban —dijo Juan, cogiendo la mano de su amigo—. Sé lo que piensas. Ha sido repugnante que se comieran al perro muerto. Ahora lo que debemos hacer es marcharnos de aquí. Quizá nos tomen por los cazadores.

Algo les estaba espiando.

Al principio pareció un árbol. O mejor, un cadáver exhumado de la tumba, con raíces creciéndole de los miembros. Entre jadeos y sacudidas se les fue acercando. Tenía el color desvaído del tronco de la haya, y su piel —¿o era su corteza?— estaba cubierta en parte por una verde mata de pelos —¿o eran raicillas?—. Los ojos ardían como ascuas en dos cuencas negras que parecieron a Juan diminutos dragones flamígeros acosando desde sus cavernas. La boca no era más que una amplia hendidura, y cuando se abrió dejó entrever unos dientes triangulares y aguzados como los del tiburón, hechos para desgarrar, triturar y aplastar.

—¡Corre! —gritó Juan, dando un empujón a su amigo, pero el temerario Esteban había optado por luchar con el agresor.

—¡Maldito devorador de perros! —exclamó Esteban, mientras cargaba contra la mandrágora utilizando la cabeza como ariete.

A consecuencia del impacto, la extraña criatura se derrumbó como una puerta de goznes carcomidos, pero en su caída envolvió con las extremidades a Esteban. Ya en el suelo, parecía un pulpo vegetal, agitando los delgados tentáculos en torno a su presa.

Juan sintió frío a causa de la ira, en vez de calor. Su semblante adquirió un tono azulado, en lugar de enrojecer, igual que si le hubiesen sumergido en un río, rompiendo la capa de hielo. Primero quedó asombrado; luego, las células adormecidas de su cerebro funcionaron con notable precisión. Se dio cuenta de que era muy joven y débil; contra aquella piel semejante a una corteza de árbol, sus puños desnudos nada hubieran podido hacer. Desarmado, una serie de golpes ciegos en nada habrían ayudado a su amigo.

Cayó de rodillas y con las manos comenzó a escarbar en el suelo, como un topo. Salieron guijarros, piñas, nuececillas, todo ello inservible. Luego dio con una piedra grande, de bordes dentados. Con las manos despellejadas y sangrantes, arañó frenéticamente la tierra para desenterrar aquella arma de la que dependía una vida, y, sin ponerse en pie, se arrastró hasta la caída mandrágora. El fibroso cráneo crujió y se deshizo en astillas, con sonido estremecedor, bajo los golpes de la piedra, y empapó a Juan de savia y una sustancia vegetal verde que parecía una col machacada en un molino.

—¡Esteban! —gritó angustiado, pero la respuesta le llegó siseante desde arriba, cargada de amenazas:

—¡Ser humano!

Innumerables dedos, retorcidos como garfios, le envolvieron y apresaron, arrastrándole después, junto con Esteban, sobre la tierra hiriente.

Las guaridas de las mandrágoras no parecían habitáculos, sino oscuras catacumbas excavadas para ocultarse de los hombres y de las fieras. En realidad no se sabía si aquellos seres las habían hecho, o si las hallaron en estado natural, para luego agrandarlas y comunicarlas con otras cuevas, cubriendo por último el suelo con paja. Juan se sintió dolorosamente consciente mientras su delgado cuerpo, apenas protegido por el taparrabo hecho jirones, se retorció y rozaba contra las ásperas paredes del pasadizo, tortuoso como la garganta de un dragón. Vio a sus agresores en la penumbra, y al divisar una figura de clara piel, que transportaban inconsciente, comprendió que no le habían separado de su amigo.

—¡Madre de Dios! —dijo jadeante—. ¡Déjale que siga inconsciente!

Durante la prolongada marcha del grupo, Juan notó que pasaban de una a otra cueva, tan sólo debido a la falta de paja que se apreciaba en el hueco de las puertas. Al fin, una luz tenue y fluctuante anunció que se acercaban a una hoguera. Quizá era una cueva central, y suponía el fin del largo y brutal viaje.

La estancia donde ardía el fuego era circular y espaciosa; en ella las mandrágoras hembras se dedicaban en silencio a apilar trozos de hierba sobre el lecho de piedra de la chimenea. Juan pudo advertir que allí no se usaban ramas ni raíces para hacer fuego, sin duda porque aquellos seres eran ellos

mismos de naturaleza vegetal. Se preguntó qué pensarían las mandrágoras si supusieran que el carbón que utilizaban para el fuego habían sido plantas en épocas remotas.

Sus agresores los arrojaron al suelo, como si fueran troncos, junto al hogar, y se unieron a las mujeres en la tarea de alimentar el fuego. Juan se hallaba firmemente atado, con los pies cruzados y las manos detrás de la espalda, pero consiguió moverse y quedar de lado, para observar a Esteban. Las mejillas de su amigo estaban llenas de arañazos y en su frente se apreciaba un gran magullón. Sus cabellos estaban llenos de sangre y de telarañas.

—Esteban, Esteban, ¿qué te han hecho? —murmuró, mordiéndose los labios para evitar las lágrimas. Al ver caído a su héroe, aumentaba por él su ternura, hasta llegar a la veneración. Pero era necesario mostrarse fuerte, se dijo. Había que buscar la forma de escapar.

Examinó la estancia, y advirtió que no había en ella lechos ni jergones en el suelo. Por lo visto, las mandrágoras dormían en cuevas más pequeñas, y usaban la mayor como lugar de reuniones. Allí se juntaban para hablar y comer, y las paredes de tierra estaban ennegrecidas por el humo de las hogueras. Había huesos esparcidos sobre la paja, junto con colmillos, pieles y pelos de animales. El hedor de los desperdicios era insoportable, lo que unido a las emanaciones de excrementos y orines, hizo que se revolviere el estómago de Juan. Luchó contra las náuseas procurando pensar cómo hubiera resuelto la situación el sabio abad. Se encontraba ahora como Hércules en los establos del rey Augías, o como Cristo entre los corrompidos mercaderes del Templo.

Entonces, al otro lado de la cueva divisó una cruz. No se equivocaba: se trataba de una gran cruz de piedra, colocada en una especie de capilla. Unas piedras cóncavas, en forma de concha de tortuga, servían como asientos. Entre éstos, el suelo aparecía socavado por las rodillas de los penitentes. Sí, el lugar era indudablemente una capilla, y Juan recordó el relato —un mito, según había creído siempre— del sacerdote llamado Agustín, que había llegado a Inglaterra con los cristianos, y que fue a predicar a las mandrágoras en sus cavernas.

Los monstruosos seres le dieron muerte, pero paradójicamente adoptaron

luego un culto que era un lamentable remedo del cristianismo.

—¡Asesino de criaturas!

Una mandrágora macho había gritado a Juan estas palabras, inclinándose sobre él y despidiendo un fuerte hedor a aguas estancadas. Su voz era gutural, y al principio Juan no le entendió. El ser hablaba con un arcaico acento inglés. Luego siguió lanzando maldiciones contra los hombres, y en especial contra los caballeros, deseando que las ballenas se tragasen hasta el último de ellos, cuando navegaban hacia los campos de batalla en sus navíos de madera. Después, habiendo maldecido a las gentes de las que Juan parecía provenir, acusó a éste y a su amigo de haber dado muerte con su perro a la pequeña mandrágora. Era su retoño, gritó aquel ser. Un retoño de su propia semilla.

Aunque las mandrágoras copulaban como los hombres y los animales, Juan había oído que sus hembras daban a luz seres que parecían bellotas, las que plantaban en el suelo y que luego se convertían en raíces. Si no eran descubiertas por los cazadores y alcanzaban la madurez, las raíces salían del suelo como una tortuga de su huevo, y sus madres las llevaban a las cuevas a fin de que se unieran al resto de la tribu.

—¡No, no! —respondió Juan, moviendo negativamente la cabeza—. Nosotros no matamos a vuestro pequeño. Fueron los cazadores quienes lo hicieron.

El ser sonrió con una expresión que resultaba peculiar de las mandrágoras. El enojo y el placer parecían provocar el mismo gesto de enseñar los dientes. Por lo demás, sus rostros eran inexpresivos.

—Vosotros sois los cazadores —dijo la mandrágora.

La turba reunida en la cueva central había hecho que aumentase el calor, como ocurre en las cocinas de los castillos, cuando se prepara un festín. Sin embargo, los seres que alimentaban el fuego, encorvados como bajo el peso de su propia suciedad, no parecían notar la elevada temperatura que allí reinaba.

Era evidente que habían encendido la hoguera para preparar su comida. Ahora comenzaron a aguzar unos cuchillos en las desgastadas piedras.

El resplandor del fuego debió llamar la atención de las jóvenes mandrágoras que estaban en las habitaciones vecinas, ya que irrumpieron en

la gran cueva y se reunieron gesticulando en torno a los dos cautivos. Aún no tenían el aspecto cansino y vacilante de sus mayores; por el contrario, parecían inteligentes y llenas de vitalidad. Según parecía, la vida de aquellos seres en el bosque los desgastaba pronto mental y corporalmente. No era extraño, por lo tanto, que los exhaustos adultos, por mucho que odiasen a los seres humanos, procurasen introducir a sus hijas en las poblaciones.

Las muchachas que vio Juan, exceptuando una, parecían todas adolescentes, aunque lo bastante crecidas como para que el pelo les poblara ya los brazos y una parte de la cara. La excepción era una pequeña de unos cuatro años, que resplandecía de belleza a pesar de la suciedad que la cubría. Sus ojos aún no se habían enrojecido ni hundido en sus cuencas, mientras que su boca era del color de las frambuesas silvestres. Bien podía haber pasado por una niña humana.

Los pequeños parecían haber interrumpido sus juegos para acudir a la sala. Se divertían con una especie de dados, pues eso semejaban los pequeños objetos blancos que al chocar emitían un chasquido, como los minúsculos cubos de hueso de ballena que servían también para distraer a los caballeros del castillo de Juan. Pero los dados de las pequeñas mandrágoras no eran verdaderamente cúbicos, sino irregulares: unos trozos de hueso con figuras toscamente talladas. Los griegos, según recordaba Juan por enseñanzas del viejo abad, habían usado las tabas de los carneros y de otros animales, en lugar de dados.

Pero aquellas extrañas crías pronto encontraron otra diversión muy movida. Despojaron a Juan y a Esteban de sus taparrabos, y comenzaron a pellizcarles con dedos ágiles, mientras se burlaban del escaso vigor de los seres humanos. Y es que los niños mandrágoras, desnudos como sus padres, poseían ya enormes genitales; de ahí que se atribuyera a las raíces muertas de mandrágora un notable poder afrodisíaco. Esteban se estremeció un momento, mas para alivio de Juan no llegó a despertarse, no viéndose así convertido en objeto de hirientes burlas. No sin razón se había mostrado siempre orgulloso de su virilidad, y el verse superado y afrentado por chiquillos de ocho y nueve años hubiera significado para él un gran sufrimiento. Sólo la bonita pequeña de cuatro años, que miraba con aire de reproche a sus amigos, se mantenía al margen del juego.

Dobló una campana de iglesia, y su sonido se difundió misterioso por aquellas oquedades, llenando de asombro a Juan. Al momento se hizo el silencio en la gran cueva. Uno de aquellos seres, ya viejo como un tronco desgastado y cubierto de musgo, se abrió paso entre los niños con andar vacilante, y se detuvo entre Juan y Esteban. Los examinó con cuidado, detenidamente, como si estuviera eligiendo. Por fin eligió a Esteban. Cuando trató de inclinarse, sus lomos crujieron como un puente levadizo carcomido. Juan pensó que se iba a quebrar en dos partes, y que nunca alcanzaría el suelo. Pero logró su propósito y alzó a Esteban entre sus brazos llenos de musgo.

—¡Maldito, suelta a mi amigo! —gritó Juan.

Contorsionándose prodigiosamente, el muchacho consiguió deshacer las ataduras que sujetaban sus tobillos y golpeó con una rodilla los órganos pudendos de la mandrágora. El ser lanzó tal alarido que Juan creyó que le introducían por los oídos unos atizadores al rojo vivo. Se retorció en el suelo e intentó alzar las manos para acallar los ecos del grito y calmar el dolor. Perdió momentáneamente el conocimiento, y cuando lo recuperó vio a Esteban tendido en la losa de piedra de la capilla. Inclinado sobre él, el viejo mandrágora parecía la encarnación de un espíritu exterminador. Los demás adultos, unos veinte, aproximadamente, tomaron asiento en las piedras conformadas como caparazones de tortuga, mientras los niños se situaban cerca del fuego, para contemplar el rito. Juan no vio en los rostros de esas criaturas una expresión de curiosidad o de interés, sino de miedo y recelo, mientras que la pequeña de cuatro años escondía su cara entre los brazos de una muchacha mayor.

El viejo mandrágora que dirigía el ritual entonó lo que parecía una salmodia de ofrenda. Juan alcanzó a oír las palabras «divinidad» y «sacrificio», y comprendió con horror el triste destino que iba a correr Esteban. Primero el rito, luego el festín. La misma víctima iba a servir para los dos objetos.

Como ya tenía sueltas las ligaduras de las piernas, Juan a pesar de tener atadas las manos, se puso en pie y avanzó hacia la capilla. Poco antes había dado muerte implacablemente a una mandrágora. Ahora pensó en el fuego, el Fuego Griego de los orientales, que lanzaban a los barcos y arrojaban desde

las murallas; la brea y el azufre ardientes que hervían en los infiernos. Juan se sintió como si las mandrágoras y hasta las piedras fueran a ceder ante su impulsivo avance; como si María, la Madre de Cristo, fuese a descender desde los castillos celestes para entrar en el santuario de su alma y ayudarle a salvar a su amigo.

Pero las mandrágoras se alzaron como una sólida empalizada, y el muchacho, devuelto a la realidad de sus frágiles doce años, golpeó con puños impotentes en los torsos de madera.

—¡No, a él no! —gritó mientras caía de rodillas, sollozando—. ¡A mí, no a Esteban!

—Juan...

El nombre repercutió en los recovecos de la caverna como el resonar de una maza sobre un yelmo.

—No temas, Juan, no le pasará nada.

El cabello rubio de la muchacha, cubierto de hojas y suciedad, le caía sobre las espaldas como si fuera una cascada de monedas de oro. Llevaba puesta su túnica, pero la tela había perdido su blancura a causa de las manchas y las lágrimas. Ahora parecía un ángel caído, con lejanas visiones del cielo y reflejos más próximos del Infierno en su mirada.

Ruth había entrado en la cueva como si fuera acompañada, no obligada. No daba la impresión de una cautiva. Parecía haberse ganado el favor de aquellos seres, se dijo Juan, cediendo a sus caprichos. «Dios la perdonará, si salva a mi amigo, y yo la serviré con humildad hasta mi muerte —pensó el muchacho—. Si salva a mi amigo...»

Entonces vio que ella llevaba su crucifijo, y lo aferraba tan fuertemente, que para quitarle los brazos de oro de entre sus dedos tal vez hubiera sido necesario cortarle las manos.

Uno de los acompañantes de la joven llamó al siniestro oficiante, que seguía impassible ante la losa donde yacía Esteban. El ser no habló ni hizo gesto alguno, pero de su silencio trascendía una honda desaprobación.

Ruth avanzó hasta la hoguera y alzó el crucifijo frente a las llamas, que arrancaron de él mil reflejos áureos, como un mar bajo el crepúsculo. Las mandrágoras admiraron el fulgor de aquella singular joya con sus pobres ojos hundidos. En cierto modo, debían de haberse parecido algo a los hombres de

la Primera Cruzada, que tomaron Jerusalén de manos de los turcos y contemplaron por vez primera la cruz del Santo Sepulcro. Fueran cuales fuesen los motivos que les habían impulsado hacia la Tierra Santa, todos aquellos soldados purgaron sus culpas en aquel trascendental momento de reverencia y exaltación. Algo parecido ocurría ahora con las mandrágoras.

El viejo que dirigía el rito, movió la cabeza lanzando gruñidos de aprobación. Ruth se acercó a él entre las filas de mandrágoras, que se apartaron murmurando quedamente, y depositó el crucifijo en sus manos. Los dedos del viejo acariciaron lentamente, con deleite, los brazos de oro de la joya, deteniéndose con delicadeza en las perlas incrustadas. Ruth no aguardó a recibir una señal. Sin la menor vacilación, y sin muestra alguna de temor, se dirigió hacia donde se hallaba Juan y le desató las manos.

—Ayúdame a desatar a Esteban —le dijo—. He comprado vuestras vidas con el crucifijo.

Cuando se hallaron lejos de las sombras de la última cueva y alzaron el rostro hacia el sol matutino, el mandrágora macho que los acompañaba les abandonó sin hacer un solo gesto, impaciente, según parecía, por volver a admirar el crucifijo. En la oscuridad de los pasadizos, Esteban había recuperado el conocimiento, pero dejó que Ruth y Juan guiasen sus pasos, mientras ellos eran a su vez conducidos por el ser de vacilante andar.

—¿Te encuentras bien, Esteban? —preguntó Juan, dejando que su amigo se tendiese en la hierba.

—Me siento muy cansado —repuso el aludido, desperezando sus entumecidos miembros y cerrando los ojos.

—¿Y tú, Ruth? —volvió a inquirir, y miró a la muchacha con gesto reverente y no exento de temor, pues la consideraba autora de un milagro.

Pero, ciertamente, ahora Ruth no tenía aspecto milagroso, cuando se tendió al lado de Esteban. Unas horas antes, a Juan le había parecido una araña, y en este momento le recordó una rica túnica, pero mojada, hecha jirones, pisoteada, abandonada.

—¿Qué ha ocurrido, Ruth?

—Me encontraron junto a la orilla del riachuelo cuando terminaba mi

baño. Fui a coger las ropas, y al alzar la mirada los vi... a ellos.

—¿Y después?

—Me pusieron las manos encima, y me arrastraron hacia sus cuevas. Yo luché desesperadamente, pero el que me retenía era muy fuerte.

—¿Y pensaste en el crucifijo, en que podía interesarles esa joya?

—Sí. Recordaréis que yo lo había escondido en el tronco de un árbol. Traté de hacerles comprender que les entregaría un tesoro si me dejaban en libertad. Ya sabéis cómo hablan, como los niños pequeños, que mezclan frases y palabras desordenadamente. Yo seguía gritando: «¡Un tesoro! ¡Un tesoro!» Por fin parecieron comprender. Sonrieron, cambiaron unas pocas palabras entre ellos y me soltaron. Les conduje hasta el árbol. Pasamos entonces por el lugar donde vosotros habíais estado luchando. Vi jirones de vuestros taparrabos y comprendí que otras mandrágoras os habían capturado. Me detuve entonces y declaré que deseaba vuestra libertad, al mismo tiempo que la mía. De lo contrario, no tendrían el tesoro. Volvieron a acceder.

»Luego treparon detrás de mí al tronco del árbol. La vista del crucifijo, cuando le hube quitado la tela, les hizo perder la respiración. Yo se lo ofrecí a uno de ellos, pero negó con la cabeza. No querían tocarlo; debía entregárselo yo misma al viejo que oficiaba sus ritos. Tal vez pensaron que su mugre y fealdad podía empañar el oro y debilitar su poder mágico. Miraban absortos la joya, como si fueran a echarse a llorar. Entonces me puse la túnica, y me trajeron hasta aquí.

—Y mantuvieron su promesa.

—En efecto, aunque abominables, parecen tener una religión, y poseen principios.

El relato de Ruth impresionó profundamente a Juan, que comenzó a decir:

—Pero, ¿por qué...?

Tenía intención de preguntar el motivo por el cual las mandrágoras habían podido sentirse obligadas a cumplir una promesa dada a una muchacha, cuando tanto odiaban a los seres humanos. Pero Ruth le interrumpió diciendo:

—No podemos seguir aquí todo el día. Ellos cumplieron, mas tal vez cambien de parecer. ¿Dónde está el camino?

Se pusieron en pie, aún vacilantes, pero Esteban rechazó toda ayuda:

—«Debo recobrarne yo solo», manifestó—, y a cierta distancia vieron las arboledas de altos sicómoros y fornidos robles con aire de viejos monarcas que habían reinado sobre un país de celtas, romanos y sajones, hasta que la llegada de los normandos les obligó a marchar al destierro.

—Creo que la carretera se encuentra en esa dirección —manifestó Esteban, señalando hacia las arboledas.

Pero el joven debía de estar aún aturcido por los golpes recibidos en la cabeza, ya que si bien anduvieron un largo trecho, no llegaron al camino..., sino que fueron a dar a la Mansión de las Rosas.

CAPÍTULO IV

Yo les observaba cuando salieron penosamente del bosque, yendo el más fuerte de los muchachos apoyado en sus amigos, que eran el delgado chico de pelo oscuro y la joven de cabellera de ángel. Cuando la mañana es soleada, abandono la mansión con los primeros gorjeos de las aves y me voy a recoger rosas blancas de los setos que bordean mi propiedad, o me dirijo al molino de viento, el primero, según creo, levantado en el sur de Inglaterra. Una vez en el interior del molino, observo cómo esas dos piedras, que ya no están impulsadas por el agua, muelen el grano para hacer el pan de mis cocinas.

Ahora ya había llegado la tarde. Poco antes comía a la sombra de una morera mi provisión de albaricoques, pan tierno y aguamiel, y al regresar hacia el seto de rosas vi a los chicos. Debí de haber quedado boquiabierta, ya que ellos, a su vez, se detuvieron a mirarme por encima de la cerca. La muchacha pareció turbarse y susurró algo a sus acompañantes. No era época en que los jovencitos llamaran a cualquier mansión desconocida que encontrasen. Parecían gorriones asustados: la chica y el chico de más edad habían dejado de ser niños hacía tiempo, y, sin embargo, movían a compasión, no por su pequeñez o fragilidad, sino por el aire exhausto que tenían. Sin duda, algo muy grave les había sucedido, y ellos no sabían si yo era amiga o enemiga. Tenía que probarles mis amistosas intenciones, como si se tratara de avecillas a las que uno quiere atraer y hacer comer en la mano.

—Seguid el seto hacia la derecha —les dije sonriendo—. Encontraréis allí la puerta exterior. Si venís del bosque, seguramente estaréis cansados y hambrientos. Puedo ofreceros comida y un sitio donde dormir.

Había hecho una canastilla de rosas con mis propias manos. No temo a las espinas, con mis guantes de piel de antílope; mis largas mangas

abotonadas en la muñeca; mi gorro con su toca, y el vestido azul recamado de flores de lis doradas, que me llega a los tobillos y cae en pliegues desde la cintura. Observé a los dos chicos, ataviados con taparrabos toscamente, hechos con hojas, y envidié la libertad de los hombres para vestirse y para trasladarse a donde desean (exceptuando, claro está, cuando se ponen sus pesadas armaduras y se marchan a la guerra).

El más joven, de cabello oscuro, y que aún sostenía a su amigo, se dirigió a mí en el cortés lenguaje de los caballeros normandos:

—No estamos ataviados como para hacer compañía a una distinguida dama; como bien suponéis, señora, venimos ahora del bosque.

El rostro del muchacho confirmó la impresión que me ofrecía su forma de hablar. Se afirma que Saladino, el enemigo más noble de Inglaterra, posee un semblante de aire infantil, parecido a éste; un rostro ascético, de sabio y de poeta a un tiempo. Pero antes que nada me di cuenta de su necesidad y la de su amigo, el mozo sajón con aspecto de errabundo Aengus^[1], el Eterno Joven cuyos besos eran llamados sus pájaros. Incluso aquel taparrabo parecía una afrenta a su cuerpo. Lo cierto es que necesitaba ayuda. Su boca, que forzaba a sonreír, revelaba agotamiento y hambre, y su frente estaba surcada por una herida. Ambos muchachos tenían la piel cubierta de arañazos.

La chica llevaba una túnica blanca sucia y desgarrada, sin embargo, parecía un ángel esculpido en marfil e instalado en la hornacina de una catedral de Londres. Pero su hermosura resultaba lejana e inexpresiva. «Está cansada —me dije—. El agotamiento se refleja en su rostro. Más tarde será el momento de leer en su corazón.»

Fui a recibirles a la portezuela de la cerca, una entrada tan estrecha y baja que mi hijo pasó por encima de ella de un solo salto, cuando se marchó por la vía romana hacia Londres.

Les tendí los brazos, como ofreciendo las rosas que en ellos llevaba.

Los tres se quedaron inmóviles: el chico moreno en actitud de venir hacia mí, y los otros dos más rezagados.

—Bueno, puedo ofreceros algo más que flores —les dije, dejando caer al suelo las rosas.

El muchacho normando respondió:

—Decidme, señora, ¿a quién tenemos el honor de dirigirnos?

—Me llamo lady María. Habéis llegado a la Mansión de las Rosas.

—Hubiera creído que erais otra María. ¿Podéis ayudar a nuestro amigo? Ha recibido un fuerte golpe en la cabeza.

Pero fue al normando, y no a su amigo, a quien ayudé. El muchacho vaciló de pronto sobre sus pies, se inclinó y tuvo que aferrarse a mi mano extendida.

—Lamentaría manchar su vestido.

—¿Con esta noble tierra parda? Es la más pura de las substancias. Es la madre de las rosas.

—Habéis esparcido vuestras flores por el suelo.

—Tengo más en mi rosaleda —repuse, dejándole que se apoyara en mi brazo, y, entonces, seguidos de sus amigos, le conduje hasta la casa.

En un tiempo la mansión estuvo rodeada de un foso, pero tras la muerte de mi marido hice llenar el hueco con tierra y mandé plantar moreras, que ahora están llenas de pardillos y de plateadas telas de los gusanos de seda. Los árboles formaban un anillo más pequeño, dentro del otro que constituían los setos de rosas, pero no aislaban mi casa, que fue construida de ladrillos, en lugar de la fría piedra gris preferida por mis vecinos, los barones. Y es que mi esposo había prometido construirme una mansión, como regalo de bodas.

—Constrúyela de ladrillos, el color de tu pelo —le dije.

—Y será muy sólida —contestó él.

Pero la alta cortina de muralla, con su puerta de roble, sus desgastados ladrillos, que parecían los de una «villa» romana, y sus estrechas aspilleras, para que los arqueros pudieran lanzar desde allí sus flechas, había perdido su aire amenazador, como una armadura colgada de una pared. Bien sabe Dios que no sería capaz de resistir un asedio con mi pacífica servidumbre: jardines, porteros, cocineras, senescal y mozos de establo; treinta personas en total, y sin un solo caballero entre ellos. La maligna peste no tuvo piedad con la Mansión de las Rosas.

El portero vino hacia mí para hacerse cargo del muchacho.

—Os vais a cansar, señora —me dijo.

Moví negativamente la cabeza. Ninguna carga era tan pesada como la soledad.

Una vez que hubimos entrado en el patio principal, Sara, la cocinera, que

había salido de la cocina para tomar un poco de sol, alzó sus robustos brazos y chilló:

—¡Mi señora!, ¿qué habéis encontrado?

—Unos chicos, ya lo ves. Vamos, Sara, vuelve pronto a la cocina y prepara una comida como para deleitar a unos jóvenes hambrientos. Faisán y...

—Lo sé, lo sé —respondió ella—. Habéis olvidado que yo también tengo hijos, y que os sirven lo mejor que pueden.

Sara, junto con sus tres hijos y dos hijas, era nueva en la mansión, pero actuaba como si hubiera sido mi ama de leche. En seguida añadió:

—Sé muy bien lo que gusta a los jóvenes: la caza y las aves del bosque. Todo lo que vuela y lo que anda con pezuñas, ¡y dos piezas mejor que una, a menos que se trate de un jabalí!

La cocinera se adelantó en seguida, ascendió las escalerillas de la puerta, y tras hacer fatigosamente una genuflexión, a causa de su corpulencia, desapareció más allá del umbral en que aparecía tallada una virgen acunando al Santo Niño.

—Es una casa muy hermosa —dijo el muchacho sajón, a modo de cortesía—. Parece la granja de un abad.

—Bueno, de un abad muy rico —explicó el otro, temeroso de que yo hubiese interpretado mal la alabanza de su amigo, ya que también había abades pobres que vivían en chozas.

—Sí... he querido decir... —tartamudeó el sajón—, que parece un lugar tan... apacible, con esa Virgen y el Niño, y su...

Se le agotó la inspiración, y esperó a que su amigo acudiera en su ayuda.

—Con sus techos en punta, en lugar de almenas, y ventanas de verdad, en vez de troneras, y hasta con vidrios en las ventanas. ¡Y fíjate, Esteban, en el jardín! Hay tomillo, perejil, laurel, mejorana, clavo, estragón...

—Ya veo que conoces bastante de hierbas aromáticas —le dije.

—Tengo un herbario —repuso él.

Una vez en el interior de la casa, les conduje hasta el baño. En toda la campiña, y creo que incluso en toda Inglaterra, ninguna otra mansión puede jactarse de poseer, bajo su techo, una fuente para el baño. La boca de un delfín, fundido en bronce por los artesanos de Constantinopla, vertía un fuerte

chorro de agua en un pilón donde jugueteaban los tritones de las coloreadas baldosas. Durante el invierno yo hacía tapar la boca del delfín, y para el baño, mandaba llenar el pilón con agua caliente que traían en cubos desde la cocina.

—Vuestra amiga puede bañarse la primera —manifesté a los muchachos en inglés, que era el idioma que estábamos hablando todos; y luego añadí dirigiéndome a ella—: ¿Cómo te llamas?

Como ella tardase en contestar, el sajón respondió:

—Se llama Ruth, y es nuestro ángel guardián. Ella nos ha salvado.

—¿De las fieras salvajes?

—De las mandrágoras.

—Hay muchas en el bosque, pobres bestias descarriadas —dije estremeciéndome—. Sin embargo, nunca me hicieron daño alguno. Más tarde me contaréis el modo en que huisteis; pero ahora, Ruth, será mejor que tomes tu baño. Una vez que lo hayas hecho, mandaré que te lleven vestidos, y un perfume de jazmín, y...

La muchacha me miró con ojos velados por la emoción, y dijo:

—Sois muy amable, señora.

Yo hubiera querido decirle: «Tengo dos veces tu edad y soy mucho menos hermosa; pero confía en mí, querida niña, confía en mí».

Me volví entonces hacia los muchachos. El normando, según dijo, se llamaba Juan, y el sajón, Esteban.

—Cuando termine Ruth, os tocará el turno a vosotros —declaré.

—Gracias, mi señora —contestó Juan—; nos encantará bañarnos ante ese delfín, pero...

—Ya sé, preferís antes comer algo. ¿Qué os parece un poco de pan y queso, con té de poleo, para resistir hasta la hora de la cena? Es decir —rectifiqué prestamente—, cerveza, en vez de té. ¡Ofreceros té! He estado demasiado tiempo en compañía de mujeres...

—¡Cerveza! —exclamaron ambos con deleite; y agregó el normando—: Mi hermano tiene una herida, señora.

—¿Tu hermano? —inquirí con asombro, al ver que un caballero normando llamaba así a un siervo sajón.

—Nos adoptamos mutuamente. ¿No tenéis algo para curarle la herida de la cabeza?

—No, mejor para mi estómago —terció sonriendo Esteban—. Ahí es donde más me duele.

—Te curaré ambas cosas —respondí.

La gran sala de mi mansión es calurosa y húmeda en verano, y fría en invierno, a pesar de los troncos de pino, tan gruesos como barriles de cerveza, que arden en la chimenea. Siempre ha sido una sala para hombres; en ella gritan, ríen, fanfarronean y calientan el cuerpo con hidromiel. Para mí, en cambio, prefiero la sala de estar, donde no sólo tejo y bordo, sino que hasta duermo, tomo mis comidas y recibo a los amigos que de tarde en tarde vienen a visitarme. Dejé a los chicos en la sala de estar con tres piezas de pan, dos grandes quesos y una garrafa de cerveza, y les dije que después de comer se lavasen con telas empapadas en alcanfor y se pusieran luego ropa limpia.

—Llamadme cuando hayáis terminado.

Apenas había tenido tiempo de buscar una túnica para Ruth, cuando escuché la voz de Juan, diciendo:

—Lady María, hemos terminado.

Exhalaban tal fragancia a alcanfor, que pasé por alto la suciedad que aún se veía en sus rodillas y codos. En cuanto al pan, el queso y la cerveza, todo ello había desaparecido como si por la sala hubiera pasado un ejército de duendecillos. Curé las heridas de los muchachos con una pomada de hinojo y dítamo, y ellos se abandonaron a mis cuidados sin reserva alguna, como los hijos a una madre, haciéndome sentir que mis manos habían descubierto de nuevo su principal razón de ser.

—Esto no escuece nada —manifestó Esteban—. Mi padre, en cambio, usaba un emplasto de piel de serpiente, piojos de la madera y arañas. Escocía como el demonio, y apestaba más aún.

—Las manos de lady María son como la seda —manifestó Juan—. Por eso no te duele.

Los dos muchachos se pusieron encima de la ropa interior unas túnicas que habían pertenecido a mi hijo: Juan, de verde, con una capa de color malva que se abrochaba a la espalda, y largas calzas que hacían juego con la capa, además de zapatos de cuero negro con hebillas; Esteban iba de azul,

con capa de color rosado y calzas grises, aunque con cada prenda que se ponía daba la impresión de colocarse otra cadena que le retuviera aferrado contra un muro.

—No me atrevería yo a entrar así en el bosque —comentó—. Me tomarían por un faisán y dispararían sobre mí en cuanto me vieses.

—Sólo será por esta noche —dije yo—. ¿No quieres presentarte con aire gallardo ante Ruth?

—Está acostumbrada a verme casi desnudo. Así me tomará por un bufón.

—Mi señora...

Ruth acababa de entrar en la estancia. Vestía túnica carmesí ajustada al talle por un cinto de ante dorado, y los pliegues del vestido le llegaban hasta sus pies, aunque permitiendo ver sus zapatillas, verdes como dos pequeños lagartos. Se había recogido el pelo con una redecilla, y sus trenzas doradas relucían como luciérnagas enjauladas. (Es extraño, pero siempre, al pensar en ella, se me representaba como una criatura del bosque, un ser salvaje, misterioso, indomable.)

—Mi señora, ya pueden tomar su baño los muchachos. Y le agradezco mucho su atención, al haberme enviado una túnica tan hermosa.

—¡Ya nos hemos bañado! —exclamó Esteban, con aire ofendido—. ¿No ves que estamos vestidos como galanes?

—Lady María nos curó las heridas con hinojo y díctamo —declaró a su vez Juan—, y ya no sentimos ningún dolor.

—Ahora vamos a comer —dijo Esteban.

—De nuevo —corrigió Juan.

Ruth examinó con interés el cuarto de estar, y pareció perder un poco de la timidez que había mostrado hasta ese momento.

—¡Qué estancia tan encantadora! —manifestó, extendiendo un brazo, como para incluir todo lo que allí había—. Está toda hecha de luz del sol.

—No toda —manifesté, señalando hacia el techo, constituido por vigas y colgantes—. Allí se forman las telarañas, a menos que esté siempre detrás de los hijos de Sara. Tienen que limpiar con una escalera, y no les gusta quitar el polvo de los rincones oscuros. Temen a los duendecillos.

—Pero en lo demás —manifestó Ruth— no hay la menor oscuridad.

La sala se hallaba iluminada por la luz del atardecer que entraba por los

ventanales. El hogar estaba lleno de leños; en un rincón había un sillón de alto respaldo y cojines bordados; hacia un lado de la estancia, un gran mirador en forma de arcada estaba formado por vitrales de colores, procedentes de Constantinopla; y ocultando el maderamen del suelo, una alfombra arábiga lucía sus dibujos rojos, amarillos y blancos, con un cerco de estilizadas letras persas. El enmaderado de las paredes, en cambio, era genuinamente inglés, y sus paneles de roble estaban pintados con hojas verdes y rosas que hacían juego con la alfombra. Ruth siguió contemplando la habitación con aire de muchacha acostumbrada a la belleza, sus formas y sus colores, aunque no dejaba de expresar su admiración. Acarició mi telar con aire entendido y se detuvo luego ante mi lecho de dosel, exclamando:

—¡Es como una tienda de campaña de seda!

Se acercó luego a la jaula de mimbre que estaba junto a la cama y manifestó:

—Pero estos jilgueros, ¿no echan de menos el bosque?

—Viven muy contentos —respondí—. Los alimento con semillas de girasol, y aquí están a salvo de armiños y comadreja. A cambio de eso, cantan para mí.

—¿Es cierto que el jilguero enjaulado canta de un modo diferente?

—Sí; su voz se hace más dulce.

—Eso imaginaba; así pierden el aire rústico de la espesura.

—¿No te parece apropiado, querida mía?

—No lo sé, señora.

Tomamos asiento en unos bancos situados ante una mesa de madera apoyada en caballetes. Juan y yo, frente a Ruth y Esteban. Mi esposo solía cenar conmigo en la gran sala, y éramos servidos por diligentes y silenciosos escuderos que recibían los platos de los criados de la cocina. Tras su muerte, en cambio, comencé a hacer mis comidas en la sala de estar. Durante los últimos doce meses me habían servido Shadrach, Meshach y Abednego, los tres hijos ilegítimos de mi cocinera, Sara. Por regla general, me gustaba cenar sin ceremonia alguna, charlando con los muchachos, unos trillizos de cabello rojo como el fuego, que parecían haber salido de un horno incandescente.

Pero esa noche, y en honor a mis invitados, había ordenado a Sara y a sus hijas Rahab y Magdalena, que preparasen un banquete, en lugar de una simple cena, festín que debían servir sus hijos. Las muchachas habían puesto la mesa con ricos manteles, que representaban a caballeros árabes montados en sus ágiles y pequeñas cabalgaduras, y sobre los bordados de los caballeros, colocaron un pastel en forma de castillo, hecho de azúcar, harina de arroz y pasta de almendras, como si se tratara de una fortaleza asediada.

Una vez que hube dado las gracias al Altísimo, los hijos de Sara aparecieron trayendo aguamaniles, jofainas y servilletas, que colocaron ante los invitados. Esteban cogió en seguida su aguamanil, y llevándoselo a la boca, comenzó a beber de él; pero Juan le susurró frenéticamente:

—¡No es caldo, sino agua para lavarte las manos!

—No temáis —dije yo—. Habrá cosas mejores para beber.

—Jamás me he sentido tan limpio desde que me bautizaron —aseguró Esteban, y al reírse salpicó el mantel con el líquido de su aguamanil.

En cuanto a Ruth y Juan, se notaba que estaban acostumbrados a usar cubiertos. Cortaron el faisán y el pato, antes de cogerlo con los dedos, y comieron un pastel de pescado y cangrejo con las cucharas. Esteban contemplaba a sus amigos con evidente perplejidad.

—Yo siempre he usado el cuchillo para cazar y pescar —confesó—. Si lo utilizara de ese modo seguramente me cortaría un dedo. Y entonces podríais comprobar si soy una mandrágora.

—Ya lo sabemos desde hace tiempo —repuso Juan—. De parecer un arbusto espinoso, alguien te hubiera cortado en trocitos para venderte como afrodisíaco. Habrías proporcionado una verdadera fortuna.

Las chanzas de Juan, según pude comprobar, no tenían más propósito que el desviar la atención de los demás del tosco comportamiento de Esteban, quien a todo esto había dejado caer el cuchillo al suelo. Entonces Juan arrancó con los dedos el ala de un faisán, y se puso a comerlo glotonamente, como para que su amigo no tuviera de qué avergonzarse.

Yo me reí a gusto por primera vez desde la muerte de mi hijo, y declaré:

—Los cuchillos son una verdadera molestia, lo mismo que las cucharas. ¿Para qué se han hecho los dedos, sino para comer con ellos? Mientras uno mismo no se los muerda...

También yo arranqué una pata de ave y noté cómo la grasa, tibia y pegajosa, rezumaba entre mis dedos.

—Toma —agregué, dirigiéndome a Esteban—; coge esta zanca, que es demasiado grande para mí, y la dividiremos en dos partes.

Se rompió el hueso, y la carne se separó en dos porciones desiguales, yendo para Esteban la mayor parte de ella.

—Eso significa que serás afortunado en amores —declaré jovialmente.

—Ya lo es ahora —intervino Juan—. Los pajares lo saben muy bien.

—Creo que no se refiere a eso —repuso Esteban, poniéndose serio de pronto—, sino al cuidado, la preocupación por alguien, ¿no es así, lady María? También yo sé de esas cosas.

—Entonces, siempre conservarás ese don.

—Así lo espero —repuso.

Juan nos sonrió a Esteban y a mí, feliz de que los tres fuéramos buenos amigos, mientras Ruth, en silencio, seguía cortando su carne en porciones muy pequeñas y se las llevaba a la boca con el remilgo de una monja.

Shadrach, Meshach y Abednego se movían diligentes entre la sala y la cocina, retirando fuentes y volviéndolas a llenar, pero daba la impresión de que Juan y Esteban nunca iban a satisfacer su hambre. Con la discreta aunque efectiva ayuda de Ruth, dieron cuenta de tres faisanes, dos patos, dos pasteles de cangrejo, y cuatro jarros de hidromiel.

—Dejad algo para nosotros —susurró Shadrach al oído de Esteban—. Ésta es la última ave que queda.

Esteban se mostró sorprendido, y luego, con gesto contrito anunció que se hallaba harto como una garrapata en la oreja de un sabueso. Shadrach aprovechó entonces la ocasión para llevarse la fuente con el ave a la cocina.

Después del festín, los muchachos me narraron sus aventuras, animándose, más que interrumpiéndose, con comentarios como: «¿Le has contado lo del arroyo, Juan?», o bien, «Esteban, tú relatas mejor lo de la lucha».

Juan hablaba más porque tenía mayor facilidad de palabra; Esteban, por su parte, gesticulaba y hacía ademanes, y más de una vez pidió a Juan que terminara lo que estaba contando. Y Ruth no intervino hasta el final de la historia, cuando con toda calma, y sin que nuestras miradas se encontrasen,

explicó cómo había sido capturada por las mandrágoras, y el convenio que hizo con aquellos seres.

Yo la examinaba mientras ella iba hablando. ¿Era una muchacha tímida? Más bien me parecía distante, como abstraída. Y también recelosa, al menos de mí. Unos simples celos no bastaban para explicar su proceder. Yo no era ni mucho menos una rival para la clase de amor que parecía desear de Esteban. No, no era mi belleza lo que la molestaba, sino la sabiduría y experiencia que los jóvenes suponen un atributo de la madurez. En una palabra, mis sensatos razonamientos. Algo había en ella, ciertamente, que no deseaba que trascendiese.

—Y ahora, los regalos —declaré yo.

—¿Regalos? —inquirió Juan.

—Sí; acostumbran a hacerse con los postres.

—Pero es que nosotros no tenemos nada que daros.

—Me habéis contado una maravillosa historia. Ningún juglar me hubiera mantenido tan interesada como vosotros. Veréis lo que os voy a regalar...

Y así diciendo, di unas palmadas y Shadrach, Meshach y Abednego aparecieron con mis obsequios, unos instrumentos musicales que habían pertenecido a mi hijo. Para Ruth un rabel, instrumento de tres cuerdas procedentes de Oriente, que se tocaba con un arco; para los chicos, unos pequeños timbales que se colgaron de los hombros con una correa, y que comenzaron a tocar con los palillos apropiados.

Ruth aferraba el rabel entre sus manos, sin decidirse, hasta que Esteban se volvió hacia ella y le dijo:

—¡Vamos, Ruth, toca para nosotros! ¿Qué esperabas, acaso, un arpa?

Entonces Ruth les acompañó, y los muchachos iniciaron una especie de desfile por la estancia; Esteban iba el primero, Juan avanzaba detrás, y cerraba la marcha Ruth, tañendo el rabel con evidente destreza, la cual había perdido ya su aire lejano y enigmático. Shadrach, Meshach y Abednego estaban apoyados en el marco de la puerta, y detrás de ellos se hallaba Sara con sus regordetas hijas. No me sorprendió cuando comenzaron a cantar; pero yo misma me asomé cuando me vi acompañándoles con la última tonada en boga aquellos días.

*Está llegando el verano
Y canta vivaz el cuclillo
Crecen las semillas, florecen los prados
Y todo el bosque revive con los cantos
¡Canta, cuclillo, canta!*

Al cabo de una hora, los tres músicos, cuyo auditorio se había retirado ya a la cocina, casi habían perdido las energías que recuperaran con el banquete. Ruth se dejó caer en el sillón situado junto a la chimenea, y los muchachos, agradeciendo aún mis obsequios, se acomodaron en los asientos del mirador. Esteban comenzó a bostezar y a dar cabezadas, mientras que Juan, sentado frente a él, le daba de vez en cuando un discreto puntapié para que no se durmiera.

—Venid —dije yo entonces—; encima de las cocinas hay una pequeña estancia donde solía dormir mi hijo. Afirmaba que el salón era demasiado grande, y que en la sala de estar hacía excesivo calor. Os enseñaré dónde está la habitación, mientras Ruth se prepara para acostarse. A ti, Ruth, te prepararemos un lecho junto a esta ventana. Sólo hay que unir los asientos en que se hallan Juan y Esteban, y colocar encima unos cojines. ¿O quizá prefieras —me temo que hice el ofrecimiento con muy poco entusiasmo— compartir mi propio lecho, bajo el dosel?

—Los asientos de la ventana me parecen muy cómodos.

Señalé hacia un armario con grandes herrajes y pinturas en la madera, y añadí:

—No está cerrado con llave. Abre las puertas, y hallarás un camisón, que puedes ponerte mientras yo acompaño a los muchachos a su cuarto.

La estancia de mi hijo era tan pequeña como la capilla de una torre, y sólo poseía una ventana; pero la cama, amplia y con dosel, resultó irresistible para los agotados muchachos.

—¡Es justamente como su lecho! —exclamó Juan.

—Algo más pequeño, pero igual de mullido.

—En casa —agregó Juan— dormía en un banco, contra la pared, compartiendo el cuarto con otros ocho muchachos, hijos de los caballeros de mi padre. Yo tenía el banco de la pared gracias a que mi padre era el dueño

del castillo.

—Y yo dormía sobre la paja —terció Esteban, al tiempo que palpaba el colchón, se tendía sobre él y lanzaba un profundo suspiro de satisfacción—. Esto es tan mullido como el cuerpo de un cachorrillo. ¿De qué está hecho el colchón?

—De plumas de ganso.

—Con los gansos que comimos anoche, podría hacerse un colchón, ¿no es cierto?

—Dos, me parece —corregí yo, mientras sacaba una piel de oso forrada de seda, de un pequeño y desvencijado armario que mi hijo había construido cuando sólo tenía doce años—. Y ahora, me marcho a ver cómo se las arregla Ruth.

No soy una persona reservada, y por consiguiente no voy a negar que al ver a los muchachos allí —Esteban en el lecho, sonriendo con aire adormecido, y Juan aún en pie, pero con manifiestos deseos de acostarse—, casi se me saltaron las lágrimas. Tampoco necesito decir que me sentía muy complacida al ofrecerles la cama de mi hijo, mientras quisieran permanecer en la Mansión de las Rosas.

Pero quizá la emoción no me dejó expresar estos sentimientos, y me limité a decir:

—Dormid tanto como queráis. Sara os hará el desayuno a cualquier hora que os levantéis.

—Sois muy amable, mi señora —manifestó Esteban—. Pero mañana, creo yo, debemos madrugar para proseguir nuestro viaje hacia Londres.

—¡A Londres! —exclamé yo—. ¡Pero si vuestras heridas aún no están curadas!

—En realidad no eran sino magullones, y si no nos vamos ahora que las habéis curado con vuestra magnífica medicina, tal vez nunca nos marchemos de aquí.

—Quizá yo también desee que no os marchéis jamás.

—Pero tened en cuenta, lady María, que debemos luchar para libertar Jerusalén.

—¿Acaso pensáis triunfar donde han fracasado reyes como Federico Barbarroja y Ricardo Corazón de León? ¡Precisamente vosotros, dos

chiquillos sin arma alguna!

—Ya no somos chiquillos —protestó Esteban—. Yo soy un mozo de quince años, y Juan está creciendo como un joven olmo. ¿No es cierto, Juan?

—Sí, es verdad —confirmó el otro, sin demasiado entusiasmo—; pero no veo qué razón hay para que nos marchemos por la mañana.

—También es a causa de Ruth.

—¿Y es Ruth vuestro ángel guardián? —inquirí con ironía que pasó inadvertida para los muchachos.

—Sí, porque nos ha salvado la vida.

—¿Tú crees, Esteban? Bien, dormid ahora. Mañana hablaremos; deseo contaros algo acerca de mi hijo.

Volví a la sala sintiéndome bastante cansada. Ruth ya se había puesto el camisón, y tras colocar los asientos con los cojines encima, estaba acostada y fingía dormir, aunque se olvidaba de aparentar la respiración lenta y profunda del durmiente. Bien, ya hablaría con ella por la mañana. Pero yo estaba segura de una cosa: ella no conduciría a mis muchachos a ninguna cruzada.

Una ráfaga helada me despertó. No era extraño que tras un caluroso día veraniego la noche resultase casi invernal. Me levanté, encendí una vela y saqué edredones para Ruth y para mí. El rostro de la joven parecía flotar entre su cabello dorado. Era como una cabeza decapitada, o de un ahogado.

Pensé en los chicos, tiritando bajo las corrientes de las ventanas sin vidrios. Me había olvidado de correrles las cortinas del dosel. Con mi camisón de noche y mis zapatillas de raso y agudas puntas, como las que usan todas las damas inglesas y que cruelmente oprimen los dedos de los pies, crucé el gran salón y luego la cocina, avanzando de puntillas entre los jergones donde Sara y sus hijos dormían junto al fuego, para subir luego por una escalera de empinados peldaños.

Tras descorrer una cortina de tosca piel, me detuve en el hueco de la puerta de la habitación de mi hijo y miré a los muchachos. Se habían dormido sin apagar siquiera la lámpara que colgaba de una barra, junto al lecho. La piel de oso les cubría hasta la barbilla, y sus cuerpos se encontraban en el centro de la cama, buscando calor.

Me incliné sobre ellos y comencé a extender el edredón. Juan, que estaba más cerca de mí, abrió los ojos, y mientras sonreía, susurró:

—Madre...

—María —propuse yo, sentándome en el borde de la cama.

—Eso es lo que quise decir.

—Siento haberte despertado.

—Yo me alegro, en cambio. Habéis venido a traernos un edredón, ¿no es cierto?

—Sí; procuremos no despertar a tu hermano.

Se ensanchó la sonrisa de Juan; le complacía que yo aceptase a Esteban como su hermano y su igual.

—No creo que se despierte con nuestra conversación, pero si me levantase de la cama lo notaría en seguida. Una vez que se ha dormido, no escucha nada, a menos que sea el ladrido de un sabueso enfermo.

—Entonces, ¿os marcháis mañana?

—Yo no quiero irme, y creo que en el fondo Esteban tampoco lo desea. La idea es de Ruth. Ella le susurraba algo en la sala, cuando vos y yo estábamos hablando. Le alcancé a escuchar eso mismo, que debíamos marchar a Londres. Afirmó que por eso había venido con nosotros y nos había salvado la vida de las mandrágoras.

—¿Por qué no confía ella en mí, Juan?

—Creo que os teme, señora. Por algo que vos podéis averiguar.

—¿Qué puedo yo averiguar? —dije.

Había temor en los ojos de Juan cuando, mirando a Esteban, que continuaba durmiendo, manifestó:

—Creo que Ruth es una mandrágora, aunque se ha hecho pasar por un ser humano.

Me estremecí. Hubiera sospechado varias cosas de ella; que fuese ladrona, aventurera, ramera precoz, portadora de la plaga; pero nada tan terrible como que fuese una mandrágora. Aunque el temor era como un tizón clavado en mi pecho, hablé serenamente, pues no quería juzgarla hasta que Juan me hubiese puesto al corriente de todo. Parecía un chico muy imaginativo, al que asustaba el bosque, y que ahora estaba medio adormecido. Sólo tenía doce años. No obstante, por lo que había visto, podía

considerársele singularmente maduro para su edad. Esteban, a mi entender, era capaz de despertarse por la noche y ponerse a charlar despreocupadamente acerca de las mandrágoras. Pero Juan no era así, y no lo haría sin tener una razón.

—Dime, ¿por qué crees eso, Juan?

Sus palabras se desgranaron como los ochavos caen de una bolsa cortada por un ladrón: rápidas, confusas a veces, y, a pesar de todo, con un fondo de lógica que me hizo compartir sus sospechas. La misteriosa llegada de Ruth a la cueva de los romanos; sus imprecisas respuestas y la afirmación de que lo había olvidado todo; su gran conocimiento del bosque; su emoción y disgusto cuando ellos dos le hablaron de la caza de la mandrágora por los leñadores; y el incomprensible hecho de que les hubiese canjeado por el crucifijo de oro.

—Y las mandrágoras mantuvieron su palabra —añadió Juan—, a pesar de que creían que Esteban y yo habíamos dado muerte a uno de sus pequeños. Era como si nos dejasen marchar para que ella se adueñara de nosotros.

—Lo cierto es que a su manera tienen un profundo sentimiento religioso —declaré—. He visto unas como cruces de piedra alrededor de mi mansión. Tal vez se hayan sentido obligados por su palabra, en efecto. La fe de los salvajes suele ser inquebrantable, bastante más honda que la de algunos de nuestros cruzados, que saquean ciudades y cometen desmanes. Quizá Ruth te contó la verdad acerca del crucifijo.

—Lo sé —respondió él—, lo sé. No está bien que sospeche de ella, cuando siempre ha sido tan cariñosa conmigo. ¡Hasta me llevó fresas, cuando estábamos en el bosque! En cuanto a Esteban, él la venera. Pero yo tenía que contaros todo esto, ¿no creéis? Tal vez la tomaron por un ser humano, cuando era pequeña, y creció en algún poblado. Ahora, quizá alguien entró en sospechas, y Ruth tuvo que huir al bosque, refugiándose en la catacumba donde Esteban y yo la encontramos. Mirad, si estoy en lo cierto...

—En ese caso estamos todos en peligro, sobre todo, tú y Esteban, que habéis convivido con ella. Tendremos que averiguar la verdad, antes de que abandone esta casa.

—¿Os referís a que debemos hacerle una herida? Pero si hace ya tanto tiempo que pasa por un ser humano, la herida tiene que ser profunda.

—No le haremos daño; tan sólo la enfrentaremos con la acusación.

Supongamos que es una mandrágora, y que lo sabía ya cuando os encontré, o se lo dijeron ahora sus semejantes, en el bosque. Tal vez manifestaron con orgullo: «Hermana, ¡qué hermosa has crecido en el poblado!» Pero mañana le pediremos pruebas de su inocencia. Si lo es, se ofrecerá sin vacilar a la prueba del cuchillo. Eso ya será suficiente, pues una verdadera mandrágora rechazaría semejante prueba, y entonces sabremos que es culpable.

—Es como el Juicio de Dios, en los combates, ¿verdad? El Señor condena al culpable; le hostiga la conciencia hasta que pierde la justa. Ahora no será un combate, sino eso, un juicio. Dios hará que Ruth se revele como culpable o inocente.

—Y tú y yo seremos los instrumentos del Señor. Nada más.

—¿Y si ella es culpable?

—Le pediremos que se marche al bosque, a reunirse con su gente.

—Esteban quedará con el corazón destrozado.

—Así salvará su vida, al protegerse de Ruth y del viaje a Londres. Sin su ángel protector, ¿crees que insistirá en seguir adelante con su descabellado plan? No, permanecerá aquí, contigo y conmigo. La Mansión de las Rosas tiene necesidad de buenos muchachos, como vosotros dos.

—¿No le trataréis como a un criado, por el mero hecho de ser villano? Sabed que sus antepasados eran condes sajones, cuando los míos sólo eran piratas vikingos.

—También los míos fueron piratas; y sedientos de sangre, igualmente. Pero no te preocupes, tanto tú como Esteban seréis mis hijos. Tú lo adoptaste; ¿por qué no puedo hacerlo yo?

—¿Sabéis, señora? —manifestó Juan—; siempre os recuerdo tal como os vimos la primera vez, junto a la cerca, con los brazos llenos de rosas.

—¿Es cierto eso, Juan?

—Sí; nunca estuvo más justificado el nombre de una casa: la Mansión de las Rosas.

—Pero yo, como mis rosas, también tengo espinas para proteger a los que amo. Ruth se dará cuenta de ello mañana.

Luego me arrodillé junto a él y rocé su mejilla con mis labios. No era como si le besase por vez primera, sino como si lo estuviese haciendo todas las noches desde... ¿desde hacía cuántos años? Desde que mi hijo se marchó

a Londres y no volvió jamás.

—Estáis llorando —me dijo.

—Es el humo de la lámpara, me irrita los ojos.

Él se colgó de mi cuello, y ya no era un muchacho, sino una criatura a la que casi podía haber amamantado.

—Me gusta vuestro cabello cuando lo lleváis suelto —manifestó—. Es como una aureola que se extendiera hasta vuestros hombros.

Y se quedó dormido en mis brazos.

CAPÍTULO V

Me despertó el estridente gorjeo de los gorriones. Sus inquietos cuerpecillos iban a dar contra las ventanas, y por una vez lamenté que en ellas hubiera cristales. Me hubiese gustado que entrasen en la sala, con su desafinado piar, para que compartieran conmigo la seguridad de aquellos muros. Eran seres diminutos que revoloteaban bajo los rayos del sol ruidosa y valientemente, pero que caían bajo las garras del águila y del halcón que descendían raudos del cielo. Y cuanto más piaban en señal de desafío, tanto más atraían a la muerte.

Pero había otros gorriones a los que podía auxiliar.

Me levanté y vestí sin ayuda alguna. No llamé a las hijas de Sara para que me peinasen, ni para que abrochasen las mangas de mi vestido en las muñecas, o adornasen mis dedos con anillos de jade y turmalina. No quise despertar a Ruth. Temía el momento de la confrontación.

Cubierta desde la punta de los pies hasta la cabeza con el ámbar y el verde de mi gorro, de mi túnica, mis guantes, medias y zapatos, me encaminé hacia el patio y tomé asiento sobre un banco, entre las hierbas aromáticas, entre la fragancia suave del espliego y el agudo olor del estragón, reflexionando en lo que debía preguntar a Ruth.

El sol ya estaba tan alto como la torre de un campanario, cuando unos ruidos que procedían de la sala me indicaron que los muchachos ya se habían despertado y estaban reunidos. Ruth y Esteban bromeaban con Juan y le empujaban, cuando entré en la estancia.

El muchacho sajón parecía estar a sus anchas, con sólo el taparrabo, y Ruth llevaba puesta la túnica verde que se puso para la cena de la noche anterior, aunque iba sin zapatos y sin capa. Estaban diciendo a Juan que debía

seguir el ejemplo de ellos, y ponerse ropas ligeras para marchar al bosque.

—Estás blanco como una oveja, esta mañana —rezongó Esteban—. Necesitas tomar el sol.

Juan, ataviado con su jubón y su capa, parecía tener diez años, en lugar de doce. Sentí compasión por el muchacho. Tendría que aliarse conmigo, en contra de sus amigos. Me devolvió la sonrisa e hizo una ligera inclinación de cabeza, como diciendo: «Debe ser ahora mismo».

Habló Esteban con voz que reflejaba un profundo agradecimiento:

—Lady María —dijo—, tenemos que dejaros y emprender la marcha hacia Londres. Nos habéis proporcionado alimento y techo, y nunca os olvidaremos. En medio de un bosque tenebroso habéis sido nuestro faro. Vuestros regalos, los timbales y el rabel, nos ayudarán a ganarnos el pasaje hasta Tierra Santa.

—Caballeros y abades os arrojarán peniques —repuse—, pero los ladrones os los quitarán. Tardaréis mucho tiempo en ganar para vuestros pasajes.

—Es la única forma en que podemos ir. Y cuando regresemos por este camino, os traeremos un escudo sarraceno para que lo colguéis en la chimenea de vuestro salón.

Entonces besó mi mano con cierta ternura impulsiva y ruda. Un aroma a alcanfor le envolvía desde el baño que tomara el día anterior. Se había peinado el cabello con flequillo sobre la frente, como unos juncos que sobresalieran por encima de sus ojos intensamente azules. Pensé que el trabajo del peine pronto quedaría deslucido, y la aflicción mancharía aquel pelo rubio con sus telarañas, y tal vez con sangre.

—Creo que deberías conocer mejor a tus acompañantes —dije al fin.

Los ojos de Esteban se agrandaron, en gesto de interrogación. La inocencia que expresaban hacía mucho más difícil mi resolución.

—¿Juan? ¡Pero si es mi amigo! Si os referís a que es demasiado joven, tendríais que haberle visto luchar contra las mandrágoras.

—No; hablo de Ruth.

—Ruth es un ángel —declaró con la misma convicción con que uno dice: «Creo en Dios».

—Tú afirmas que es un ángel, ¿verdad, Esteban? Pero, ¿lo es?

Pregúntaselo a ella misma.

El joven se volvió hacia la muchacha, en busca de una confirmación.

—Dijiste que habías venido del cielo, ¿no es eso?

—Sólo dije que no me acordaba —contestó ella, mirando a la alfombra persa atentamente, como si estuviera contando los polígonos o leyendo las extrañas letras que se veían en los bordes.

—Pero aseguraste que recordabas haber caído desde muy alto.

—Se puede caer desde otros lugares, además del cielo.

Juan intervino al fin.

—No obstante, aseguraste que recordabas algunas cosas —dijo con voz que parecía proceder de las hondas cuevas romanas—. Algo relacionado con el bosque; los sitios dónde hallar fresas, cómo tejer un canastillo de juncos, cómo escapar de las mandrágoras.

—Ruth —manifesté yo—; dinos quién eres. Cuéntalo todo. Queremos saberlo.

Ella comenzó a temblar.

—No lo sé, no lo sé... —murmuró.

Yo sentía ya compasión por ella, pero quise que nos revelara la verdad.

Me dirigí hacia el armario con paso lento, aunque resuelto. A pesar de mis suaves zapatillas, pisé el suelo como si estuviera aplastando unos gorgojos que amenazasen mis rosales. Abrí las puertas del mueble, me arrodillé y extraje un puñal sarraceno, cuya empuñadura de marfil estaba engastada con zafiros que adoptaban la forma de una gacela corriendo. La hoja era muy aguda, y en el acero había incrustaciones de plata.

También había acero en mi voz, cuando dije:

—No abandonarás mi casa hasta que nos digas quién eres. Te he aceptado como invitada y como amiga. Ahora tengo motivos para creer que eres peligrosa; para los muchachos, no para mí.

—¿Vais a herirme, lady María?

Y al decir esto se alejó de la luz de la ventana y se colocó en las sombras, junto a la chimenea.

Yo casi esperaba que se convirtiera de pronto en una araña, y huyese a esconderse entre las vigas del techo.

—Voy a pedirte que te sometas a una prueba.

—Entonces, creéis que soy una mandrágora...

—Creo que debes probarnos que no lo eres —respondí, y avancé hacia ella empuñando la daga—. Mi esposo dio muerte al sarraceno que poseía este puñal. Lucharon por él, y mi marido lo hundió en el corazón de su enemigo. Ya ves que su hoja está acostumbrada a la sangre. Sabrá bien lo que debe hacer.

—¡Lady María! —exclamó Esteban, y se interpuso entre nosotras dos como un jabalí iracundo, casi hasta clavarse la hoja en el propio pecho—. ¿Qué estáis diciendo, lady María?

—¡Pregúntaselo! —exclamé—. ¡Pregúntaselo! ¿Por qué tiene miedo del cuchillo? ¡Porque demostraría su culpabilidad!

Esteban me golpeó en la mano, y el puñal cayó al suelo. Me cogió por los hombros y me sacudió con violencia.

—¡Bruja! —exclamó—. ¡Has blasfemado contra un ángel!

La ira me había abandonado; sentía dudas. Me abandoné a sus manos punitivas. En ese momento sólo hubiera querido dormir profundamente.

Juan salió de su marasmo y golpeó a su amigo con los puños, desesperadamente.

—¡Es cierto, es cierto! ¡Tienes que hacer que se marche! —gritó.

Esteban replicó con un empujón tan violento como la sacudida de una ballesta. Olvidé la daga; olvidé a la muchacha. Lo único que vi fue a Juan, cuando golpeó con estruendo contra las puertas del armario, y luego se derrumbó al suelo, retorciéndose y gimiendo. Librándome de las manos de Esteban, corrí hacia el chiquillo y lo tomé en mis brazos.

—No estoy herido —dijo jadeando—; pero Ruth... el puñal...

Vi el destello de luz en la hoja que empuñaba Ruth. Esteban giró sobre sus pies, no ya como un jabalí iracundo, sino como un oso encadenado, hostigado por unos, engañado por otros. ¿Quiénes eran sus amigos, y quiénes sus enemigos? Con gesto salvaje miró al muchacho al que había golpeado y luego a la chica que había defendido. Ruth avanzó hacia mí silenciosamente, con mirada tan fría como los guijarros bajo la helada corriente. Bien hubiera podido estar muerta.

El puñal fulguró entre nosotras dos. Yo alcé las manos, en ademán de defensa, no sólo para protegerme, sino para resguardar a Juan. Ruth asestó el

golpe... contra su propia mano, en la parte carnosa bajo el pulgar. Yo pude oír —sí, lo oí realmente— cómo se desgarraba la carne, y el metal raspaba contra el hueso. La hoja debió de atravesar todos los músculos de la palma, antes de llegar a los huesos. Luego ella retiró el cuchillo, sin un solo grito, con un rápido y violento tirón, como el pescador que arranca el anzuelo. Entonces extendió su mano, para enseñar la herida. La carne estaba separada, mostrando el hueso, y una sangre carmesí, sin el menor vestigio de resina, fluyó llenando el hueco de la herida.

Ruth me sonrió triunfante, pero sin malicia, igual que una niña que se hubiera justificado ante una persona mayor.

—¿Creíste que iba a herirle? —dijo casi en tono jovial; y entonces, viendo la sangre que caía de su mano, enrojeciendo la alfombra, se estremeció y dejó caer el puñal.

Esteban la sujetó y la colocó en el sillón junto al hogar, y luego le oprimió la palma de la mano para cortar la hemorragia.

—Sois una mujer diabólica —me dijo él, mirándome fieramente—. Vuestra belleza es sólo aparente, ya que oculta un corazón mísero.

—No es hora de lanzar denuestos —declaré—. Vuestros dos amigos están heridos.

Miró a Juan, que estaba en mis brazos, y se irguió como si fuera a dejar caer la mano de Ruth para acudir junto al muchacho.

—No, quédate con Ruth —dije, y levantando a Juan le ayudé a cruzar la habitación para depositarlo en el asiento del mirador, cuyos cristales de colores animaron sus pálidas mejillas; yo agregué—: Juan se recuperará pronto. Ruth es la que está peor. Déjame que la atienda, Esteban.

—¡No la toquéis!

Fue la misma Ruth, quien habló diciendo:

—El dolor es muy intenso. ¿Podréis aliviarlo, lady María?

Le apliqué en la herida una tintura de opio y de polvos de pétalos de rosa, y luego le vendé la mano. Juan se levantó de su asiento en la ventana y se colocó detrás de mí, en muda asistencia a Ruth. Al cabo de unos instantes, Esteban dijo a sus amigos, con tono vacilante:

—Perdonadme, los dos. Fue mía la idea de la cruzada, ¿os acordáis? Yo os he metido en esto.

El semblante de Ruth estaba tan blanco como el pergamino frotado con tiza que aguarda la pluma de ave del monje. Su sonrisa era radiante, cuando dijo:

—Sin embargo, Esteban, lady María tuvo razón, en cierto modo. Yo soy tan ángel como puedas serlo tú. O menos aún, quizá, pues tú eres un soñador, y yo os he mentado al comienzo, como lady María ha supuesto. Por eso no obraba abiertamente con ella, porque noté que sospechaba de mí. Mi nombre no es Ruth, sino Magdalena, y no vine del cielo, sino del castillo del Jabalí situado a una legua del vuestro. Mi padre era un noble de nacimiento, hermano de Felipe el Jabalí. Pero odiaba la vida del caballero: las cacerías, los festines, las justas, y también las cruzadas que se emprendían sin la bendición de Dios. Un día abandonó el castillo de su hermano para irse a Chichester, donde vivió dedicado al estudio en un cuarto que alquiló sobre el local de una carnicería. Se ganó la vida copiando manuscritos y leyendo el mensaje de las estrellas. Él fue quien me enseñó lenguas: inglés, normando, francés y latín, y también me enseñó, como si yo fuese un muchacho, a conocer el firmamento, el mar y los bosques. Igualmente me instruyó sobre el modo de comer en la mesa y otros aspectos de la educación, y cómo tañer el rabel. «Algún día —acostumbraba a decirme— te casarás con un caballero, con un noble cortés, si es que aún existen, y tendrás que hablarle sobre asuntos que interesan a los hombres, mientras le deleitas con algunas cosas propias de mujeres. Entonces quizá no se marche a una cruzada descabellada, como hacen muchos maridos, sólo porque sus esposas son unas necias». Me educó esmeradamente, y yo crecí más pobre que un galés. Cuando murió de la plaga, el año pasado, me dejó peniques, en lugar de libras y sin otro pariente que Felipe el Jabalí, mi tío, el cuál despreciaba a mi padre y sólo me acogió en su castillo porque me llevó hasta allí un abad de Chichester.

»Pero el Jabalí había enviudado hacía poco, y le gustaban demasiado las mujeres. No tardé en advertir que le agradaba. Debo de haber crecido bastante, en los últimos tiempos. Me llevó a cazar con los halcones y elogió mis conocimientos del bosque. Tomé asiento junto a él en los banquetes, bebí de su cerveza, me reí de sus chistes groseros y estuve a punto de olvidar el latín. Pero una vez, después de una fiesta, me siguió hasta la capilla y me hizo proposiciones inconfesables. ¡Mi propio tío! Le golpeé con un

candelabro, y nadie me detuvo cuando abandoné el castillo. ¿Adónde podía ir? Me dirigí a Chichester; tal vez el abad quisiera darme refugio.

»Cuando pasaba ante el castillo de tu padre, Juan, oí a un jinete detrás de mí. Fui a esconderme tras los matorrales, cuando me precipité por unas escaleras hasta una lóbrega cueva. Como veis, tuve una caída, aunque no fue del Cielo. Exhausta y llena de miedo, me quedé dormida allí mismo, para despertarme cuando Esteban afirmaba que yo era un ángel, y hablaba de Londres y de la Tierra Santa. ¡Londres! ¿Acaso no era mejor que Chichester, para mí? Además, estaría más lejos de mi tío. Por eso os dejé creer que yo era un ángel, porque estaba cansada de los hombres y de sus mezquinos sentimientos. Había oído hablar de tu fama, con las muchachas, Esteban, pero después de haberte conocido, cambié de opinión. No eras el mozo que relataban las habladorías, sino un muchacho afectuoso y digno de confianza. Mas ya no podía decir que había mentido, pues hubiera perdido vuestro respeto.

»En cuanto al crucifijo que encontrasteis en mis manos, se lo quité a mi tío. Él me debía algo, pensé yo. Le oí decir que valía el rescate de un caballero. Proyecté venderlo y comprar una tienda de costura, para casarme luego con un hombre noble y cariñoso. Cuando lo cambié por vosotros a las mandrágoras, ocurrió tal como yo os había dicho. Mantuvieron su promesa en honor a su fe. Como veis, fueron mucho más honradas de lo que yo había sido.

Esteban se hallaba muy callado y quieto; le sabía parco en palabras, pero no en ademanes o en gestos. Quise interrumpir el silencio con frases amables y disculpas. Sin embargo, Ruth estaba mirando a Esteban; era ella quien debía hablar.

—Ahora soy para ti como cualquier otra moza de cocina —dijo con infinita tristeza—. Debí haberte dicho la verdad, para que obras como creyeras conveniente. En cambio, ya no me queda nada.

El sajón pensó durante un buen rato, antes de hablar, y cuando lo hizo, sus palabras no reflejaban acusación alguna.

—Creo que en el fondo yo tampoco te consideraba un ángel —declaró—. No podía concebir que mereciese la ayuda de un guardián del cielo. Además, me inspirabas los sentimientos de una chica de carne y hueso. Sin embargo,

quería tener un motivo para huir; una excusa y una esperanza. Me faltó valor. Para un siervo es algo muy grave el abandonar a su amo. El padre de Juan me hubiese matado, o cortado las manos o los pies. Por eso me mentí a mí mismo: ¡Había venido un ángel para guiarme! De modo que los dos hemos sido poco honrados, Ruth... es decir, Magdalena.

—Ruth, mejor. Es el nombre que me diste.

—Sí, Ruth; y aún podemos ir a Londres, sin que haya mentiras entre nosotros.

Volvía a expresarse con ademanes. Cogió a la muchacha por los hombros, con la deferencia de un hermano, y mirando a Juan primero, y luego a mí, agregó:

—No obstante, lady María, ha sido cruel que buscarais la verdad de ese modo.

—Nunca había pensado tocar a Ruth —intervino Juan—, sino tan sólo probarla. Lo que yo conté a lady María le hizo entrar en sospechas.

—Juan, Juan... —dijo Ruth, acercándose al muchacho y colocándole su mano vendada en el hombro—. Sé que nunca me has tenido simpatía. Algo sospechaste desde el principio, y pensabas que yo quería a tu amigo. Estabas en lo cierto, y no lo cambiaría por Robin Hood, aunque éste volviera a ser joven y reinase de nuevo en el bosque. Pero tampoco te he querido mal. Eras su hermano adoptivo. ¿Cómo hubiera podido amarle a él, sin amarte también a ti? Tuve deseos de decir: «No temas perder a Esteban por mi culpa. A ti te ha querido primero, y si yo consigo una parte de su corazón, no será la misma que a ti te pertenece. ¿No comprendes, Juan, que el corazón humano tiene tantos rincones como las catacumbas de los primeros cristianos?» Sin embargo, no dije nada, pues así habría demostrado ser una muchacha, en lugar de un ángel.

—¿Vienes con nosotros, Juan? —preguntó Esteban, con aire vacilante—. No pretendí hacerte daño. Fue como cuando te pegué por haber pisado uno de los cachorros. Pero entonces me perdonaste.

—Ahora ya no hay ninguna razón para que os marchéis —declaré yo.

—Y tampoco la hay para que permanezcamos aquí.

—¿Iréis a una cruzada sin un ángel guardián que os proteja?

—Nos iremos a Londres, y después, ¿quién sabe? Tal vez a Venecia, Bagdad, ¡incluso a Catay! Quizá sólo quería yo correr mundo, y no rescatar Jerusalén.

Entonces aprisionó los hombros de Juan con sus grandes manos y agregó:

—Vienes con nosotros, ¿verdad, hermano?

—No, Esteban —respondió Juan—. Lady María me necesita.

—También te necesita Esteban —terció Ruth.

—Pero Esteban es fuerte. De poco le ha servido Juan, si no fue para que le protegiese —declaré.

—Algún día, Juan —añadió Ruth—, comprenderás que el necesitar a una persona es el mejor regalo que se le puede hacer.

—Yo os necesito a todos vosotros —dije—. Quedaos aquí y ayudadme. Dejad también que os ayude. Londres causó la muerte de mi hijo. Es una ciudad dejada de la mano de Dios.

Esteban movió negativamente la cabeza y repuso:

—Tenemos que marcharnos; al menos Ruth y yo. El Jabalí podría saber que estamos aquí. Ella le hirió en su orgullo más que en la cabeza, y además le quitó el crucifijo.

—Yo me quedo aquí —dijo Juan.

Les preparé unas provisiones para el camino, procurando que no les faltase tocino ahumado ni cerveza; les entregué el puñal árabe para que lo utilizaran contra los ladrones, si se hacía necesario, o para que lo vendiesen en Londres, y luego colgué de sus hombros el rabel y los timbales.

—Debéis ganáros la vida en Londres —manifesté cuando Esteban quiso dejar los instrumentos a Juan.

Me dirigí con Esteban y Ruth hasta la puerta de la cerca y les di instrucciones para que encontrasen la carretera:

—Caminad una milla hacia el Este, hasta llegar al castaño que tiene en el tronco un agujero como un ventanal...

Pero Esteban miraba por encima del hombro, buscando a Juan.

—Se ha quedado en la sala —le dije—. Te quiere demasiado, para

despedirse.

—No, demasiado poco. ¿Por qué se queda en realidad con vos, señora?

—El mundo es un lugar muy duro, Esteban. Más aún que el bosque, donde al menos se encuentran oasis como la Mansión de las Rosas.

¿Cómo iba a hacerle comprender que Dios me había enviado a Juan a cambio del hijo que yo había perdido?

—Yo sería su oasis —declaró Esteban, con el fuerte cuerpo estremecido de dolor.

—No te preocupes, volveremos a por él. Esteban —terció Ruth, y añadió dirigiéndose a mí—: Mi señora, os agradecemos de corazón vuestra hospitalidad.

Y a continuación hizo una reverencia y me besó la mano con insospechado afecto.

—Quiera el Señor que un ángel verdadero os proteja —contesté yo.

A continuación se encaminaron hacia el bosque, tan orgullosos y erguidos como vikingos, a pesar de su carga y sus heridas. No derramaron más lágrimas, ni echaron una sola mirada atrás. ¡Más allá de la espesura estaba Londres, Bagdad, Catay!

Entonces advertí entre el follaje, el extraño rostro, como una luna llena sobre el fondo oscuro de las enredaderas retorcidas.

—¡Ruth, Esteban! —grité—. ¡Os están vigilando!

Pero aquel ser no estaba mirando a los dos jóvenes. Ella me observaba a mí. La había visto varias veces en el bosque. Algo así como curiosidad, o más bien temor, la distinguía del resto gris y anónimo de la tribu. Quizá era ella quien había dejado aquellas efigies en los terrenos de mi propiedad, como amuletos para ahuyentar al diablo. Nunca hizo un gesto amenazador, y cuando en una ocasión avancé rápidamente hacia ella, se esfumó entre la hiedra como un velo de neblina bajo los rayos del sol. Ahora me detuve y la contemplé con una mezcla de vergüenza y timidez.

Volví a adelantarme hacia donde estaba, empujada por un impulso que era superior a mis temores.

—No voy a hacerte daño —le dije, llena de miedo, pensando que sus amigos podían salir de pronto de entre los árboles y apoderarse de mí antes de que pudiera gritar pidiendo auxilio—. No voy a hacerte daño; sólo quiero

hablarte.

El fuerte olor a plantas que trascendía de ella inundó mis fosas nasales. Siempre había pensado que la rosa y la mandrágora representaban la antítesis del bosque: la gracia y la perversidad. Al mirarla de cerca por vez primera, me pareció como un árbol retorcido y maltratado por los temporales, como un ser natural totalmente ajeno al concepto humano de la belleza y la fealdad.

Extrayendo palabras arcaicas del recuerdo de mis lecturas de obras antiguas, le dije suavemente:

—Dime, ¿por qué observas mi mansión? ¿Hay algo en ella que es de tu agrado? ¿Las hierbas aromáticas, quizá?

—No..., las hierbas no —repuso ella, vacilante.

—¿El qué, entonces? Ya sé, las rosas, ¿verdad? Puedes coger las que quieras.

—No... un retoño.

—¿Un retoño? ¿*En mi casa?*

Ella se arrodilló, se apoderó de mis manos y las besó con inusitada ternura.

—Sí, este retoño... —musitó.

Me llevé las manos a los oídos como si hubiera escuchado el alarido de una mandrágora en la noche. Era yo quien había gritado. Después huí, huí enloquecida...

Tenía los ojos cerrados, y su cabeza descansaba sobre un cojín bordado. Se incorporó cuando me oyó entrar en la estancia.

—¿Ya se han marchado?

—¿Cómo? ¿Qué has dicho, Juan?

—¿Se han marchado ya Esteban y Ruth?

—Sí...

—Estáis pálida, lady María —dijo él, acercándose—. No os apenéis por mí; yo quise quedarme.

—Creo que debieras marcharte con tus amigos —declaré lentamente—. Me pidieron que te dijera eso.

—Pero si habíamos dicho que me quedaba para protegeros; para ser

vuestro hijo —declaró él, con sorpresa—. Vos dijisteis...

—En realidad era a Esteban a quien quería. Tú eres demasiado pequeño. Esteban es ya un joven, y le hubiera enseñado a ser un señor y un buen caballero. Pero ahora se ha marchado, ¿y para qué necesito un débil chiquillo de doce años a mi lado?

—Yo no pido que me queráis como a Esteban...

Coloqué mis manos sobre sus hombros delgados, pero de duros músculos en los que ya bullía una fuerza varonil que desmentía mis palabras.

—¡Ve a reunirse con él! —exclamé—. ¡Hazlo ahora, o le perderás para siempre!

Su semblante estaba intensamente pálido, cuando susurró:

—Lady María, creo que os entiendo. Vos me queréis, ¿verdad? Por eso me dejáis marchar. Así que me queréis...

Dejé caer mis manos de sus hombros. No debía tocarle. No debía besarle.

—Así..., así... —murmuré.

Más allá del seto, se volvió hacia mí y agitó una mano, sonriendo. Luego echó a correr para alcanzar a sus amigos. Antes ya de que llegara al límite del bosque, Esteban salió de entre los árboles.

—¡Te esperaba! —exclamó Esteban—. ¡Sabía que vendrías!

Los muchachos se abrazaron con tanta algarabía de risas y estrépito de timbales que el ruido debió de llegar hasta la ciudad de Londres. Luego, cogidos del brazo con Ruth en medio, se internaron en la espesura.

*Está llegando el verano,
Y canta vivaz el cuclillo...*

También yo me dirigí hacia el bosque. Durante largo tiempo permanecí inmóvil, contemplando aquellos objetos, aquella especie de amuleto de piedra dejados por las mandrágoras, que eran como un baluarte entre los enormes y añosos robles, y parecían destinados a ahuyentar a cualquier ser maligno, fuera demonio, grifo, lobo u hombre, que pudiera amenazar mi casa.

Mis rodillas se hundieron entre el musgo y sentí dolor cuando

descansaron en la piedra. Mis labios estaban resecos, con la plegaria. Seguí allí, aguardando...

No volví la cabeza cuando noté el intenso olor de plantas que ella exhalaba; me limité a decir:

—¿Te gustaría vivir conmigo, en la Mansión de las Rosas?

Su grito fue humano, como de angustia hija del éxtasis. Igual que el de un mártir cristiano al que hubieran dicho: ¿Quieres ver el Santo Cáliz?

—¿Para serviros? —preguntó.

—Para ayudarme, tú y tus amigos. Para que compartáis la casa conmigo.

Incliné la cabeza bajo los dedos tímidos y vacilantes que soltaron mis trenzas como se extiende el fino brocado para admirar su tejido y la delicadeza de sus dibujos.

—Retoño... —musitó—. Hermosa como una Virgen...

¿Qué había dicho Juan, poco tiempo antes?: «Me gusta vuestro cabello, cuando lo lleváis suelto. Es como una aureola que se extendiera hasta vuestros hombros...»

Las rosas y yo tenemos eso en común: se nos juzga demasiado benévolamente por la suavidad de nuestros pétalos.

—Y ahora debo irme —dije—. Los que están en la mansión tal vez no os acojan con agrado. Primero tengo que pedirles que se marchen. Es por el bien de ellos... y por el vuestro. Mañana me reuniré aquí con vosotros, y os llevaré a mi casa.

La tierra, madre de las rosas, tiene muchos retoños.

AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar mi gratitud por el eficaz auxilio que me han brindado las obras *A History of Everyday Things in England: 1066-1499*, de Marjorie y C. H. B. Quennell, y *The Crusades*, de Henry Treece. Los cantares citados en mi narración son versiones modernizadas de poemas anónimos pertenecientes a la antigua lírica inglesa.

EL PRIMER POSTULADO

Gerald Jonas

¿Qué dimensiones adquiriría el eterno enfrentamiento ciencia-religión en un mundo en que la muerte hubiera sido o estuviera a punto de ser definitivamente abolida? ¿Qué alteraciones sufriría el delicado equilibrio entre Eros y Tanatos?

Instinto de conservación frente a instinto de la muerte. Postulados frente a tabúes. He aquí, en esquema, el planteamiento de este inquietante relato.

17 de julio.

Querida Annie:

Probablemente no debería escribirte estas líneas. De todos modos no creo que las dejen pasar, y si Otto llega a descubrir esta carta, es imposible predecir cuál puede ser su reacción. La isla ha estado totalmente aislada durante una semana. Ignoro lo que te habrán dicho o lo que le dirían a la gente, pero ten la seguridad de que todo lo que hayan contado es mentira. Parece que aquí nadie quiere enfrentarse con los hechos, exceptuando quizá a Díaz. Cada vez se ve con más claridad que la reacción de Otto es la de un intransigente ordenancista. Esta mañana ha dispuesto una especie de inspección militar en las cabañas de la playa adonde nos trasladamos al día siguiente del incendio. (En realidad no son sino unas cuantas chozas desperdigadas en una escondida caleta que, andando, está a pocos minutos de donde estaba el hotel.) Otto nos hizo alinear en la blanca arena, frente a los alojamientos, lo más uniformados que fue posible. Esto tenía sus dificultades, pues algunos perdimos en el fuego casi todo lo que poseíamos, y hasta que no nos manden nuevos uniformes blancos, más parecemos una banda de *chicleros* que un Cuerpo de Investigación Médica. No parecía que Otto estuviese muy satisfecho. Estuvimos en pie y con un sol que abrasaba mientras él examinaba todo lo que nos quedaba. Dijo que era una precaución contra las cucarachas. (Díaz asegura que las cucarachas de la isla fueron exterminadas hace veinticinco años, pero Otto demuestra que tiene sus dudas. Como es lógico, todos sabemos a lo que él teme.)

No me explico por qué seguimos obedeciendo a Otto. ¿Tal vez por costumbre? ¿Quizá por temor? Y no soy el único que piensa que nuestro jefe

puede estar hondamente afectado por la tensión del momento. Lo cierto es que los médicos que ocupan puestos administrativos en la Organización Mundial de la Salud no siempre son dignos de crédito. Al doctor Stewart, a quien yo supuse que le habría acongojado la pérdida del inestimable instrumental de laboratorio, no parece que le haya afectado mucho. Consiguió salvar algunos objetos y los llevó a lo que queda de lo que era el sótano del hotel. Ahora espera que llegue el nuevo equipo que, según él, le ha prometido el cirujano general, por lo que, por lo menos aparentemente, se le ve más satisfecho que antes. Es el miembro más veterano de nuestra misión (edad alcanzada, 102 años), y sólo anoche le oí que hablaba muy excitado con uno de sus ayudantes sobre la oportunidad que se presenta «una vez en la vida». Por lo que sé de Stewart, dudo que su ironía fuera intencionada.

Éste es nuestro decimoquinto día en la isla. Los nativos —pescadores y trabajadores del *cocal*, que viven aquí— nos han abandonado por completo desde la noche del incendio. En realidad nos tratan como a parias, como a leprosos, si aún recuerdas algo del viejo mundo. Es como sufrir una cuarentena dentro de otra cuarentena. Afortunadamente la isla es bastante grande y quedamos apartados del centro, en el extremo nordeste, además de los casi cuatro kilómetros de poblado *monte* que nos separan de la principal ciudad, de Santa Teresa. Mientras los lanzamientos aéreos de suministros que nos envía la ONU no se interrumpen, creo que no habrá problema alguno en cuanto al agua y la comida...

Annie, voy a infringir el reglamento y te revelaré algunos detalles de lo que sucedió antes de que saliésemos de Nueva York. El punto principal del Convenio establece que todo informe sobre «muerte natural» debe investigarse, sin importar la fuente, lo que significa que al menos media docena de expediciones como la nuestra se llevan a cabo todos los años, y siempre con el resultado de encontrar una falsa alarma después de otra.

En la mayoría de los casos una nueva autopsia demuestra que los funcionarios médicos no han podido curar una intoxicación accidental o un trauma con asfixia, y entonces el pánico se apodera de ellos. Por razones fáciles de comprender, las autoridades civiles quieren que mantengamos en lo posible el secreto, pero desde el punto de vista médico esto no es más que pura rutina.

Mi nombre encabezaba justamente la lista de guardia en la Sección Iso cuando llegó el primer *SOS* desde esta minúscula isla frente a la costa de Yucatán. Como ya te he dicho, nadie se alteró demasiado, pero actuamos con rapidez. Se creía seguro que estaríamos de regreso veinticuatro horas después. Nuestro helicóptero descendió en el extremo norte de la isla Caracoles a las diez y cuarto de la mañana, hora local. Al mediodía se extendió por todo nuestro grupo, como un rayo láser, el rumor de que al menos dos muertes habían sido confirmadas como «no accidentales». No se trataba, pues, de una falsa alarma, y por vez primera en casi cuarenta años algo había fallado respecto a la inmunidad.

Mi reacción inmediata (y hasta me duele decírtelo, Annie) no fue de miedo, y ni siquiera sentí curiosidad, sino una especie de frío gozo, ya que si la isotopía desempeñaba algún papel en los diagnósticos, sabía que se me nombraría en los informes finales, lo que seguramente llamaría la atención de personalidades influyentes en los círculos gubernativos más importantes. ¿No te parece terriblemente inhumano todo esto, Ann? Nunca le hemos dedicado muchos comentarios, pero tú y yo sabemos que las oportunidades que tenemos de conseguir un certificado familiar son casi nulas, a menos que yo pueda ascender a una Comisión de Segunda Clase el año que viene o poco después, y he concebido algunas esperanzas de hacerme una reputación en la investigación pura, pues en las demás actividades son tantos los adscritos que resulta difícil hallar un campo adecuado o contribuir en algo nuevo. Creo que debí haber nacido a comienzos del siglo XX, viviendo mi propia vida antes de la Congelación. Claro que sólo habría deseado eso de haber estado tú conmigo, amor mío. Claro que en ese caso sólo habríamos vivido juntos unos pocos años, mientras que ahora, cuando te digo que te amaré siempre...

Cuando aterrizaron los helicópteros de carga empezamos a trasladar nuestro pesado equipo a las habitaciones vacías del primero y el segundo piso del viejo hotel para turistas, adonde hace muchos años que no había ninguno, naturalmente, pero el Gobierno mexicano mantenía un grupo completo de personal nativo, por lo que el hotel no estaba totalmente en ruinas. Esterilizamos en seguida el edificio de arriba abajo, e hicimos que trajeran los dos cadáveres desde el pequeño dispensario de Santa Teresa.

Otto convocó una reunión a las once de la noche en el grande y redondo

salón de baile de la planta baja. En total éramos cuarenta y seis, y contando también al doctor Miguel Díaz Ramírez, el funcionario médico local, un hombre de aspecto juvenil (E. A. 57 años), de rostro blanco y pequeño bigote. Procedía de Veracruz y lo había destinado a la isla su Gobierno para un período de diez años. Fue Díaz quien descubrió a los dos fallecidos de muerte natural en una choza del extremo sur de la isla, al pie de un cerro que los nativos llaman Monte Itzá.

A los cadáveres, atados en un lecho protético de ruedas, los llevaron al salón de baile y los colocaron en un estrado que había en el centro. Otto, Díaz y el doctor Stewart se sentaron en el estrado y los demás abrimos unas sillas plegables y nos sentamos formando un desigual semicírculo a su alrededor. El ambiente pareció que estimulase la vena dramática de Otto, quien se acercó hasta el borde de la plataforma, dirigió una mirada a los muertos como si estuvieran en una tumba y luego, lenta y deliberadamente, miró como si quisiera abarcar toda la escena. Cuando habló, había un raro temblor en su voz, por lo común tan firme y segura.

Primero nos dio las gracias por la eficaz labor de equipo que habíamos realizado hasta entonces, y agregó que tendríamos que superarnos en los difíciles días que se avecinaban. Luego respiró hondamente y dijo: «La mayoría de ustedes sabrán, sin duda, que el diagnóstico inicial hecho por nuestro colega, el doctor Díaz Ramírez, lo han confirmado los doctores Stewart, Rappell, Chiang y el que les habla. Parece que no hay ninguna duda de que nos hallamos ante dos casos interrelacionados de trauma microorgánico. Por alguna circunstancia que habrá que determinar, la Inmunidad Polsaker de estos hombres ha fallado —en apariencia no hubo reversión de la incipiente degeneración de los tejidos—, y los dos sujetos sucumbieron por efectos de lo que parece —y debo señalar que la conclusión está pendiente de una autopsia mucho más completa— algo muy similar a lo que se conocía como “pulmonía atípica” o “vírica”.» Otto hizo una pausa, a fin de observar el efecto de sus sensacionales palabras en el auditorio. Entonces a alguno se le escapó la risa, y como fue mal reprimida se oyó perfectamente.

Siguió un silencio impresionante. Otto enrojeció de ira, y todos miramos indignados a su alrededor para ver quién había sido el de la risa. Pero lo

cierto, Annie, es que tuvo que ser alguno de nosotros. Habíamos estado trabajando todo el día en medio de una tremenda tensión, sin la menor idea de lo que teníamos entre manos; corrieron rumores sobre ciertas hipotéticas mutaciones de un raro parásito tropical..., y Otto nos hablaba de una pulmonía por virus, una enfermedad que ya no figura en ningún texto de Medicina. Según la Teoría de la Inmunidad Permanente, hay tantas probabilidades de que una persona contraiga hoy ese tipo de dolencia como de que sea atropellada en la calle o muera de «vejez».

Durante el breve momento de silencio que reinó antes de que Otto pudiera recuperar el dominio de la situación, eché una mirada a los demás ocupantes del estrado. Quería ver cómo se tomaban la cosa los doctores Stewart y Díaz. Stewart tenía el gesto preocupado de costumbre, y dudo de que se enterase siquiera de la interrupción. Su mirada estaba clavada en un punto del techo, justamente sobre la cabeza de Otto. Díaz, en cambio, miraba directamente a los dos cadáveres con una de las sonrisas más extrañas que puedo recordar. Daba la impresión de un hombre que hubiera apostado toda su fortuna a que el mundo se terminaría al día siguiente y al que le acabaran de informar que había ganado.

He podido conocer a Díaz bastante bien desde aquel momento, pero entonces para mí sólo era un extraño en una isla de extraños, y en los días siguientes estuve excesivamente ocupado, pues una vez debidamente organizados tendríamos que hacer un centenar de gráficos en los Isógrafos. Además, las otras secciones seguían enviándonos material. Todos trabajábamos de diecisiete a veinte horas diarias. Los únicos que tenían posibilidades de explorar un poco la isla eran los veterinarios, cuya misión consistía en reunir una muestra de la fauna de la isla: jabalíes, venados, iguanas, diversas serpientes y pájaros de la selva, peces de las aguas cercanas y el gasterópodo gigante, que da a la isla su nombre, así como una selección apropiada de los animales domésticos menores del lugar. Los veterinarios informaron que la ciudad de Santa Teresa es bastante antigua, que sus habitantes son reservados, pero no hostiles, y que el resultado de las primeras investigaciones es negativo: la fauna de la isla Caracoles parecía totalmente normal en todos los aspectos.

Habíamos reservado los dos pisos superiores del hotel para viviendas, y

yo conseguí una gran estancia que hacía esquina en el último piso, con vistas a toda la zona «turística»: cabañas deshabitadas, dos piscinas vacías, canchas de tenis cuidadas, pero sin redes, un helipuerto, decorativos cocoteros, y todo, viendo su suelo, parecía que lo hubiesen levantado sobre una plataforma de arena lo más blanca y brillante que pueda uno imaginar, y de un lado a otro senderos, cuya gravilla eran conchas trituradas. Donde terminaba la arena, había una caleta de aguas limpiísimas cruzada por un primitivo puente de madera. Al otro lado de la pequeña ensenada, comenzaba la falda verde oscura del Monte Itzá. Cada mañana los nativos izaban la bandera verde, blanca y roja de la República de México en un asta que había delante del hotel. Otto les dijo que debajo de la insignia nacional izaran la banderola amarilla de la Organización Mundial de la Salud, con las letras rojas que enunciaban el Primer Postulado de Polsaker: «La muerte es una enfermedad curable».

Mis contactos con los isleños durante esa época se limitaron a una superficial mirada de la criadita que arreglaba mi habitación, a una desmayada sonrisa del soñoliento conserje, y a un breve intercambio de palabras con el único camarero, a quien le gustaba practicar su rudimentario inglés. La mayor parte de los nativos hablan una jerga que no hay quien la entienda, una mezcla de castellano incorrecto y de la antigua lengua maya que han logrado conservar a través de los siglos. Según Díaz, estas gentes se enorgullecen de su «pura» sangre india y aseguran que son descendientes de los mayas que construyeron las ciudades de piedra que aún hay en las selvas de Centroamérica y que abandonaron sin motivo aparente antes de que llegasen los españoles. Lo más notable es que estos indios tienen una asombrosa semejanza con las figuritas precolombinas de arcilla que hay en los museos indígenas.

Pero en otros aspectos resultó que la isla estaba a la altura del siglo XXI. Pudimos confirmar, a través de todas las fuentes disponibles, que los dos hermanos difuntos que estudiábamos, Manuel y María Canche, tenían 61 años él y 59 ella, y habían sido inmunizados el 12 de junio de 1980 en una clínica provisional de Santa Teresa. Significaba que esos dos habitantes de la isla Caracoles fueron unos de los pocos miles de seres que primero recibieron la inyección inmunizadora, fuera de Estados Unidos y de la Unión Soviética.

La razón de esta casi increíble buena suerte se debía, según explicó el doctor Díaz, a que el Gobierno mexicano había llevado a cabo sus propias e ilegales experiencias (como hicieron la mayor parte de los gobiernos, a pesar de los términos del Convenio), y luego buscaron lugares alejados, como Yucatán, para realizar las primeras pruebas en seres humanos. Estas pruebas consistían habitualmente en infecciones provocadas en sujetos inmunizados de todas las enfermedades, desde el cáncer hasta el resfriado común. A veces, y en nombre de la ciencia, también se procedía a infectar un grupo que no había recibido inmunización de ninguna clase. De todos modos, resultó evidente que los Canche, los dos difuntos, habían quedado protegidos por la vacuna Polsaker durante casi cuarenta años, y según nuestros conocimientos, la inmunidad debía hacerse más intensa con el correr del tiempo, conforme se realizaba un ajuste entre el huésped y el elemento infrabacteriano.

Dos días más tarde, Otto convocó una nueva reunión en la sala de baile del hotel, y leyeron sus informes los jefes de todas las secciones: Neuro, Radio, Iso, Orto, etc. Ya habían entregado antes sus conclusiones por escrito, y se facilitaron copias a todos los miembros de la Misión, pero Otto quería asegurarse de que estábamos al corriente de lo que acontecía. Todos los que intervenían terminaban la lectura abundando casi en el mismo punto: «Se trata de un caso clásico de pulmonía vírica, sin complicaciones».

Al final, Otto se levantó para hacer un resumen. (En realidad era una prerrogativa de Stewart, como médico de más categoría, pero generalmente solía ceder a Otto ese honor.) Otto se aclaró la garganta y miró a uno y otro lado del salón, fijándose en las irregulares filas de sillas plegables, como si las estuviese contando. Aunque no sirviera más que para eso, su postura nos permitió admirar su hermoso perfil; tenía cerca de cincuenta años cuando recibió las inyecciones inmunizantes, sometiéndose, además, a las operaciones estéticas más frívolas —nariz, mentón, cuello, cintura...—, y ahora parece que tenga poco más de veinte años. Y su voz, desde luego, es la obra maestra de la ciencia de un insigne laringólogo. Empezó diciéndonos que habían desaparecido todas las dudas sobre la causa de las dos muertes y que había llegado el momento en que íbamos a tener que enfrentarnos con las consecuencias de nuestro hallazgo. Sólo había dos posibilidades que se debían considerar: o el virus era de una cepa con fuerte poder mutante, tan

diferente de todas las demás que la inmunización no podía nada contra ella (en cuyo caso no hubiera reaccionado de modo tan normal a los procedimientos de laboratorio), o bien, el elemento inmunizador había «muerto», dejando a los huéspedes totalmente desprotegidos (lo que estaba en contradicción con la Teoría de la Inmunidad Permanente). En cualquier caso, afirmó Otto, no había más alternativa que volver a examinar todo lo que sabíamos acerca de la inmunidad. Tendríamos que proceder, con fines prácticos, como si nunca hubiéramos oído hablar de los Cinco Postulados de Polsaker. Seguidamente pidió que le hiciéramos las preguntas que creyésemos convenientes.

Un rumor de protesta se había ido alzando por el salón antes de que Otto terminase de hablar. Poco después la mitad de los miembros de la misión estaba en pie, solicitando intervenir. Todos discutían entre sí, y algunos agitaban papeles y gritaban para atraer la atención. Otto trató de restablecer el orden, pero dos de los presentes, jefes de sección, uno y otro, se negaron a sentarse, diciendo y repitiendo que Otto había interpretado erróneamente sus informes. ¡Sí, ellos habían dicho esto y lo otro, pero nunca habrían afirmado ni eso ni aquello!

Bueno, es cierto que yo soy el último que defendería a Otto, pero en este caso se veía claramente que le estaban atacando porque había llegado a unas conclusiones que ellos mismos no tenían el valor de admitir. No sé cuánto tiempo habría durado la discusión, pero cuando el doctor Stewart se puso en pie y levantó una mano para reclamar atención, todos se callaron en seguida, tanto por la sorpresa de verle pedir la palabra como por el respeto que imponía su reputación. Creo que le recordarás, Annie, pues habló en la ceremonia de mi graduación. Tenía cerca de sesenta y dos años cuando recibió las inyecciones, y con su largo pelo blanco y los gruesos cristales de las gafas que todavía lleva, se parece más que nadie, que yo recuerde, a la figura del clásico científico anterior al tratamiento Polsaker, si exceptuamos al mismo Polsaker.

Su voz era más débil y trémula que la de Otto, pero lo que dijo resultó perfectamente claro: «Señores —afirmó—, lo cierto es que nunca hemos sabido demasiado acerca de la inmunidad, aparte de que da buenos resultados. Mientras todo marchó bien, pudimos entretenernos con teorías,

postulados y otros ejercicios académicos, pero ahora nos encontramos con una brecha en nuestra defensa, y espero que no será necesario recordarles que está en juego algo bastante más importante que nuestras teorías».

Stewart volvió a sentarse, en medio del más absoluto silencio. Daba la impresión de que iba a terminarse en aquel instante la reunión, pero Otto volvió a tomar la palabra, y dijo que aún había un asunto del que se debía tratar: el alcalde de Santa Teresa le había pedido permiso para hablar ante los reunidos, y estaba esperando afuera, en la antesala. No había forma de eludirle sin cometer una grave incorrección y demostrar que algo marchaba mal.

El alcalde entró en el salón, y Díaz le acompañó hasta el estrado, al que subieron por la escalerilla. Era un hombre muy pequeño, de apenas metro y medio de estatura, brazos largos, grandes ojos oscuros y las hondas arrugas que normalmente surcaban el rostro de los pescadores anteriores a la Perpetuación. Llevaba un arrugado traje blanco, zapatos también blancos, camisa deportiva del mismo color con el cuello abierto, y debajo del brazo derecho tenía un sombrero de paja de ala ancha. Al ver aquella reunión de «profesores» pareció que se desconcertaba, y miró hacia donde estaba Díaz, como si pidiese auxilio. Díaz se le acercó y le dijo algo al oído; el hombrecillo afirmó con la cabeza y luego levantó las manos como si solicitase la indulgencia de los presentes. Inmediatamente empezó una apasionada arenga que duró cerca de veinte minutos, sin una pausa. La mayoría de los integrantes de la misión conocían bastante bien el castellano, pero el alcalde hablaba con tanta rapidez y con una pronunciación tan rara que tuvo la impresión de que nadie había entendido nada. Efectivamente, no le habían entendido. Vi que Otto se revolvía en su asiento, pensando seguramente que Stewart le consideraría el culpable de lo que tardaban en volver a los laboratorios. Al fin, el alcalde se quedó sin aliento. Antes de que pudiera soltar un segundo discursito le acompañaron hasta la puerta y le hicieron salir, despidiéndolo con muchas sonrisas y muchos apretones de mano. Previamente Otto le dijo algunas palabras que Díaz le repitió en el dialecto local. Fuese lo que fuese, el caso es que pareció que el hombrecillo se iba satisfecho, y volvió a estrechar más manos antes de desaparecer.

A continuación, Díaz tomó la palabra para explicar lo ocurrido. Según

había creído comprender, los habitantes de Santa Teresa estaban ofendidos porque la misión de científicos no había demostrado el debido respeto a las costumbres locales. Nadie sabía cómo empezó la cosa, pero el alcalde se creía obligado a advertirnos que los vecinos de la isla podían negarse a colaborar en el futuro si no veían pruebas evidentes de nuestra buena fe. Su petición era muy sencilla: querían que, con objeto de enterrarles debidamente, se les devolviese el cuerpo de sus muertos. Inmediatamente.

Díaz informó que la isla estuvo a punto, dos años antes, de inclinarse por una «restauración religiosa» que promovió un sacerdote recién llegado de tierra firme, un fanático perteneciente a la secta de los llamados «mayanistas» y que en los últimos tiempos había adquirido influencia en Mérida, la capital de Yucatán. El movimiento florecía combinando un catolicismo romano simplista con extraños agregados del culto de la «edad de oro» maya. Los nuevos creyentes se caracterizaban por su fuerte xenofobia, y no sólo contra los gringos, sino también contra los mexicanos de pura ascendencia española, aseguró Díaz, como lo era él mismo, y contra todo lo que no tuviera un pasado maya. Díaz agregó que en los últimos meses le habían creado muchas dificultades en su trabajo, por lo que recomendaba que se les tratara con la mayor precaución. «No se puede saber de qué son capaces estos indios chiflados cuando les impulsa el fanatismo.»

Lo cierto es, Annie, que hace unas horas estaba hablando con el doctor Díaz acerca de la pasada entrevista, y me dijo que tenía el presentimiento de que podía producirse un desastre; por eso trataba de hacernos ver el peligro que se corría. Estábamos sentados a la puerta de su cabaña, en la playa, a primeras horas de la noche. Comíamos nuestras raciones de la ONU, amenizadas con una botella de tequila que él había conseguido. Desde que se produjo el incendio, Díaz es el único que ha mantenido contacto con los isleños, o al menos con unos pocos de sus antiguos pacientes, quienes le están agradecidos. (Sus dos enfermeras, dos chicas del lugar que estudiaron en Mérida, desaparecieron la noche del fuego, y Díaz no ha logrado saber si se fueron voluntariamente o si las raptaron; ni siquiera sabe si viven.)

Desde donde estábamos, en la playa, yo alcanzaba a ver el pico del Monte Itzá, al otro lado de la bahía, pues la isla Caracoles se curva como una luna en cuarto creciente, con la concavidad hacia tierra, de punta a punta y en línea

recta, la isla no pasa de ocho kilómetros. Díaz me dijo que el sacerdote, el padre Chacuán, había instalado una capilla secreta en la falda del monte, pocos meses antes de llegar nosotros. Aunque aparentemente dedicada a Nuestra Señora de las Angustias, Díaz me aseguró que en el templo se realizaban las ceremonias híbridas que prefería el sacerdote, y algo había cuando el benévolo arzobispo de Mérida convino en que era un culto demasiado «mayanista». Según los rumores, la capilla la habían construido junto a las ruinas de un antiguo templo de piedra dedicado originalmente a Ixchell, la diosa maya de la fecundidad. Hubo una época en que toda la isla estuvo consagrada a Ixchell, me dijo Díaz, y las mujeres embarazadas cruzaban el peligroso estrecho en unas frágiles piraguas para recibir la bendición de la deidad.

Ahora, mientras se iba poniendo el sol, veíamos cómo se encendía una luz casi en la cima del monte. Desde que ocurrió el incendio hemos visto esa luz destacándose bajo el cielo. «Están celebrando el triunfo de la superstición», dijo Díaz, y arrojó la botella vacía a las aguas fosforescentes, mientras maldecía en español. Seguramente no te he dicho que Díaz lleva ocho años trabajando en la isla, y que un pariente que tiene en el Gobierno nacional le ha asegurado (supongo que esto se consigue más fácilmente en México) que cuando terminen su labor aquí, él y su mujer conseguirán un certificado familiar, ¡para tener un hijo, nada menos!

«Esto es el Purgatorio —me dijo Díaz con amargura, mientras miraba cómo la botella se balanceaba sobre el agua—. Me veo sentenciado a diez años de penitencia en este ignorado rincón del mundo, a fin de tener un hijo y heredero. Y justamente cuando empiezo a entrever el final, llega ese sacerdote y comienza a predicar contra el control de natalidad; un sacerdote, comprenda usted, que ha jurado respetar los términos del Convenio. Y no se limita a predicar una doctrina, sino que exhorta a la gente a que quebranten las leyes. Yo mismo le he oído decir a sus feligreses que sus antepasados, cuando una mujer moría en el parto, la enterraban con los mismos honores que se reservaban para los héroes caídos en la batalla. Muchas mujeres quedaron luego encintas, y cuando vinieron a consultarme y les dije que sus niños no podrían nacer —no me quedaba más remedio, según los términos del Convenio—, me escupieron a la cara y me llamaron asesino de criaturas.

Se negaron a dejarse esterilizar y huyeron al monte, y la policía local aseguró más tarde que no las había podido encontrar.

»Desde entonces, el sacerdote proclama que yo soy peor que el rey Herodes, y me he visto obligado a enviar a mi mujer a nuestra casa, pues no sé de qué son capaces estas gentes, además de que mis superiores se niegan a tomar en serio mis advertencias. Ahora mi esposa está en nuestro hogar de Veracruz, con sus gatos, sus pájaros, sus peces y sus tortugas; y todos los días compra algún animalejo nuevo, y me escribe contándomelo, precisando los días que faltan para que yo regrese y me concedan el certificado “con la ayuda de Dios”, como ella dice.»

Díaz entornó los párpados, como si sintiera un dolor insoportable, y terminó diciendo: «Y ahora le abre las cartas algún condenado entrometido de Punta Seca, y sólo Dios sabe lo que le estarán contestando en mi nombre...»

Las estrellas empezaban a aparecer sobre el mar Caribe. Díaz había bebido demasiado, y después de un momento comenzó a decir no sé qué tonterías sobre fugarse. Aseguró que tenía un buen amigo en un pueblecito de pescadores que hay al otro lado de la isla, y que estaba seguro de que podría conseguir una lancha. También dijo que conocía bastante las aguas del canal de Yucatán para llegar a algún lugar deshabitado de la costa de Quintana Roo. Yo le dije que se olvidara del asunto. A primeras horas de la tarde, Otto recibió unas instrucciones por radio de una base provisional de la ONU, establecida en Punta Seca, ordenándonos a todos que permaneciésemos en la isla y cumpliésemos con nuestro deber. Exactamente dijeron: «Esperamos que todo el mundo cumpla con su deber.» Entretanto, el estrecho está patrullado por los *hovercraft*, por helicópteros y reactores de la ONU, con órdenes de hacer regresar a quienquiera que pretenda abandonar la isla. También deben destruir las embarcaciones que traten de zafarse de la cuarentena. No tenemos otra alternativa, Annie; debemos quedarnos en esta isla hasta que descubramos lo que ha fallado en la inmunización. Pero a ellos no les preocupa mucho lo que pueda ocurrirnos en el peor de los casos, si fracasamos. Temen que también nosotros nos contagiemos y que al volver propaguemos una epidemia de funestas consecuencias. Estoy seguro de que si no podemos resolver el asunto y no curamos la enfermedad, esperarán que el

virus pulmonar nos elimine a todos, y luego harán desaparecer la isla. Ya tenemos noticias de que otros dos nativos están enfermos. Uno de los pescadores a los que Díaz curó después de estallarles un cañón lanzaarpones, vino a nuestro campamento y le dijo a Díaz que el sacerdote había prohibido a sus feligreses que pidieron ayuda médica, amenazándolos con no darles más la comunión.

Otto está totalmente seguro de que los isleños cederán en cuanto vean que se ponen enfermos, pero Díaz opina que no será así. Dice que están demasiado asustados, que temen al sacerdote y no serán capaces de desobedecerle. Yo creo lo mismo que él. No puedes imaginar cómo es ese cura, Annie. Más alto que el término medio de los indios de la isla, su piel es de un color rojo ladrillo, lleva la cabeza afeitada y tiene una nariz muy larga y ganchuda. Sus grandes ojos oscuros bizcan. (Díaz me dijo que los ojos bizcos eran un signo de belleza entre los antiguos mayas, que incluso provocaban el bizcar haciendo bailar una pelotita pendiente de una cuerda delante de la nariz de los niños.)

He visto por primera vez al sacerdote, precisamente hace una semana, o sea, tres días después de que el alcalde nos pidiera la devolución de los cadáveres. Otto sorteó al alcalde hablándole de los períodos de incubación y de la necesidad de efectuar una descontaminación posterior. Lo que no le dijo es que los cuerpos se sometían a una segunda autopsia y que al final no quedaría casi nada para poder enterrar. Pareció que el alcalde se quedó satisfecho con la explicación, y Otto se alegró pensando que podrá mantenerle apartado hasta que hayamos terminado nuestro trabajo.

Más tarde se presentó un enviado del sacerdote en el hotel, anunciando que el padre Chacuan quería entrevistarse con nuestro jefe, en el término de una hora exactamente y en el pequeño puente de madera que une la zona turística con el resto de la isla. Eran ya cerca de las once de la mañana y el sol caía como una llama, por lo que Otto sugirió que estarían más cómodos en su despacho, pues tiene aire acondicionado. El enviado se limitó a repetir sus instrucciones palabra por palabra, y esperó una respuesta afirmativa o negativa. No era posible negarse, pues Díaz había informado del extraordinario ascendiente que el cura tenía sobre sus fieles. Pero a Otto no le seducía la idea de entrevistarse con un personaje nativo en el lugar elegido

por éste y con tanta precipitación. Para compensar algo la desventaja, Otto decidió llevar con él una impresionante «delegación oficial», pues entonces podría hablar y actuar como jefe y portavoz a un tiempo. Otto me llamó a su oficina y me preguntó si me prestaría voluntariamente a integrar el grupo de doce «emisarios adjuntos» que le acompañarían. Serían unos emisarios «sin derecho a opinar», agregó con su insinuante sonrisa. Yo creo que supone que a los nativos les ha de impresionar mi talla y mi pelo rubio.

Pocos minutos antes de mediodía nos reunimos en la entrada del hotel — éramos trece, comprendido Díaz—, con nuestro mejor uniforme blanco y cascos contra el sol, y cogimos el camino del puente. Hacía mucho calor, y el mismo Díaz se quejó. No se veían señales de vida en ninguna parte; ni pájaros, ni lagartos, ni arañas, ni cangrejos; ni siquiera soplaba un poco de brisa; sólo el sol reverberaba sobre la arena y en las blancas conchas de los moluscos. Todos llevábamos gafas oscuras, menos Otto, el cual seguía la indicación de uno de los empleados del hotel, pues los isleños consideraban las gafas como una muestra de debilidad.

Pareció que llegábamos temprano, pues ni en el puente ni cerca de él, vimos a nadie. Otto miró su reloj y vio que eran las doce menos un minuto. «Sabe lo que hace —dijo Díaz, refiriéndose al cura—. Quiere que sudemos bien.» Y sudamos de verdad, pues el sol nos achicharraba, sintiéndonos ridículos con nuestro rígido uniforme blanco, mirando hacia la tentadora sombra de la espesura que veíamos un poco más allá de la orilla contraria. En la margen del río que corría a nuestros pies no había ningún árbol.

Tuvimos que esperar media hora aproximadamente. El único ruido, exceptuando el crujir de las conchas trituradas que pisábamos, era el zumbido de las chicharras, que parecían una gigantesca computadora resolviendo algún intrincado problema matemático en la lejana espesura. Luego vimos moverse los arbustos de la otra orilla, y después apareció una figura solitaria que avanzó rápidamente hasta el centro mismo del puente, donde se detuvo.

El hombre llevaba una sotana negra que le bajaba hasta los zapatos. Sólo una leve franja blanca se destacaba por debajo del cuello negro del hábito. No se cubría con nada la afeitada cabeza, y del cuello le colgaba una delgada cadena de oro con algo que pendía de ella por debajo del pecho. No sé bien qué era, pero puedo asegurar que no era un crucifijo. Todos le miramos, y él

a nosotros. Por fin, cuando se comprendió que el sacerdote no avanzaría un paso más, Otto se dispuso a cruzar el puente mientras levantaba la mano derecha en un inconfundible ademán de amistad. Pero antes de que pusiera el pie en el primer travesaño, el padre Chacuan dio un salto desde el puente, con un revuelo de hábitos negros, y fue a caer justamente delante de nuestro desconcertado jefe. El cura hizo caso omiso de la mano que le tendía Otto, y Otto se vio obligado a bajarla. No puedo relatar lo impresionante que resultó esta pequeña pantomima. Era evidente que la espesura de la otra orilla estaba plagada de fieles del sacerdote, y que él actuaba como su representante. Se me ocurrió pensar que cualquiera que fuese capaz de superar a Otto en su capacidad histriónica, era alguien al que habría que tener muy en cuenta.

Los dos parlamentarios se encontraban a sólo unos pasos de donde yo estaba, por lo que conseguí oír casi todo el diálogo. El cura habló en un inglés muy bueno, casi sin el menor acento. Recuerdo con precisión sus primeras palabras: «Hemos venido a recuperar a nuestros hermanos perdidos». Y lo dijo sin preámbulos, sin cortesía alguna.

Otto se limitó a sonreír, y después le endilgó al sacerdote el mismo disco que al alcalde, sobre las posibilidades de extender la contaminación si se entregaban los cuerpos prematuramente. Luego aseguró a Chacuan que en cuanto hubiera un margen de seguridad, la misión haría todo lo que estuviera en su mano para colaborar con las autoridades locales respecto al asunto, etc., etc.

El cura escuchó durante unos minutos con expresión impasible; luego movió negativamente la cabeza y dijo sin que se le alterase la voz y con acento casi fúnebre, que los «muertos» debían ser entregados por la tarde, a las seis en punto. De lo contrario, aseguró, no respondía de la actitud que adoptase su gente. Otto trató de contestar algo, pero el sacerdote le volvió la espalda, cruzó de nuevo el puente y desapareció entre la maleza de la otra orilla. «Creo que se ha acabado la conferencia», dijo uno de los nuestros, y los demás nos reíamos nerviosamente.

Ya de vuelta en el hotel hubo una reunión de emergencia, y decidimos (es decir, decidió Otto) que no había peligro alguno en ignorar el ultimátum del cura. El doctor Stewart, al que habían llamado de su laboratorio apareció evidentemente irritado por la interrupción, dijo que estaba totalmente de

acuerdo con Otto y, después de excusarse, se fue por donde había venido.

Díaz opinó que era mejor enviar a alguien para que tratase de entrevistarse en privado con el cura, pero Otto repuso que sólo representaría una inútil pérdida de tiempo. Afirmó haberse puesto en comunicación con la OMS, en su sección de Mérida, donde le dijeron que estaban impacientes por conocer los resultados de las investigaciones. «Dentro de unos días hablaremos con él —afirmó Otto—, cuando se haya dado cuenta de que no nos intimida. Creo que entonces le encontraremos más razonable.» Díaz no dijo nada, y la posible entrevista se aplazó para más adelante.

Pasé el resto de la tarde en el Laboratorio Iso, donde habíamos estado trabajando con el indicio más prometedor de que disponíamos hasta aquel momento, basado en que los mayas poseían el metabolismo más bajo de entre todas las razas puras del mundo, lo cual demostraba que... Bueno, esto no hace al caso, ya que los resultados de la primera serie de pruebas fueron todos negativos. Hacia las cinco de la tarde nos hallábamos donde habíamos empezado, y todos estábamos demasiado cansados y desanimados para proseguir con algo nuevo, de modo que cerramos la sección por aquel día. Yo subí a mi habitación y traté de descansar un poco antes de la cena, pero no pude dormir. Estuve acostado en la cama con los ojos abiertos pensando en ti. No creo necesario decirte lo que estaba pensando, ¿verdad, Annie? Supongo que aún tenemos la posibilidad de obtener un certificado, y te aseguro que siento deseos de intentarlo para otros cinco años, si tú también lo quieres, aunque no me opondré si decides no renovar el contrato en noviembre. La esperanza de que puedas decir que sí hace que me aferre con todas mis fuerzas a la más remota posibilidad de salir entero de esta isla.

Ni siquiera me había dado cuenta de que ya eran más de las seis cuando oí la voz grabada del intercomunicador que anunciaba la hora de la cena. En el reloj del comedor eran las siete y cuarto cuando ocupé mi puesto habitual en la mesa. No vi a Díaz en el comedor, y me pregunté si habría convencido a Otto para que le permitiera intentar una nueva entrevista con el sacerdote. Después de la comida tomé una segunda taza de café (tan malo era que habría dado un mes de sueldo por un sorbo de auténtico café) y luego me fui a la playa, paseando hasta que encontré un lugar apacible debajo de un gran cocotero, no lejos de las cabañas abandonadas.

Era una noche húmeda, de cielo nublado, y se divisaba un fulgor rojizo, hacia el Sur, donde está el centro de la isla. Se me ocurrió que el cura estaría celebrando una especie de servicio religioso al aire libre. Aún me sentía muy cansado por el trabajo de la tarde; tenía la impresión de estar enormemente lejos de ti, y me preocupaba lo que podrían prolongarse las investigaciones si el cura ordenaba a sus fieles que no colaborasen con nosotros. Estaba dudando entre volver a mi cuarto para escribirte o irme al laboratorio para redactar mi informe sobre los ensayos negativos cuando vi que alguien se deslizaba desde los árboles que había a cierta distancia, en la playa, y avanzaba hacia donde yo estaba. Había suficiente luz para reconocer a aquel hombre. Era Díaz. Como ya te he dicho, entonces no tenía con él una especial amistad; le saludé con la mano, pues parecía que no me había visto, y cuando estuvo más cerca le pregunté si salía a dar un paseo.

Se detuvo y me miró cautamente desde cierta distancia, y cuando me reconoció se acercó y me dijo: «He estado en Santa Teresa». Le pregunté si algo marchaba mal y repuso que el cura estaba celebrando una misa de difuntos en la catedral. Toda la ciudad se había congregado allí; el templo era insuficiente para contener a los fieles, que llenaban también la plaza mayor. El fulgor rojizo que yo había observado en el cielo procedía de las antorchas que llevaba la gente. Díaz me dijo que el interior del templo estaba totalmente revestido de colgaduras negras, y en el lugar del altar habían colocado dos ataúdes, también cubiertos de telas negras y con un gran cirio al pie de cada féretro, los cuales estaban abiertos y vacíos. «Nunca había visto un servicio religioso de esa clase —aseguró el médico nativo—. Todo lo que han dicho ha sido en maya, no he comprendido ni la mitad de las palabras, pero por lo que he podido escuchar...» Su voz se convirtió en un murmullo, y yo le pregunté: «¿Qué decían? Dígalo.» «Creo que les ofrecía la absolución eterna si venían aquí y se apoderaban por la fuerza de los cadáveres.»

Volvimos rápidamente al hotel, en busca de Otto, al que encontramos en su despacho. Díaz repitió exactamente lo que me había dicho, y agregó que, aunque no estaba seguro, creía que aquellas gentes estaban proyectando hacer algo aquella misma noche. Sugirió que se colocase un par de hombres con radios en el puente de madera. Otto movió negativamente la cabeza y repuso: «Me temo que no soy capaz de tomarme en serio a su melodramático

sacerdote. Eso de los centinelas me parece demasiado, ¿no cree usted, doctor?» En ese preciso momento el aerófono de su escritorio emitió un zumbido. Era uno de los ayudantes administrativos, el cual informó que todo el personal de servicio había abandonado el trabajo: los cocineros, las mujeres de la limpieza, los camareros, los porteros, todo el mundo. Otto no se inmutó, lo que consigno en su favor. «Probablemente han ido a la ciudad para asistir a la ceremonia —dijo—. Bueno, no les vamos a privar de una tarde de asueto.» Luego indicó a su ayudante que las tareas esenciales se distribuyeran entre el personal de la Misión, y le pidió que a las siete y media de la mañana le dijera si los isleños habían regresado. A Díaz le dijo: «Si ese cura retiene a nuestra gente mañana, tendremos que tener otra entrevista con él. Pero estoy seguro de que no será necesario, ya lo verán».

Salimos los dos del despacho. Díaz avanzó por el pasillo sin disimular la irritación que le producía el que hubiesen desestimado su advertencia. Lo sentí un poco por él, pero pensé que Otto tenía razón. Era inconcebible que unos nativos se interpusieran en las tareas de una Misión de investigación médica, sobre todo, cuando sus propias vidas se hallaban en peligro. Díaz había vivido demasiado en aquella isla: eso era todo.

Pero me quedé inquieto después de la entrevista, y en lugar de subir a mi habitación decidí volver al laboratorio y terminar de mecanografiar mi informe. El trabajo me llevó más tiempo del que yo esperaba, y ya era bastante tarde (pasaba de media noche) cuando cerré con llave el laboratorio y atravesé el vestíbulo del hotel para tomar el ascensor. Uno de los ayudantes de Otto, un neuroanestesista, al que conocía superficialmente, estaba sentado ante el escritorio de la entrada, repasando un montón de fichas de investigaciones. Me dijo que se ofreció voluntario para la primera guardia, como «vigilante nocturno», mientras durase la huelga, ya que solía dedicar tres o cuatro horas a su trabajo por las noches, y podía hacerlo allí lo mismo que en el laboratorio. Le pregunté cuánto tiempo creía que duraría la huelga, y después de reírse contestó: «Hasta que no estén bebidos».

El ascensor subió chirriando los cuatro pisos. Desde la ventana de mi cuarto veía el cielo, todavía nublado, y el fulgor rojizo que parecía aún más intenso hacia el Sur. Me dije que aquello no hacía sino confirmar la teoría de Otto: el servicio fúnebre probablemente se había convertido en una bulliciosa

fiesta.

No sé el tiempo que dormí, pero debió de ser mucho, pues recuerdo que me pareció que salía de un largo y desagradable sueño con la vaga sensación de que algo andaba mal. Al no oír nada en el dormitorio comprendí que el aparato de aire acondicionado se había parado. Me levanté de la cama y fui a la ventana para ver si funcionaba mal. Pensé que la avería era interior, y por otra parte el cacharro tendría por lo bajo unos veinticinco años. Por fortuna el hotel tenía antiguos ventanales que se abrían sobre el balcón de cemento. Los goznes estaban oxidados debido al mucho tiempo que no funcionaban y los corrompía el aire salino, pero pude abrir después de un breve forcejeo. Entró una leve brisa, y me apoyé en la balaustrada para gozar mejor del aire vivificante. El cielo aún estaba teñido de un vivo color rojo hacia el sur, pero me dio la impresión de que el tono más intenso parecía haberse trasladado hacia el extremo de la isla.

Luego oí algo que parecieron gritos lejanos, y después de un minuto distinguí una serie de puntos luminosos que fluctuaban aquí y allá entre la espesura del monte. Conforme se fueron acercando a la caleta por algún sendero desconocido, traté de contarlos, pero renuncié porque eran demasiados. Seguí observando hasta que varios indígenas salieron de entre los matorrales, junto al puente, y avanzaron hacia la caleta, reflejándose las luces de las antorchas en el agua de la orilla. Sólo entonces me puse apresuradamente los pantalones y salí corriendo al pasillo. Evidentemente, yo era el único que había visto la horda que se aproximaba. Los que se alojaban en el hotel debían de estar dormidos. Corrí al ascensor y apreté nerviosamente el botón de llamada. No se oyó nada y lo apreté varias veces, tratando de oír el ruido de su viejo motor al ponerse en movimiento. Nada.

Me pregunté si se trataría de un mal sueño, pero en seguida reaccioné y bajé las escaleras saltando tres y cuatro peldaños a la vez. Cuando llegué al último descansillo, vi que el vestíbulo del hotel estaba oscuro. El médico que hacía de vigilante, junto con otros dos hombres, se hallaba de pie ante la puerta de cristal. Por encima de sus cabezas vi una fila interminable de antorchas que desaparecían a lo lejos, hacia el puente. Alguien (no fui yo, Annie) pulsó el botón de alarma contra incendios, y debió de funcionar por medio de una batería propia, ya que el ruido pronto resonó por todo el

edificio. Los que integraban la Misión llegaron corriendo al vestíbulo, unos en pijama y otros con toallas anudadas a la cintura. Algunos gritaban: «¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!» También se oían otros gritos: «¡Calma, conserven la calma!»

Afuera se veía claramente a los que se acercaban con las antorchas. A la cabeza de la fila, sin antorcha, pero iluminado por el fulgor de las que le seguían, aparecía la inconfundible figura del sacerdote con su larga sotana. En la cabeza llevaba un extraño casco de cuya parte frontal, justo sobre los ojos, apuntaba hacia arriba una larga flecha dorada. Muchos de nosotros nos apiñábamos en las puertas, y oí a Otto gritando que le dejaran pasar. En seguida él y Díaz estuvieron a mi lado. Díaz señaló al casco del sacerdote, y dijo algo a Otto, sin que yo oyese más que estas palabras: «Dios del Trueno».

La larga fila estaba ya muy cerca de nosotros. Parecía como si la formaran todos los habitantes de Santa Teresa, sin excluir mujeres y niños, y unos y otros llevaban antorchas, menos el cura. Era una pared humana que pronto estuvo ante el hotel, de la que se destacó el sacerdote. De nuevo tuve que reconocer los méritos de Otto; podía ser lo que fuere, pero no era ciertamente cobarde. Abrió de par en par las puertas y sin vacilar salió a la terraza de la entrada. Vi que Díaz daba un paso adelante, como para seguirle, pero luego cambió de parecer y dejó que la puerta volviera a cerrarse, aunque la entreabrió en seguida para poder oír.

El encuentro fue breve. Siguió un absoluto silencio cuando el sacerdote levantó la mano derecha. Luego dijo tres palabras en español y con voz firme: «¡Dennos los muertos!» Vi que Otto se apretaba las manos al pecho, como si rezara; luego dio un paso hacia el cura con los brazos abiertos y le dijo en un castellano claro y preciso: «Amigos, debéis creerme cuando os digo que me pedís un imposible. Nuestro único propósito es el de descubrir la causa del terrible agente que se ha llevado la vida de dos de vuestros hermanos y protegeros a vosotros contra el mismo peligro. Es en interés vuestro, por vuestra propia seguridad por lo que nos hemos visto obligados a someter sus cuerpos a una investigación científica...»

El cura alzó de nuevo un brazo, pero ahora tenía el puño cerrado. «No nos interesan las seguridades que nos prometen —repuso—. Todo lo que ha pasado estaba previsto, y lo previsto tendrá que ocurrir. Yo predico la

Imitación de Cristo y las Antiguas Formas. Jesús murió en la Cruz y Chac lloró lágrimas amargas. Debemos seguirles al Valle de la Muerte, donde crecen las Orquídeas de la Redención. No hay otra solución.» Claramente se veía que no era a Otto a quien le dirigía la palabra, sino a sí mismo, y a sus seguidores. El casco dorado brillaba a la luz de las teas, y entonces vi que no era una flecha lo que sobresalía, sino una figura que representaba una serpiente en actitud de ataque. Antes de que Otto pudiera hablar de nuevo, alguien de entre la multitud gritó: «¡Dennos los muertos!» y todos los demás lo repitieron como si fuesen un fúnebre coro. No estoy seguro de si el cura lo había planeado así, pero lo cierto es que en cuanto empezaron, creo que ni el mismo Chacuan habría conseguido hacerles callar. El gentío siguió repitiendo la frase una y otra vez, mientras su sacerdote, con las manos cruzadas sobre el pecho, miraba hacia el rojizo cielo, como si esperase instrucciones.

Seguidamente, uno de la multitud, quizá obedeciendo a una señal del cura, que en ese caso yo no advertí, arrojó a la terraza una antorcha que no alcanzó a Otto por pocos centímetros. La tea dio contra los cristales de la puerta. Yo estaba al lado, y por un impulso, más instintivo que reflexivo abrí la puerta y le pegué una patada a la antorcha, alejándola de la entrada, en el mismo instante en que Otto corría hacia dentro del hotel, sin que le hubiesen podido agredir. Pero antes de que cerrásemos la puerta un diluvio de teas cayó sobre la terraza, y una de las teas rodó hasta el vestíbulo. Un segundo después se encendía uno de los cortinajes. El antiguo mecanismo de expulsión de agua contra incendios funcionó un momento, pero en seguida se averió. Poco después el vestíbulo del hotel era una hoguera...

No te explicaré el resto de la escena, Annie. Algunos conseguimos salir por las ventanas o por las puertas de la parte trasera del edificio, cerca del cual hay un talud que domina los inmediatos arrecifes de la costa. Allí, escondidos entre las rocas, estuvimos unas horas que nos parecieron siglos. Amanecía ya cuando las llamas empezaron a ceder, pero seguíamos oyendo a los que quedaban de la turba, gritando y bailando frente a las ruinas del viejo hotel. Yo tenía las ropas destrozadas y algunas quemaduras en el cuerpo. Después no sé muy bien lo que ocurrió, pues sospecho que llegué a perder la noción de lo que me rodeaba, pero creo que cuando salió el sol dejaron de gritar. Sin embargo, no tardaron mucho en rugir otra vez, sólo que ahora no

gritaban «¡Dennos los muertos, dennos los muertos!», sino «¡Dennos la muerte, dennos la muerte!» Díaz, que casi se mató al huir, me confirmó luego que era eso lo que decían.

Después del incendio hemos tenido otra entrevista con el cura, pero ahora llegó al puente con diez de sus feligreses, todos vestidos de negro y con aquellos cascos de la serpiente en actitud de ataque. Otto trató de impresionarles diciéndoles que podían morir si no colaboraban con nosotros, pero el cura se echó a reír, como si le hablaran de algo que él ya sabía. Luego repuso: «Es preferible morir como hombres que vivir como ratas de laboratorio». Sus fieles corearon sus palabras con murmullos de aprobación.

Sólo hemos quedado con vida veintidós. Otto insiste en que todavía podemos terminar nuestra misión si nos mantenemos unidos, pero no sé cuánto tiempo podremos resistir, aun cuando la ONU siga proporcionándonos desde el aire alimentos y demás suministros. Tememos que el virus pulmonar se extienda por toda la isla, y que incluso llegue a contagiar el local donde nos hemos recluso. Algunos de los nuestros ya han notado síntomas alarmantes (ligera fiebre, escalofríos, dolor de garganta, disnea), si bien cabe la esperanza de atribuirlos a una reacción psicósomática. Díaz considera que es inútil tratar de seguir adelante sin nuestras notas, sin material, sin los «muertos», siquiera. Pero aun cuando la ONU nos lanzase un nuevo equipo para levantar un pequeño hospital y reconstruir los laboratorios, estoy seguro de que los nativos volverían para incendiarlo todo, y quizá nos matasen a los que quedamos. Y lo más horrible es que probablemente no seríamos capaces de defendernos, Díaz asegura que estos isleños han aprendido a aceptar otra vez la idea de la muerte (la muerte como sacrificio, como liberación), y por eso se consideran facultados para matar. Pero nosotros no podemos hacerlo, ni siquiera en defensa propia, porque la vida del hombre tiene para nosotros un valor infinito. Todas las enseñanzas recibidas en los últimos cuarenta años nos han educado contra la violencia, ante la cual carecemos de defensas. Según afirma Díaz, la ONU no intervendrá, aunque los isleños intenten matarnos. Siguiendo el mismo razonamiento, considera que tenemos una posibilidad de escapar al bloqueo, pues, aunque nos descubran no cree que sean capaces de disparar contra nosotros.

No sé qué pensar, Annie. Según ciertos rumores, permitirán que algunos

voluntarios sean lanzados sobre nuestro encierro. Uno de los ayudantes de Otto dice que la radio habla de negociaciones. Pero lo cierto es que todo aquel que venga deberá quedarse con nosotros hasta que se haya aclarado el misterio. No puedo imaginar que nadie se aventure a correr ese riesgo. Según otro rumor, el mismo Polsaker vendrá desde Suiza para tratar de restablecer la situación anterior, pero yo no lo creo. Lo único cierto es que estamos atrapados en esta isla como una especie de cultivo virulento dentro de un frasco sellado, que somos un elemento peligroso, en suma.

Díaz tiene su propia teoría sobre lo que ha pasado. Me la explicó anoche, cuando estábamos terminando una botella de tequila. Afirma que el mundo se convulsionó cuando Polsaker dio con la inmunidad. De pronto cambiaron todas las reglas del juego. O más bien, nos dimos cuenta por vez primera de la partida que estábamos jugando. Los hombres mortales, los que sabían que, por mucho cuidado que se tuviera, las enfermedades o la muerte «por causas naturales» acabarían con ellos, estaban libres de intentar todo lo que quisieran, de correr peligros que hoy parecen propios de un criminal o de un loco, de marcharse a cualquier punto lejano de la Tierra, de jugarse la vida por el placer de hacerlo, de ir a la guerra y morir por defender unos principios, por conquistar la fama, por codicia y hasta por aburrimiento. Luego se nos ha proporcionado la inmunidad, la tentadora perspectiva de una vida sin límites, de un mundo sin fin, y respondimos instintivamente con la Perpetuación. Si la muerte era un accidente que podía evitarse, ¿quién no iba a querer librarse de ella?

Pero, según Díaz, iba a producirse una reacción opuesta, ¿y dónde podía comenzar ese movimiento mejor que en México, donde la gente siempre ha venerado a la muerte? No quiere decir que estén ansiosos por perder la vida, sino algo diferente. Díaz considera que la Inmunidad ha colocado una abrumadora carga sobre nuestros hombros. «Hemos destruido el destino — afirma—. Por eso los indios tratan desesperadamente de detener nuestras investigaciones. Quieren que la decisión vuelva de nuevo a nuestras manos.»

Díaz es partidario de huir esta noche. No le preocupa llevar fuera de la isla el virus pulmonar. Asegura que son muchos en el mundo los que esperan que algo o alguien acabe con esta situación. Tal vez tenga razón. La gente solía hablar de «morir bien». Ésa era la prueba suprema del hombre. Annie,

te repito que no sé qué voy a hacer. Aunque pudiera huir de esta isla, nunca podría volver a ti sabiendo que hay una mínima probabilidad de contagio, y tampoco sabemos lo que dura el período de incubación de la dolencia. Por otra parte, siempre existe la posibilidad de que los doctores Stewart o Polsaker, o cualquier otro, puedan realizar un milagro. Eso si los isleños nos dejan en paz, pero quizá el sacerdote los atice de nuevo contra nosotros, lo que significaría el fin...

Querida mía, no puedo negar que tengo miedo, que te echo mucho de menos y que no quisiera vivir sin ti, pero tampoco deseo morir. No quiero que eso ocurra ahora, ni dentro de poco, ni nunca.

LUANA

Gilbert Thomas

Las paradojas, taras, y frustraciones de toda una clase social, son objeto de una implacable sátira en esta magnífica narración, pequeña obra maestra de humor y penetración psicológica.

Este relato ha sido calificado por la autorizada opinión de los redactores de Fantasy & Science-Fiction como «un perfecto exponente del más alto nivel alcanzado por la ciencia ficción».

Después de una jornada de micetología —mi especialidad—, suelo dedicarme a la pintura o la escultura. Debo aclarar que he terminado con las mujeres, debido a lo mucho que me han hecho sufrir en la vida. El arte, pobre remedo de la existencia, no siempre resulta un buen sustituto, pero no tengo más remedio que conformarme.

Así, pues, comencé por pintar acuarelas que representaban rudimentarios vegetales. Nada tan hermoso como un líquen primaveral que se extiende por la superficie áspera de una roca, y que introduciéndose en sus grietas la desmenuza hasta transformarla en arena. Los hongos que destrozan el Partenón reduciéndolo a fragmentos de mármol, nunca dejaron de maravillarme con su poder. Así es como la belleza se convierte en polvo.

Tras la pérdida de mi primera esposa, resolví dedicarme a la escultura moderna. Antes había logrado captar la hermosura de *Monascus purpureas* en unos lienzos, y los que pinté de otras especies —a las que protegía de la corrupción mediante infusiones de ácido desoxirribonucleico (ADN), sin el cual la vida no puede existir— fueron adquiridos por el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

Pero yo anhelaba realizar algo grande. Y esto a pesar de que mi primera esposa no había sido nada corpulenta, como tampoco lo fuera mi segunda mujer. Eran, por el contrario, mujercitas suaves y apetecibles como la fina «colmenilla», hongo que resulta delicioso cuando se fríe con manteca, o se agrega a la sopa.

Ni que decir tiene que a mí me encontraron manso, y únicamente preocupado por mi trabajo. Que el ubicuo *Penicillium* hubiese salvado a millones de seres, además de crear el succulento queso de Roquefort, no parecía preocuparles lo más mínimo. También les tenía sin cuidado que los

viajes del hombre por el cada vez más amplio universo de la mente, se debieran a la influencia del tartrato de dietilamida del ácido D-lisérgico (LSD-25), que se extrae del hongo.

Mi primera esposa se irritaba conmigo al extremo de llamarme mohoso. «¡Tú, condenado mohoso!», me dijo una vez, mientras yo comía higos a la hora del desayuno. Me había aficionado a comer esos frutos después de mi último viaje a Europa, y tras haber descubierto que le sentaban muy bien a mi organismo. «¡Higo mohoso!», exclamó en seguida nuestra hija, desde la habitación contigua. Algo natural, si se tiene en cuenta que era una chiquilla de tipo pícnico, o gordita, como se dice vulgarmente. Luego, Elva se dirigió a la cocina en busca de unos buñuelos, y cuando estaba a punto de comerlos, ¡Dios me ampare!, se dio cuenta de que se hallaban pasados, cubiertos de moho. Estallando en incontenible llanto, salió corriendo de la habitación, mientras gritaba: «¡Tú lo has hecho! ¡Tú lo has hecho!» Yo no había sido, desde luego. Lo cierto es que las esporas se hallan por todas partes, dispuestas a alimentarse de lo que sea. Elva había esperado demasiado para consumir los buñuelos, y los micelios le ganaron la partida.

Picasso es también un genio de la escultura moderna. (Todo hombre debe tener sus héroes, especialmente cuando se halla deprimido.) Siempre he admirado su cabra, que creó en Vallauris en la década del cincuenta, empleando una variedad de materiales. Todo lo que tenía a mano, a decir verdad: alambre, estuco, cestos de frutas. Al terminar su obra, descubrió que le faltaba algo: los órganos genitales. Para remediarlo tomó un bote de hojalata vacío, lo aplastó y dobló sobre sí mismo, y luego lo insertó en el húmedo yeso, justamente debajo de la cola, rígida y erguida, y del protuberante orificio anal. Soberbio. Siempre he soñado con hacer algo semejante.

Mi segunda esposa, la griega, era morena y bonita, pero una mañana se volvió negra y azul. Le dio por pasar la noche fuera de casa, sin mi permiso, y de cuando en cuando pude notar en su piel unos moretones y lo que parecían unas señales de dientes. Por lo general, estas marcas le aparecían en el cuello, y solían descender peligrosamente hacia los senos. Cuando la apremié a que me diera una explicación, me dijo que no le gustaba usar gafas, y que había tropezado contra algo. Al contestarle yo que me parecía que algo

hubiese tropezado con ella, pidió el divorcio. De todas formas, no recuerdo que hubiera sido miope alguna vez. Por el contrario, en el pequeño café del puerto del Pireo, hizo gala de una vista excelente. Lo bastante como para acercarse a mí y preguntarme: «¿No es usted el doctor Raymond Kelpé, el famoso micetólogo norteamericano?» Contesté afirmativamente, y ella se sonrojó al tiempo que decía que también le interesaban las talofitas. Agregó que era una estudiante adelantada especializada en tómulas, microorganismos que permiten la transformación del petróleo en alimentos —las petroproteínas—, estudios que realizaba en la Universidad de Atenas. Dijo que asistió a una de mis conferencias, y que estaba enterada de que yo me encontraba en el país para tratar de salvar el Partenón. Esto aún parecía posible, y más de una mañana había ascendido yo a la Acrópolis con un viejo albañil, que con su cuenco de cemento procuraba ayudarnos a restaurar las históricas piedras para darles su antiguo aspecto.

Pallas se convirtió en mi ayudante, y me aconsejó que tuviera mucho cuidado con las apasionadas muchachas atenienses. Para demostrar lo cierto que era eso, me sedujo. El hecho resultaba relativamente sencillo en el laboratorio, pues yo solía trabajar allí hasta bastante tarde. Nos hallábamos ambos entre bandejas de saprofitos, que acababan de criar, y ya podían verse los pequeños *champignons* naciendo de su lecho de bellotas desmenuzadas, hojas muertas y café molido, todo ello sembrado de *merde*. Allí, en aquel perfumado ambiente —pues el diminuto hongo posee un delicioso aroma—, Pallas fue a alcanzar una retorta, y se desvaneció dramáticamente, yendo a caer sobre un cultivo de hongos de un par de metros de longitud. Su bata de laboratorio quedó algo levantada, y cuando me incliné para practicarle la respiración boca a boca, ella lanzó un suave quejido.

Nos casamos. Pero a poco de encontrarnos ya en Estados Unidos, advertí que pasaba cada vez más tiempo lejos de mí... y en compañía del doctor Gilroy Mannfried, realizando investigaciones sobre paracirugía, en el Edificio 29. Yo trabajo en el 28. Pallas había seguido siendo mi ayudante, pero al fin dijo que estaba harta de todo aquello, y que quería volver a Grecia, donde el cielo era más luminoso. Añadió que ya tenía dieciocho años y que los hongos no habían sido otra cosa que una pasión de juventud. Por el contrario, ahora le interesaba mucho más la paracirugía. Terminó sacándome la lengua. Hasta

entonces se había mostrado dócil y amable, pero no puedo soportar que alguien muerda a mi mujer. No dejo ahora de pensar que el doctor Mannfried pudo entregar a Pallas algún narcótico, dexamil, o algo parecido. Lo cierto es que empecé a notarme muy soñoliento hacia las nueve o las diez de la noche, y una o dos horas más tarde, ya estaba dormido como un tronco. Es probable que echasen un poco de hidrato de cloral en mi bebida. El amor siempre encuentra una salida, y nadie mejor que un facultativo sabe que el Juramento de Hipócrates ya está hoy tan pasado de moda como el médico de cabecera. En cierta ocasión creí escuchar algunos quejidos de Pallas, pero no pude librarme de la somnolencia. Era muy posible que hubiesen invadido mi dormitorio, para experimentar nuevas emociones.

Mientras tanto, me dediqué de nuevo a la escultura moderna, e hice ensayos al estilo de Picasso, utilizando miga y corteza de pan como materia prima. Dicho material es maleable, y rociado con sustancias plásticas permite lograr una enorme variedad de formas y de colores, desde el tono del trigo maduro hasta el del pan moreno, adornado el conjunto con unas pocas algas, para conseguir la pátina del tiempo. Me invitaron a exponer en el salón del Museo de Arte de Los Ángeles, y mis trabajos obtuvieron halagüeños comentarios, aunque se exhibían entre obras de Giacometti, Rueben Nakian y Peter Volkos. Mis creaciones artísticas no resultaban afectadas por las inclemencias del tiempo, y por hallarnos en una nueva era del arte, a nadie escandalizó que utilizara el pan como materia básica para una obra de arte. Después de todo, los tiempos cambian.

Aparte de esto, yo seguía con mi trabajo de laboratorio, relacionado con los vuelos espaciales Gémini I, II, III, IV, etc. El asunto era cada vez más complejo, y uno de esos hechos me permitió lograr mi gran oportunidad.

Pallas se presentó un miércoles por la mañana con una mejilla ensangrentada. Juró que estaba completamente harta de los norteamericanos, y que volvía inmediatamente a Grecia... vía el Lejano Oriente, donde esperaba hallar cierta paz espiritual en el estudio de aquellas religiones. Yo tenía que darle la libertad, y, por extraña coincidencia, recurrió, precisamente, a las mismas desagradables observaciones que había hecho Elva. Pero si es cierto que los hongos son mi debilidad, la de ella lo era Grecia. Le llamé una palabra algo fuerte, e inmediatamente me arrepentí. Poco después ella ofrecía

un aspecto lastimoso, llorando a lágrima viva, con la cara sangrando, el vestido hecho jirones y sacándome la lengua, de vez en cuando. Mi última chica, palabra. Tuve que darle libertad, en efecto, pero no sin antes hablar con el doctor Mannfried.

—No sé de qué me está hablando —contestó, mientras se pasaba la lengua por los labios. Es un maldito, como muchos de los que empuñan el bisturí; parecen simples carniceros, pero no hay que fiarse, pues son capaces de enhebrar una aguja con los pulgares—. Si apenas conozco a su mujer... —añadió—. Pero eso sí, debo decir en favor de ella, que es deliciosa. Debo felicitarle por su buen gusto.

Me hubiera quedado satisfecho con darle un puñetazo a aquel cerdo; pero, ¿qué habría conseguido con eso? Al fin y al cabo yo necesito las manos para mi trabajo tanto como él necesita las suyas.

—Sí, claro que es deliciosa —contesté, y dando media vuelta me dirigí al mercado para comprar todo el pan del día anterior que hubiera disponible. Tendría que procurar mantenerme muy ocupado, ahora que iba a quedarme solo.

Por insólito que parezca, el doctor Mannfried se aficionó a mi compañía, una vez que Pallas se hubo marchado camino de Hong Kong. Gozaba hablando de ella, el muy cochino. Hasta cuando hablaba de mi primera mujer se le hacía agua la boca, aunque entonces no se hubiera aprovechado de ella porque el hijo de Mannfried aún no había terminado sus estudios, y el cirujano había jurado solemnemente, en su juventud, no dedicarse al libertinaje hasta que el chico hubiese cumplido los 21 años. Yo no soy un individuo hablador, sino que, por el contrario, prefiero escuchar. Y así tuve que aguantar sus charlas mientras moldeaba miga de pan para transformarla en el motivo de mis sufrimientos: me dediqué a modelar mujeres. Era algo más fuerte que yo mismo.

Lo que ocurrió por aquella época fue algo soberbio, que levantó un tanto mi espíritu: el primer paseo de un hombre por el espacio (en realidad era el segundo, pues el primero lo habían efectuado ya los rusos). Después me llamaron desde Cabo Cañaveral para que dirigiese el equipo de descontaminación y esterilización, a fin de dejar listo al Gémini IV, para su próximo vuelo espacial. Y es que los planetas y el cosmos en modo alguno

deben convertirse en un vertedero de desechos humanos. Aquello, por otra parte, era una especie de entretenimiento, unos preparativos para el no lejano viaje a la Luna.

Debe tenerse en cuenta que los microorganismos que lleva encima un solo astronauta —cualquiera de ellos—, alcanzan aproximadamente la enorme cifra de 10^{12} , es decir, ¡un diez seguido de doce ceros! Por consiguiente, limpié a fondo a mis muchachos, utilizando gas de óxido de etileno. Todo quedó limpio y reluciente como una patena.

Pero cuando abrieron la escotilla en los espacios siderales, ocurrió al revés de lo previsto... Algo penetró en el interior de la astronave.

«Y yo encontré la espora». No había la menor duda de que se trataba de una espora, y, además, era la única. Tampoco podía ser una de las terrestres, a semejanza altura. Indudablemente, había sido atraída en el cosmos hacia esa especie de aspiradora gigante que era la cápsula espacial, cuando se abrió la portezuela exterior. Es evidente que los cielos no están formados por el simple vacío: hay materia, antimateria, y, además, ahora sabíamos que había otra cosa: una espora.

La llevé conmigo a mi laboratorio, en un avión reactor, y me dispuse a proporcionarle un medio adecuado. Tal vez por egoísmo conservé el asunto en secreto.

No tenía la menor idea del alimento que podía consumir la espora. La coloqué sobre un pedazo de pan, y resolví esperar. ¿Viviría aún?

Hasta poco antes, había resistido las temperaturas rigurosísimas del espacio sideral; aguantó también los devastadores efectos de las radiaciones. Bien podía tratarse de la mutación de cierta forma orgánica originada en otro planeta.

Debo confesar que me quedé dormido observando el trozo de pan colocado sobre la tierra esterilizada. Me hallaba sin dormir, desde que hiciera mi descubrimiento, y el sueño protege el organismo cuando la excitación se prolonga durante mucho tiempo. No se trataba en este caso de hidrato de cloral. Simplemente, reinaba un apacible silencio en el laboratorio, y la luz que había sobre el objeto del experimento esparcía una agradable claridad. Debían ser las diez de la noche cuando me quedé dormido. Cuando desperté ya había amanecido.

¡Cielo santo, aquello era enorme! Jamás había visto nada igual. Al principio creí que se trataba de un árbol, ya que el tronco medía cerca de un metro de diámetro. De alto medía casi dos metros, y con su perfecta simetría era el hongo más hermoso que yo había contemplado en mi vida. De un delicado color crema, su casquete o sombrerillo poseía un brillante tono anaranjado que unos castos lunares blancos suavizaban. El pan había desaparecido, y la colosal seta parecía haberse alimentado de la tierra y la madera del cajón. Corrí a mi alojamiento, situado fuera del laboratorio, y regresé apresuradamente con algunas hogazas de pan, que coloqué alrededor del tronco. La talófita, sin embargo, pareció rechazar el alimento, habiendo alcanzado su completo desarrollo. ¡Qué consistencia más suave! ¡El *tournedos aux champignons* que podía prepararse con aquello! ¡Esa seta iba a hacerme famoso! Mas por ahora no debía divulgar mi secreto. Tenemos obligación de revelarlo todo a la NASA. ¡Al demonio la NASA! Aquél era un triunfo que yo debía disfrutar en privado. Por ahora no necesitaba la fama periodística ni anhelaba recibir un telegrama de Estocolmo, informándome que fuera a recoger mi premio. Palpé el tallo del hongo, y pensé al momento que aquella talófita, tal vez, fuera capaz de comerme; pero cuando se trata del trabajo soy un individuo audaz. Lo oprimí con la mano y noté una substancia cálida, suave y flexible como el cuerpo de una muchacha. Rodee con mis brazos el tallo... ¡Qué criatura! Lo besé y percibí un aroma dulce y penetrante, como el de algunos hongos. Ahora la seta estaba en mi laboratorio, y era sólo mía. Pero, ¿acaso produciría esporas? ¿Terminaría por ennegrecerse, corromperse y desaparecer, disgregándose en esporas que vuelan hasta perderse en alguna remota pradera? Nada de eso. Al segundo y al tercer día comprobé que mi hongo se mantenía sin cambios, aunque oscilaba levemente a impulsos de la brisa matinal. Había terminado por llevar la seta a través del parque de la Universidad, hasta colocarla en mi alojamiento, para conservar mejor el secreto y facilitar así el experimento. Me sorprendió lo ligero que era el hongo, pues no pesaba más de lo que suele pesar una muchacha. No pude menos de pensar que el máximo rendimiento del mundo, obtenido en la producción de hongos, era de sólo 50 kilos por metro cuadrado.

Su carne parecía viva, palpitante. Aunque no soy panteísta, a menudo he

imaginado que las plantas, sean árboles, matas o flores, tienen una vida propia de la que nada sabemos. Dejé la ventana abierta para que la talófito pudiera respirar. Las cortinas ondulaban suavemente a impulsos del viento, y mi seta se balanceaba con gracia.

¿De dónde demonios habría llegado? Que existía una forma de vida en otros planetas, era algo que ya sabíamos; es decir, que yo sabía. Los demás ya se enterarían a su debido tiempo. Lo cierto es que el experimento podía comenzar. Tenía que empezar. Yo era un científico, después de todo, y me sentía obligado a hacerlo. Había que cortar. Como no sabía lo que iba a suceder, me acerqué con lentitud, muy lentamente, y después de una pausa clavé la hoja en el tronco.

Diría que el hongo había lanzado un suspiro, pero tal vez sólo se trataba de mi imaginación. Hice unos cortes con toda facilidad. ¡Qué espléndida textura! Parecían los muslos de una muchacha, con aquella piel suave y tersa.

Solicité permiso de la Universidad, diciendo que me ausentaba. Y conforme iban transcurriendo los días, yo iba cincelandos cada vez más hondo en el tallo de Lulú. Ya le había dado hasta un nombre, igual que hacen los observatorios meteorológicos con los huracanes. Lulú me parecía nombre apropiado para una chica bronceada, tal vez una hermosa mulata de los mares del Sur, de la Polinesia... ¡Qué piel más fina! Luana... Sí, Luana. Adiós, Lulú... Ahora te llamas Luana. Aloha, que también significa hola. No conseguí clasificarla entre ninguna de las especies conocidas de hongos, pero eso no me sorprendió. Por fin, resolví abandonar todo experimento, y llevé a mi casa más herramientas de escultura, para emprender seriamente el trabajo. ¡Qué figura! No tuve el menor inconveniente, pues hasta podría decir que Luana casi se modelaba ella sola. El anaranjado de la superficie cedía el paso a un tono rosa dorado que ponía flores en su cabello. Puedo jurar que era como si Luana ya «estuviese allí», aunque nunca llegara a hablar —no me atrevería a asegurar tanto—, ni yo le hablé a ella. Todo tiene su límite. Dudé si debía esculpirla con vestidos, o sin ellos. Pero nunca estuve de acuerdo con aquel Papa que, con tan poco acierto, mandó pintar taparrabos a los querubines de Miguel Ángel, para cubrirles pudorosamente. De modo que por fin quise esculpir completa a Luana, y por ello la modelé desnuda. Y nada de arte abstracto. ¿Quién desea ver representado al ser querido en una de

esas inauditas abstracciones? No. Quería algo natural, fotográfico. Doy mi palabra de que soy un buen escultor. La Venus de Milo; ésa era mi modelo. Aunque algo más fina, más delgada, más dócil. Yo sabía que Luana era dócil; tal vez era japonesa, una dulce japonesita de hablar vacilante, que yo nunca terminaría de comprender. Y fue ése el día en que el doctor Mannfried entró sin anunciarse.

El muy maldito se había quedado inmóvil, conteniendo el aliento y con los ojos clavados en Luana. Estaba atónito. Por lo visto, yo lo había hecho mejor de lo que creía. Pero es que, en esos momentos, yo estaba sumamente inspirado.

—¡Dios santo! —exclamó—. ¿Qué es eso?

—Sólo una estatua —respondí.

—Podría jurar que está viva.

—Bueno, no se acerque demasiado.

—¿Por qué no?

—Podría morderle.

Mannfried tuvo la delicadeza de ruborizarse. A decir verdad, jamás creí que algún día iba a ver a un cirujano sonrojándose. Quiso tocar a Luana, pero yo le empujé hacia el patio, al tiempo que me restregaba las manos para librarme de los trocitos de hongo. Hasta los llevaba en el pelo. Pero dejé de sacudirlos, pues me parecía un sacrilegio. Su carne era levemente húmeda, agradable al tacto, excelente para realizar sutilezas con el cincel. El doctor Mannfried tomó un fragmento que había entre mis cabellos, y dijo con aire alelado:

—Es esponjoso...

—Sí, ¿verdad? —respondí.

—¿Qué es?

—¿Qué es el qué?

—El material que usted emplea.

—Bueno, es un nuevo tipo de plástico.

—¡Ah!

Pero me di cuenta de que no me creía. Y entonces cometí el error de decir:

—Me gustaría que no dijese nada a nadie acerca de esto.

Él sonrió con aire codicioso; sin duda ya tenía algo en la mente. Comprendí que no debía haberme fiado de aquel grandísimo puerco.

—Vamos, puede confiar en mí —aseguró Mannfried.

Desde entonces vino todos los días a ver a Luana. Y por raro que parezca, fue manteniendo su palabra, ya que nadie mencionó a Luana, entre mis conocidos, ni preguntaron qué estaba haciendo en mi período de permiso.

Cuando hacía calor, yo solía enchufar dos grandes ventiladores oscilantes, que colocaba uno a cada lado de Luana, y que había adquirido precisamente con aquel objeto. Luego, en el tocadiscos de alta fidelidad ponía *Dulce Leilani* y *Bali H'ai*, y me sentaba a contemplar a Luana, que oscilaba levemente al compás de la música como una ninfa de algún planeta remoto, tal vez ya desaparecido del Universo, y situado originariamente a miles de millones de años luz, ya que las esporas son inmortales. Bueno, casi inmortales. Por otra parte, si se elevara la temperatura de la Tierra sólo unos pocos grados, las esporas como la que dio origen a mi hermosa Luana, mi seta danzarina, sin duda se apoderarían de todo el planeta.

Coloqué algunos sabrosos bollos muy cerca de ella, por si deseaba volver a alimentarse. Además, resultaba imposible saber cuándo podía morir. Pensé cubrirla con un paño mojado, pero ya ella misma me pareció bastante húmeda, y no quise correr el riesgo de que se formaran hongos. El que le salieran hongos a un hongo sólo podía resultar gracioso para los que nunca hubiesen conocido a Luana. Sin embargo, a ella le faltaba algo, y yo sabía lo que era; pero siendo muy tímido no me atrevía a realizarlo. El doctor Mannfried, en cambio, era capaz de hacerlo, el muy desvergonzado.

—Le falta «eso» —dijo él, tras haberla observado atentamente unos minutos, y después de desplazar un ventilador de su sitio, para ver mejor.

Ahora daba la impresión de que ambos la compartíamos. Ya no había manera de librarse de aquel cerdo indecente.

—No, amigo mío —agregó Mannfried—; será un gran escultor, pero se ha olvidado de tallarle una cosa.

Yo aún no le había dejado que la tocara.

—Ésa es mi especialidad —continuó diciendo el cirujano.

Al recordar a Picasso y la cabra, sentí una desazón que no podría describir. Aquel español de raza, había sido capaz de hacerlo, pero yo no

podía. Hasta pensé tallarle un *bikini*, por pequeño que fuera, mas luego no me pareció adecuado. Lo cierto es que el doctor Mannfried tenía razón, y resolví dejarle actuar.

—He quitado mucho de eso —aseguró—, pero es la primera vez que voy a poner uno.

Y observé que estaba sudando, a pesar de los ventiladores, y que sus ojos relucían extrañamente.

—¿Ahora? —pregunté.

—Sí, ahora —respondió.

—¿Puedo... mirar?

—No, será mejor que espere fuera.

—Tendrá cuidado, ¿verdad?

—Por favor, conozco mi oficio.

—¿Cuánto tardará, doctor?

—Lo sabrá cuando haya concluido. No tiene por qué preocuparse.

Y así diciendo, tomó el más pequeño y aguzado de mis cinceles, y avanzó hacia Luana. Tenía la vista clavada en ella, y su mano temblaba perceptiblemente.

Creo que estuve paseando arriba y abajo durante diez o quince minutos, fumando un cigarrillo tras otro —lo que no es mi costumbre—, y sin apartarme de la puerta. Era mejor que el doctor Mannfried realizara lo que yo no me había atrevido a hacer. Fue un agudo grito del cirujano lo que me hizo irrumpir precipitadamente en la habitación donde se hallaba mi amada. El doctor Mannfried estaba abrazado a Luana, como en éxtasis, y tenía los dientes clavados en su cuello.

Nunca sabré cómo pude resistir los momentos que siguieron. Traté de rellenar el hueco de su cuello con miga de pan moreno, pero no era lo mismo. Aquella noche tanta era mi tristeza que no puse el tocadiscos.

Poco después de la medianoche recibí una llamada telefónica de mi colega, el doctor Shih. Me dijo que fuera inmediatamente a casa del doctor Mannfried, pues se trataba de un caso urgente. Por raro que parezca, yo aún creo en Hipócrates, y por ello me dirigí adonde me indicaban. Al llegar a la puerta, me encontré con el doctor Shih, que me miraba con ojos espantados.

—Raymond, Raymond... —me dijo—. Mannfried está agonizando...

—Ah, vaya —respondí yo.

Un alarido estremecedor retumbó en la casa, como si todas las voces del Averno salieran de la garganta de un solo hombre. Corrí al dormitorio y pude ver que lo que había sido el doctor Mannfried yacía ahora tendido rígidamente en el lecho. Una mirada a su rostro me reveló en seguida lo que había ocurrido. He visto aquella misma expresión en el semblante de una familia de siete miembros que murieron en el siglo XV, y quedaron momificados en unas catacumbas de Francia. El gesto de insufrible agonía persistió a través de los siglos. Sólo una cosa podía haber motivado aquella mueca en el semblante de un ser humano: la intoxicación con un hongo del género *Amanita*.

Luana era una seta venenosa.

Ya me temía yo eso.

PLANETA “CASI” HABITABLE

Robin Scott

Éste es, evidentemente, un relato de ciencia ficción humorística. Pero puede que a los habitantes de las grandes urbes no les haga demasiada gracia.

Supondría para el planeta Garyon un largo período de estrecheces y pobreza. Un largo período... tal vez dos generaciones, pero tenían que hacerlo.

Los garyoni eran una raza joven y fuerte y su proliferación había sido demasiado rápida. Solamente su reciedumbre y amor por la lucha personal, causa de numerosísimas bajas, evitó que su población sufriera una explosión demográfica y acabara en la inanición y la miseria. Incluso este feroz encarnizamiento iba perdiendo terreno entre las nuevas generaciones de jóvenes garyoni. La raza iba degenerando a causa de la deficiente alimentación y los habitantes de Garyon ya no eran los bravos guerreros que habían sido.

El Consejo Supremo había comisionado a un equipo de especialistas para que hallasen la solución. Garyon debía expansionarse. O moriría. Los técnicos llegaron a una conclusión: se mandarían alrededor de mil sondas automáticas dirigidas a las lejanas estrellas en busca de alguna que ofreciese garantías de vida para los garyoni. Se necesitaba una especial combinación de radiación solar, agua y atmósfera.

Se proveyó a las sondas de suficiente cantidad de combustible con el mandato de agotarlo en busca de sus objetivos. Más de novecientas sondas terminaron el combustible y, tras remitir un débil informe negativo, acabaron en la inhóspita zona de gravedad de alguna estrella desconocida.

Pero al fin llegó un comunicado positivo. El equipo de telemedición de Garos, la capital de Garyon, captó un tono diferente. Los técnicos comisionados en la empresa, se dedicaron inmediatamente a la tarea de descifrar el mensaje. Al fin pudieron dar la buena noticia: de los tres planetas que presentaban características de radiación y magnitud negativa idénticas al

sol, uno de ellos proporcionaba, además, una esperanzadora evidencia espectrográfica, agua abundante y una atmósfera que guardaba gran semejanza con la atmósfera de dióxido de carbono-oxígeno-nitrógeno que había permitido tal exuberante vida en Garyon.

Las calles de Garos, capital de Garyon, desbordaban alegría tras estas noticias. El Consejo otorgó el Honorífico Aro de Oro al jefe máximo del programa de pruebas. Se facilitó a todos los ciudadanos una tarjeta complementaria de *raals* o raciones de alegría. (El placer y el regocijo estaban racionados en Garyon.) Con todo, para contrarrestar los efectos «adversos» de esta dádiva, el Consejo procedió a reducir el precio de las armas de fuego a la mitad y redobló las pruebas de análisis en las bebidas tóxicas expandidas en tabernas bajo control directo del Consejo.

Las buenas noticias pusieron en marcha las sucesivas etapas del programa de investigación. Fundamentándose en la gran posibilidad de que existiese un planeta con características semejantes a Garyon, sus técnicos habían previsto ya la existencia en él de una vida indígena propia. En consecuencia, el Alto Mando ordenó un fuerte incremento en la producción de armas de destrucción en masa, y asimismo la organización y adiestramiento de escuadrones expedicionarios para la investigación planetaria. Se eligieron jovencísimos garyoni y solamente aquellos que habían demostrado una elevada aptitud en el manejo de las armas.

Los expedicionarios elegidos debían ser jóvenes. Pasarían mucho tiempo adiestrándose antes de poder actuar. La prueba siguiente, que consistía en posar la sonda automática en el nuevo planeta y realizar el análisis definitivo, tardaría siete años en llegar a su destino. Su informe tardaría otros siete años hasta ser recibido en Garyon. Y la fuerza expedicionaria emplearía otros siete años en acudir a su objetivo.

La prueba definitiva estuvo pronto en marcha y Garyon se vio envuelto en una marea de vida, muerte y ansiedad.

La sonda dirigida entró en órbita solar confirmando el halagüeño informe de los datos recibidos anteriormente. Se desplazó hacia el interior con la misión de interceptar al tercer planeta en su ruta orbital. Las noticias positivas fueron causa de nuevas muestras de alegría en las calles de Garos. Se facilitó una nueva ración complementaria de *raal*, y Gehazil, un joven y valioso

colaborador de la empresa, fue ascendido al cargo máximo: Director Jefe del Programa de Pruebas.

Por fin se alcanzó la órbita planetaria. Llegaba el momento culminante. Fueron dispuestos los mandos de modo que la sonda tomase tierra en el planeta objeto de estudio. Una vez disparado el retropropulsor, la cápsula de pruebas con todo su instrumental atravesó silbando la atmósfera al mismo tiempo que frenaba para posarse con suavidad en la superficie.

La superficie resultó ser una zanja que corre paralela a la Carretera Federal 47, justo en el punto que inicia el ascenso a las zonas industriales de la margen del río Passaic. En Nueva Jersey era una hora punta y el ruido que produjo la llegada de la cápsula experimental quedó ahogado por el traqueteo de una hilera de camiones *diesel* que subían la cuesta, lanzando por sus tubos de escape los desechos de la mala combustión de sus motores. A esta serie de camiones, se añadía la de los vehículos particulares, que en aquella hora acostumbraban a abarrotar el trayecto hasta el puente.

La cápsula quedó unos momentos en silencio, el tiempo necesario para ordenar sus mandos internos y organizar el resto del programa previsto. Una vez todo a punto, elevó una pequeña antena y lanzó su breve mensaje al detector que se encontraba en órbita y que habría de servir de enlace transmisor con el planeta base. Siete años más tarde, las noticias de su afortunada llegada fueron motivo de condecoraciones y felicitaciones para su diseñador y constructor.

El programa seguía su curso. La cápsula desplegó su instrumental para pruebas atmosféricas, empezó a tomar muestras del aire circundante dando a conocer sus informes al mismo tiempo que los iba obteniendo:

«Presión: 97 *grugs* por *klinz* cuadrado», leyó en los ordenadores Gehazil, el Director del Programa siete años después.

—¡Magnífico, perfecto! —gritaron a coro los técnicos y hombres del Consejo, congregados junto al panel de lecturas. Zingal, diseñador de la cápsula de pruebas atmosféricas, asió tan fuertemente a su ayudante y con tanta alegría, que allí mismo tuvo que arrancar un cupón de su racionamiento de *raal*.

«Composición atmosférica» —leyó Gehazil.

«Oxígeno: 734.954 partes por millón.»

«Nitrógeno: 240.758 partes por millón.»

«Vapor de agua: 10.602 partes por millón.»

«Argón: 9.103 partes por millón.»

La lectura de los informes era más lenta y pausada a medida que los elementos compuestos aparecían más complejos. En Garos reinaba casi el histerismo. Los resultados, era patente, demostraban que la composición del planeta desde el punto de vista atmosférico, se asemejaba muchísimo a la de Garyon. Si los informes anunciaban una pequeña cantidad de dióxido de carbono, la atmósfera sería perfecta. Solamente una ínfima cantidad de este producto supondría la presencia de complejos hidrocarbonados y, algo muy importante: la existencia de ambiente para subsistir.

La cápsula prosiguió emitiendo lentamente:

«Dióxido de carbono: 300 partes por millón.»

Las calles de Garos semejabán centros de verdaderas orgías. Las cartillas de racionamiento de *raal* revoloteaban como hojas caídas en otoño.

De repente sucedió lo imprevisto:

«Monóxido de carbono: 250 partes por millón...»

La alegría de la multitud enmudeció. Una fuerte emoción se adueñó de Garos. Intentando reponerse, el viejo Saankel, Jefe del Consejo de la Comisión para la atmósfera, dobló sus tentáculos en un gesto de esperanza y habló de la posibilidad de los filtros, de los milagros de la ingeniería atmosférica... Unos pocos tentáculos se alzaron en ademán de protesta. Tal vez sería peor...

Más lentamente, a medida que la complejidad del análisis aumentaba, seguía el informe:

«Helio: 4 partes por millón.»

«Cripton: 3 partes por millón.»

«Neón y Xenón: 2 partes por millón, cada uno de ellos.»

Tras la conmoción inicial, los técnicos empezaron a hacerse cargo de la situación. Iban alzándose más tentáculos e incluso algunos optimistas distraídos, como si tuvieran que celebrar algo, empezaron a tomar su racionada parte de alegría. Se dictaron órdenes para que la fuerza expedicionaria que estaba embarcando en la terminal de Garos, fuera equipada con aparatos de filtro y caretas antigás. Era muy improbable la

evolución de cualquiera forma de vida agresiva en un planeta con tanto monóxido de carbono. Sin embargo, nunca se podía asegurar, quizá existiera algún sistema de filtración natural...

La cápsula, junto a la ruta nacional, siguió transmitiendo elementos constitutivos más complejos todavía...

«Etileno: 2 partes por millón.»

«Dióxido de nitrógeno: 1,75 partes por millón.»

«Sulfito de hidrógeno: 17 partes por millón...»

Zingal, diseñador del complejo analizador atmosférico, fue el primero en comprender que nada podía esperarse. Atravesó las cuarenta plantas del edificio donde se encontraba la sala de lecturas y se lanzó a la calle entre la desorientada multitud que circulaba en todas direcciones. Gehazil dio una nueva orden. Aquellas muchedumbres alegres y callejeras fueron presa de la más total decepción. El problema de la superpoblación de Garyon quedaba en suspenso por el momento.

En las afueras de Garos, el Jefe del Estado Mayor anuló la orden de los filtros y mandó que fuese retirada la fuerza expedicionaria interplanetaria. Su ayudante le preguntó con un último destello de esperanza:

—¿No podríamos construir unos filtros para las restantes materias que se encuentran en esa atmósfera, señor?

El Jefe del Estado Mayor afirmó pesadamente con un movimiento de su cabeza:

—Quizá sí, pero no se puede colonizar un planeta si no se cuenta con una atmósfera básicamente no tóxica, o al menos una atmósfera que tolere ciertas especies de vida comestibles. En tal ambiente no podría cultivarse ni el más encanijado *tameel*.

* * *

La cápsula había finalizado su análisis atmosférico. Prescindiendo del hecho de que ya nadie se interesaba por el resto de su información, prosiguió su tarea. La última fase consistía en desplegar un tubo flexible y blindado en cuyo extremo se hallaba adherido un sistema de conducción acuosa. El tubo se arrastró automáticamente por el suelo recorriendo las zonas circundantes,

hasta llegar al sector del río Passaic y acabar sumergiéndose en su lecho. Se abrieron las válvulas e iniciaron su movimiento unas bombas aspiradoras. El agua del río entró en la cápsula para ser analizada.

Hubo una precipitada absorción de residuos industriales y diversos elementos mal disueltos. La cápsula se elevó a continuación y desapareció en un abrir y cerrar de ojos. El ruido del despegue quedó ahogado entre los que producían los camiones y las industrias.

Nadie más en Garyon volvió a preocuparse del asunto.

Notas

[1] El Eros irlandés, dios del amor, de la belleza y de la juventud. (Nota del traductor). <<